

Ginés Sánchez



DOS MIL NOVENTA Y SEIS



Lectulandia

En el año 2056 los servicios sociales han colapsado y los estados se han retirado de amplias zonas del mundo. La población huye hacia el norte escapando de las epidemias. En una ciudad cualquiera, un grupo de familias cierran el pozo en torno al que viven y se unen al río de desplazados. Muchos años más tarde la misma zona no es más que un montón de ruinas donde sobreviven bolsas aisladas de población, acuciadas por la sequía y el hambre. Allí viven Enis y Andera, un muchacho y una niña de ojos transparentes que juntos abandonarán la ciudad en 2096 y marcharán a través de un mundo de soledad y desiertos interminables. Siempre hacia el norte, siempre en busca de la preciada agua. Hasta que den con una ciudad descomunal, en la que vive la tribu del misterioso Taner.

Lectulandia

Ginés Sánchez

Dos mil noventa y seis

ePub r1.0

Titivillus 03.12.2017

Ginés Sánchez, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Alondra Vargas

Y en el pedestal aparecen estas palabras:
«Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes,
¡Contemplad mis obras, vosotros los poderosos, y desesperad!».

Nada queda a su lado. Alrededor de la decadencia
De aquel naufragio colosal, infinito y desnudo,
Se extiende, a lo lejos, una llanura de arenas solitarias.

PERCY BYSSHE SHELLEY, *Ozymandias*

Yo, el chacal, espinazo del desierto,
camino todo el día, recorriendo
la ciudad...

Cristina Morano, *Nunca fuimos muchos*

Primera parte
Dos mil cincuenta y seis

El aire olía a polvo quemado. El hombre vacilaba antes de abrir cada puerta.

En aquella ocasión había dejado su viejo sombrero sobre una silla y había avanzado por el pasillo en penumbra. La habitación lo había hecho detenerse, considerar. Fue consciente de que las fotografías lo miraban pero él tenía por costumbre no devolverles nada. Avanzó hasta la cama y probó el colchón. Acarició con manos callosas las sábanas frescas. Suspiró antes de echarse.

Las manchas del techo compusieron rostros grotescos en su cerebro.

Lo despertó la quemazón de la gasolina en la garganta. Se movió de prisa. Al llegar al balcón lo asustó una explosión de plumas y dos palomas torcaces salieron volando hacia el cielo transparente. El hombre, un ojo puesto en la calle, las miró partir.

Qué hijas de puta, murmuró.

Todavía, siguió, se quedarán el mundo para ellas.

El petardeo del motor se repitió más abajo. Vino ondulando en la luz apagada de la mañana. El hombre se llegó al extremo del balcón y echó el cuerpo hacia delante. La calle terminaba en una plaza estrecha. Más allá cruzaba una avenida cuajada de coches cubiertos de polvo. Lo vio. Un instante. Una sombra azulada cruzando veloz, dejando tras de sí un sonido de motor cascado. Cuando el vehículo desapareció regresó al interior. Se sentó en una silla.

Solía tenderse en las camas pero nunca miraba a las fotografías. Allí también las había. Un mueble ocupaba todo un paño. Las estanterías estaban colmadas de libros que lentamente amarilleaban. El hombre los miró un instante y luego negó. Para qué, pareció decirse, si esto ya se perdió. Un minuto estuvo jugando con el interruptor de la luz. Lo subía y lo bajaba pero nunca sucedía nada. Otro tanto ocurría con los grifos. Una aspiración, un gemido lejano, la llamada angustiosa de un pulmón sepultado en una profundidad líquida. Un chirrido en los dientes y luego nada.

El hombre alzó su bolsa, una buena bolsa, de cuero gastado y brillante, y recogió su sombrero. Aún volvió a la habitación en la que se había dormido. Al final hizo un montón con las sábanas y las echó también a la bolsa. Antes de salir se acercó a la mesa grande y escribió su nombre en el polvo.

Santiago.

Movió la cabeza. Junto a la puerta destrozada estaba el hacha. El hombre la tomó y salió al rellano. La escalera, hacia abajo y hacia arriba, era pozos de intuido frescor. Volvió a dejar la bolsa en el suelo y se situó ante la siguiente puerta. Empuñó el

hacha.

Los hachazos se quebraban por la escalera y eran como un tumulto amontonado que buscaba la calle.

2

Las calles se estrecharon. El cielo se convirtió en una cinta amarilla. Se adormecieron las chicharras.

Los niños se amontonaron en torno al hombre. Este extrajo de la bolsa de cuero los regalos. Piezas de colores. Miniaturas de camiones. Muñecas. Los niños volaron entre planeos de saltamontes. Se los oyó en las terrazas. Caída la tarde los hombres pusieron en marcha la furgoneta. Era blanca y había sido nueva, tenía bañera atrás. Tenían un remolque. Salieron, dando tumbos, hasta la explanada. Los faros atravesaban un polvo como de harina pura. Dieron una vuelta hasta las masas oscuras de los vagones y regresaron. Aparcaron la furgoneta entre las sombras de un callejón. La cubrieron con una lona. Se miraron.

Eran tres hombres y tres mujeres. Los hombres volvieron a mirar los bidones de gasolina que tenían almacenados en una habitación, al fondo, y menearon las cabezas. Una luna redonda y anaranjada se elevó por encima de los edificios. Se reunieron a la luz de las velas mientras a sus pies se extendía la ciudad interminable. Podía sonar, en la oscuridad, un disparo lejano. Tal vez una ráfaga. Había, y esto era un hecho, resplandores anaranjados por la zona de la estación. Había incendios en las colinas. Las seis cabezas se asomaban a los mapas.

La gente de Manuel, estaba diciendo el más mayor de los hombres, tuvo que volverse. Llegaron ayer.

Encontraron bloqueos, fue indicando en el mapa, aquí. Han decidido quedarse. Por el momento. Alguien meneó la cabeza. Alguien suspiró.

Deberíamos, dijo uno de los hombres, dar un rodeo.

Y tomar aquí la autopista.

Y luego ver. Ver como está.

El pozo fue objeto de innumerables discusiones.

Rompámoslo, decían unos. Rompamos el pistón. Arranquemos los goznes de la válvula. Otros se negaban.

No es nuestro, decían. Lo puso aquí el gobierno.

¿Qué gobierno?, decían los otros. ¿Es que hay un gobierno?

No es nuestro, decían los primeros. Debemos dejarlo tal cual está. Alguien, decían, podría venir. A alguien podría servirle.

Lo cubriremos, decían las mujeres, con una lona. Pondremos nuestros nombres en ella. Los de los niños también.

Será, decían, un regalo. Un regalo para los que vengan detrás.

Eso, decían los otros, es absurdo. El viento la arrancará.

La clavaremos con fuerza en el suelo, decían las mujeres.

Discutían sin fin y miraban al armatoste negro enclavado en mitad de la plaza, a la sombra de los árboles. Llegada la última noche sintieron a lo lejos el chirrido del tren.

Era un paso de mandíbulas despiadadas, descomunales. Un sudor de vapores y resoplares. Un monstruo negro que pasaba, brillante. Los hombres bajaron de las azoteas y fueron a ver. Los vagones golpeaban los unos contra los otros. Los soldados eran gritos y uniformes negros. Guantes y bocas cubiertas.

Se había detenido al extremo de la explanada. Resoplaba como un animal cansado. A cada vagón había sido adosada una rampa de madera y por las mismas subían, de dos en dos, los soldados. Por ellas volvían a bajar al cabo, esta vez arrastrando un cuerpo. Los cuerpos eran miembros lívidos y cabezas que rebotaban, sombras que eran abandonadas más allá del terraplén; que caían, como en un suspiro, sobre otros cuerpos, que se abrazaban allí a otros seres en un conciliábulo de sudores cenicientos. Había en la montonera revoloteos de pájaros, agitares de sombras a ras de suelo.

Los soldados dejaban caer los cuerpos y rebuscaban entre las ropas. Se gritaban unos a otros pero no lograban que sus voces les infundieran ánimo o valor. Había chillidos cuando alguno encontraba unos zapatos, una chaqueta. Los tres hombres, agazapados en las sombras, no podían ver sus rostros pero sonaban como animales codiciosos y asustados. De los cuerpos helados ascendía a la noche una neblina ponzoñosa.

3

El amanecer los encontró aún lejos del río. La ciudad era un desierto de cemento.

Llevaban las armas prestas y el miedo en las tripas. Los parques estaban poblados de fantasmas y las aceras eran cristales rotos y despojos amontonados por el viento. Había odres resecos con formas vagamente humanas abandonados a la luz candente de la mañana. Espantosas muecas. En las largas avenidas los edificios tenían marcas de disparos.

El hombre más joven era el que conducía. Los otros dos iban en la bañera y vigilaban. Las madres miraban a los hijos y les acariciaban las cabezas.

Oh, niños, les cantaban, sois tan hermosos.

Os queremos tanto...

Las barricadas, hechas de farolas derribadas y coches amontonados, los fueron llevando hacia el río. Un buen trecho lo fueron siguiendo. A ratos, en las curvas, miraban hacia la desolación de abajo. Un florecer de líquenes en mitad de un hedor de aguas podridas. Una detenida y cenagosa sopa de maderas, plásticos y ruedas que burbujeaba en algodones verdosos. A las diez el calor era ya insoportable. El sol se reflejaba en las masas de cristal de las torres y por las ventanillas abiertas entraba un caldo espeso que les abrasaba las gargantas. Si algo se movía, si alguien se asomaba al extremo de una avenida, si capturaban un mínimo movimiento en una ventana, los hombres apretaban los rifles y acariciaban los ardientes cañones.

Todo, les decían a las mujeres, estará bien. Al final.

Muy al norte, junto al estadio, encontraron una fila de cadáveres todavía frescos. Llevaban las manos atadas a la espalda y habían sido puestos de frente a una pared. La pared manchada de sombras negras. Habían caído de lado, medio tirados. Así parecían descansar. Tenían los ojos llenos de moscas y de sorpresa.

En la autopista se toparon con un amontonamiento de coches abandonados. Un gran camión, volcado y cruzado sobre los carriles, impedía el paso. Detuvieron el vehículo y fueron a ver. Había cadáveres y marcas de disparos. De regreso a la furgoneta se reunieron los seis adultos.

Volvamos, dijeron, sobre nuestros pasos. Hasta ahí.

Las ruedas se deslizaban sobre un asfalto hirviente. Caída la tarde abandonaron la autopista. Se perdieron por caminos secundarios.

El más joven de los tres hombres apuntó con su rifle al más mayor. Se miraron en silencio.

¿De dónde vienes?, dijo el más joven. El más mayor parpadeó varias veces. Llevaba el sombrero colgado del cuello.

Vienes, siguió el más joven, de dónde vienes. De donde fuiste anoche otras tres veces.

¿Crees, siguió, que no te oímos?, ¿que no oímos como vomitabas?

El más mayor de los hombres miró al rifle que lo señalaba. De ahí sus ojos se escurrieron hacia su propia arma. Estaba más allá, apoyada contra la furgoneta y lejos de su alcance. Los ojos del más joven quemaban.

No te importa, dijo el más mayor, de dónde vengo. Déjame pasar. El hombre más joven dio un paso al frente. El otro se detuvo.

Estás enfermo, dijo el más joven. Hasta tienes calambres.

Las mujeres se habían echado a un lado. El tercer hombre, el llamado Santiago, había surgido de la furgoneta y esperaba. Miraba a uno y a otro alternativamente. Los niños vigilaban desde las sombras que proyectaban los toldos. El hombre más mayor trató de ser razonable. Se volvió hacia el llamado Santiago.

No es, dijo, como él dice. He ido al baño, sí. Pero no estoy enfermo. El tercer hombre no dijo nada. La mujer del hombre más mayor sollozó y quiso interponerse entre el rifle y su marido. El hombre más joven la advirtió.

No te pongas ahí, le dijo levantando el cañón. La mujer se quedó quieta.

Venid, dijo ella con un gemido, y vedlo vosotros mismos. Venid a ver lo que ha expulsado.

Vosotros sabéis como eran las cagadas de los enfermos. Esas cosas que parecían arroz.

Las suyas, decía, no son así. El más joven de los hombres no se movió. El más mayor miró al tercero.

Dile, le dijo, que baje el arma. El tercer hombre se rascó la cabeza.

¿Cuántas veces, le preguntó, has ido al baño? El hombre más mayor respiró con fuerza.

Dos veces, dijo.

Cuatro, dijo el más joven. Cuatro al menos. Y ha estado vomitando. Lo hemos oído. El más mayor miraba sin fin al tercer hombre, el llamado Santiago.

No tiene, dijo, por qué apuntarme con el arma. Podemos hablar. El tercer hombre y el más joven de los tres se miraron.

Venid, dijo el llamado Santiago a las mujeres. Fueron. La mujer del más mayor se fue deslizándose lentamente por la pared de la furgoneta hasta quedar sentada en el

polvo.

El dinero, decía, el dinero de los muertos. Se lo dije. El maldito dinero.

Tardaron un rato en volver. El viento mecía los botones rosados de los matagallos y hacía flamear los toldos. Los niños parecían haberse convertido en estatuas de sal. Brillaba el cañón del rifle. El llamado Santiago se encaró con el más mayor.

Estaba hablado, le dijo. Tú lo sabes. Lo hablamos así.

Además, siguió, nosotros tenemos niños...

La mujer del hombre más mayor decidió quedarse con él. Les dejaron cinco de las garrafas de agua y la parte proporcional de la comida. Les dejaron un rifle y balas. También mantas y uno de los toldos para que pudieran protegerse del sol. Se fueron quedando atrás, dos figuras demolidas al lado de la cinta gris de la carretera.

La carretera serpenteaba a lo largo de la llanura. Las colinas peladas los miraban pasar.

Era un mundo ocre y hostil. Cada poco tenían que bajar de la furgoneta para apartar piedras o pelear contra las dunas que habían invadido las pistas. Grandes lagartos dormían sobre las piedras desmenuzadas por el sol. Ojos furtivos se arrimaban a las fogatas que encendían por las noches. Una tarde divisaron, a lo lejos, la sombra de una autopista. Fueron acercándose. Empezaron a encontrar grupos dispersos de gente. De pronto era un grupo en un arcén o un hombre que iba empujando un carrito de supermercado. Una silueta recortada bajo los palos de la luz. Había coches que se movían lentamente bajo el peso de los fardos. Todos iban en la misma dirección y tenían el mismo aspecto. Si los ojos de los hombres de dos grupos coincidían un instante había allí un chispazo que llenaba el espacio y erizaba los vellos.

Dos grupos se habían detenido al borde de la carretera. Los hombres habían puesto los sombreros sobre los capós y hablaban. Aparcaron la furgoneta y el llamado Santiago se acercó. Regresó meneando la cabeza.

Dicen, dijo, que hay un bloqueo. Más allá. Al otro lado de aquel cabezo.

Hay, dijo, combates. La gente está combatiendo contra los soldados.

Los soldados están disparando a la gente.

Miraron a los niños y dieron la vuelta. Por la mañana atravesaron una zona de maleza rala y apenas adherida al suelo. El mundo era por momentos rojizo y por momentos azul. Un atardecer se cruzaron con dos coches que volvían en dirección sur y otra vez hubo aquella tensión expectante y hambrienta. Los hombres no aflojaron la presa sobre las armas hasta que vieron desaparecer la polvareda que los otros iban dejando atrás.

Se desviaron por una pista de tierra que avanzaba entre breñales. Entraron en una zona de carreteras interminables y pueblos silenciosos en los que se movían siluetas amenazantes y los vigilaban las ventanas. En los pasos de montaña había bloques de hormigón que cerraban los caminos. Los puentes yacían reventados sobre los lechos cansados de los ríos. Ríos como sombras. Como almas sin vida.

Estaban atrapados. Las estrellas, en el cielo, habían muerto todas.

Encontraron la gasolinera mediada la tarde. Aparcaron a la entrada del área de servicio. Nadie salió. Las mujeres contuvieron a los niños mientras los dos hombres se acercaban a explorar. Pusieron la furgoneta tras el edificio más grande y buscaron leña para la noche. Se repartió agua y se abrieron latas de conserva. Miraban al cielo.

Vigilaremos, decidieron, por turnos. La primera guardia correspondió a la mujer del llamado Santiago. Era pequeña y tenía una larga cabellera rojiza. Sentada en una silla de lona, con una manta sobre las rodillas y el arma al alcance de la mano, barría sin cesar la oscuridad.

Primero le pareció que algo se movía. Luego lo vio. Unos faros se encendieron en la distancia. Lentamente, a lo largo de la llanura, se fueron acercando. El coche entró suavemente por el desvío y se detuvo a unos buenos metros de donde ellos estaban. El interior quedaba en sombras y no era posible ver quién había ahí. Era un coche rojo, grande, polvoriento.

Eso, dijo una voz, que lleváis ahí es mucha comida. Mucha agua.

Demasiada para cuatro adultos y unos pocos niños.

Nosotros, decía la voz, también tenemos niños. Tienen sed.

Somos, decían, seis adultos. Y cuatro niños. Nada más.

Las armas de los dos hombres, aprestados junto a la pared, brillaban en azules bajo la luz de la luna.

Marchaos, dijo el más joven. Marchaos ahora.

Dentro del coche hubo un largo silencio.

Esperad, dijo la voz, no os precipitéis. Vamos a hablar. Como buenos vecinos.

Vosotros tenéis agua. Nosotros tenemos otras cosas. Tal vez os sirvan.

Tenemos botas. Buenas botas. Y gasolina. Y ruedas de repuesto para la furgoneta. Y herramientas. Decidnos qué os sirve, decía la voz, y vamos a llegar a un acuerdo.

Los dos hombres se miraron un momento. El llamado Santiago negó.

Nada, dijo, vale tanto como el agua. No se cambia el agua por nada.

El llamado Santiago dijo aquello y otra vez hubo un silencio. Se sentía a las chicharras cayendo a plomo.

¿No lo pensáis, entonces?, dijo la voz.

No, dijo el más joven de los hombres.

Escuchad, dijo entonces la voz, todos vamos andando el mismo camino. Y

deberíamos ayudarnos unos a otros. Hoy por nosotros y mañana quién sabe.

Además, siguió, hemos venido en son de paz. Como amigos. Como vecinos. Hemos venido con los faros encendidos y no como forajidos a robaros o a mataros.

Y eso, siguió, ya es algo.

No podemos, dijo el llamado Santiago, daros agua. Y lo sabéis. ¿Qué creéis que pasará si se sabe que comerciamos con agua?, ¿cuántos creéis que vendrán entonces?

Así que no, siguió. Y es la última advertencia.

En la noche se sintió el chasquido de los cerrojos de los rifles. Las chicharras callaron durante un segundo.

¿Y qué creéis, dijo la voz, que pasará si ahora volvemos contando que hay aquí un remolque lleno de agua?

¿Qué creéis que pasará? Los dos hombres volvieron a mirarse. Un segundo. Se echaron los rifles a la cara.

Marchaos, dijo el más joven. Marchaos ahora.

De acuerdo, dijo la voz después de un silencio pensativo. Pero dejadnos que os mostremos una cosa antes de irnos. ¿Vais a estar tranquilos un momento? Los dos hombres no contestaron. Por una de las ventanillas del coche fue surgiendo el cañón de una escopeta. El cañón apuntaba a lo alto, hacia la luna. Estuvo ahí un momento. Después desapareció.

Nosotros, dijo la voz, también tenemos armas. Ahora lo sabéis.

Bien, dijo el llamado Santiago, pues id diciendo por ahí que cambiamos agua por sangre.

Como queráis, dijo la voz. Pero recordad que hemos venido como amigos. Recordadlo por si nos volvemos a ver.

El coche, lentamente, fue dando marcha atrás. Lo vieron perderse. Unas luces rojas que terminaron por no ser nada. Los niños lloriquearon al ser despertados. La furgoneta empezó a devorar la noche. Hacia las montañas por las pistas de arena. El hombre llamado Santiago conducía. El más joven iba atrás, en el remolque, con los ojos atentos y el arma próxima. Las mujeres acunaban a los niños y les cantaban.

Oh, pequeños, les decían. Sois tan hermosos...

Si supierais... Si supierais cuánto os queremos...

Segunda parte

Dos mil ochenta y seis

1

Subo hasta lo más alto de las casas. La ciudad no termina nunca.

Entre los montes hay una olla inmensa. La ciudad la ocupa toda. Va a ras de tierra y se pierde a lo lejos. Trepa por las colinas y las vuelve a bajar. Una casa y otra. Sobre ella bailan el viento y el polvo.

Donde acaban las casas negras están las vías y los vagones abandonados.

Más allá, en la parte honda, están los huesos.

Brillan en la noche. Malignos y silenciosos.

Soy Enis, le grito a la ciudad desde la torre más alta. Soy Enis.

Soy el hijo de Cingo, de Dem, de Reya.

Lo grito y lo vuelvo a gritar, hasta que se me rompe la voz.

Nadie contesta a mis gritos.

Nunca. Nada.

Una vez grité y del abismo deslumbrante de los huesos surgieron dos pájaros azules y grandes. Se levantaron, pesados, en el aire. Los vi perderse hacia aquella zona que hay más allá del osario. Esa que es tan blanca.

Doy mis gritos y me quedo muy quieto. En realidad no espero nada.

Me siento y afilo mis estacas. Preparo los lazos como mis padres me enseñaron.

2

Soy Enis. Estoy solo. No soy más que un muchacho.

A veces miro al fuego que enciendo por las noches y en el humo me parece que veo recuerdos. Imágenes que vienen viajando por lo oscuro.

Las manos de Reya. Sus ojos.

Algunas canciones.

Cingo, Dem.

Otros niños.

Venid, nos decían los hombres y nos sentaban sobre sus rodillas. Venid y aprended. Aprended el fuego. Aprended las cabras. Aprended a esperar. Aprended la caza. La caza es, sobre todo, tener paciencia.

Aprended, nos decían las mujeres, el cereal. Aprended a sembrarlo.

Aprended el pan.

Y yo aprendí todas las cosas. Todas las que nos enseñaron. Pero no puedo sembrar cereal. Porque no tengo semillas. Porque estoy solo.

Antes de la ciudad también hubo una vida. Esos recuerdos son más confusos. Yo era pequeño.

Había una tierra parda, arrugada y ardiente. Los hombres y las mujeres caminaban sin descanso. Loma tras loma. Los niños íbamos adelante y atrás. Detrás de nosotros dejábamos una cortina de polvo. Las cabras venían con nosotros. Más barrancos, más ramblas. Escorpiones y serpientes.

Luego encontramos la ciudad.

Nos detuvimos en un alto a mirarla. Los hombres se miraron.

Habría pozos, dijeron.

Los había. Pero no funcionaban. Los hombres los accionaban y no salía nada. Tal vez se pudo llenar alguna botella. Seguíamos andando. Las ventanas nos acechaban.

Las cabras, decían los hombres. Las cabras los encontrarán.

Así que las dejaban que fueran delante. Las cabras también se murieron. Cuando me quedé solo.

Los huesos de Cingo, de Dem, de Reya, de los otros, no están mezclados con los demás. Yo no dejé que eso pasara. Están abajo, justo al final del terraplén, justo donde este ya se precipita hacia esos otros huesos en los que cazo. Están puestos en fila. Las calaveras me miran al pasar.

Yo sé cuáles son los huesos de Cingo, de Reya.

Cuando el fuego me hace ver esos recuerdos es cuando más lo odio. Lo apago a patadas.

Agua, eso pedían las mujeres y los niños.

Agua. Y no podían levantarse de las camas. Se estremecían. Las lenguas se les pusieron blancas. Las pieles se les volvieron amarillas. Como los ojos.

Vomitaban una cosa roja que manchaba las paredes. Así lo dice el fuego antes de que lo apague a patadas. Les salía sangre entre los dientes. Sangre negra.

Yo también estuve enfermo. Recuerdo los temblores, el sudor. Recuerdo a Reya sobre mí. Mirándome desde muy lejos. Luego, lentamente, las voces se fueron apagando. La gente lloraba. La boca me sabía a sangre.

Todo estaba oscuro. Una nube gigantesca ocupó todo el cielo. Tenía grandes alas negras. Nos acechaba como yo acecho a los lagartos.

Todo estaba oscuro y después ya estuve solo.

A veces me siento junto a los esqueletos y acaricio la cabeza de Reya o de Cingo. Les acaricio las cabezas pero sus palabras nunca vuelven.

Soy Enis. Estoy solo. Todas las noches tengo el mismo sueño. Tengo una cueva en la que duermo. Una cama que es casi una cuna. Solo que esa cuna está dentro del agua. Hay una montaña de agua bajo ella y otra montaña por encima de ella. Es un saliente en una roca, poco más. Y yo duermo ahí. Lo hago hasta que llega el animal. Es grande y blanco. Tiene zarpas oscuras y ojos negros. Llega caminando a través del agua y primero me husmea con su nariz, que es también negra. Luego me da con una pata, como si quisiera despertarme.

3

Todos los días viene un ave a visitarme. Un ave grande y negra.

Vuela muy arriba. Se queda mucho rato. A ratos planea sin mover siquiera una pluma, ascendiendo en la corriente caliente que brota de la montonera de huesos. Arriba, mientras tal vez duerme o tal vez sueña, vigila sin cesar lo que hay abajo. No es raro que sienta sus ojos. O que piense que siento sus ojos. A veces está toda la mañana así. Sin hacer nada más que dar una vuelta y luego otra. Cada vez más arriba hasta que desaparece en el cielo transparente.

Si el ave viene a visitarme entonces dejo lo que esté haciendo y me quedo muy quieto, el sombrero defendiéndome del sol, y la miro.

La miro y me digo que me gustaría soñar eso, que soy esa ave y que vigilo el mundo desde lo alto. Soñar eso y no aquello otro que sueño.

Pero las cosas son como son.

Cazo entre los huesos. Hay allí unas ratas de buen tamaño. También ratones. Lagartos. Me envuelvo en mis plásticos y avanzo preparando mis trampas.

A veces es una losa y una estaca.

Otras veces es un lazo.

Mis padres me enseñaron todo eso y yo cada día tengo mi recompensa. Llevo el alambre al cinto y las colas de las ratas y de los lagartos me acarician las rodillas mientras camino.

Entre los huesos y los edificios negros está el terraplén. Ahí están las vías. Ahí están los vagones abandonados. Inmensos y sombríos. Ahí vivo yo.

Tengo un montón para las mantas. Otro para los cuencos que los muertos dejaron atrás. Otro para las botellas de plástico llenas de agua. Otro para los utensilios de cocina.

Tengo tres viejas latas con la tapa agujereada. En el interior de cada una brilla un ascua rojiza.

Por las mañanas les soplo a las ascuas y las alimento con virutas. Las ascuas me ayudan a encender el fuego cada día. Las cazuelas pertenecieron a Dem y a Reya. Cada noche me siento en el borde del vagón a despellejar mis presas y a comer.

Mientras como miro hacia la ciudad vacía.

Soy Enis. Todas las mañanas me levanto antes que el sol. Hay muchas cosas que

hacer.

A este lado del terraplén empiezan los edificios negros. Edificios altos separados por calles estrechas.

En la plaza hay varios árboles grandes. Ahí está también el pozo. Cada mañana lo primero que hago es sacar varios cubos y lavarme. Luego riego. Echo agua a los pies de cada árbol y los árboles se estremecen. Echo agua también en los bordes de la plaza, allí donde crecen las matas y se agitan los insectos. Más tarde me adentro en los edificios con mis botellas y voy llenando los bebederos de los pájaros.

Cuando he llenado los bebederos extraigo más agua y me voy al osario. A recoger la caza y a rellenar los otros bebederos.

Las ratas y los lagartos también beben.

Soy Enis. A veces me veo reflejado en el agua que vierto en los cubos.

Por eso sé que mi piel es clara y mis ojos oscuros.

Por eso sé que en ellos vive una sombra.

Por eso sé que soy flaco, que aunque mis pies cada vez están más cerca del suelo cuando me siento al borde del vagón, sigo siendo un muchacho.

Por eso sé que mi pelo es un temblor de nudos y retorcimientos.

A veces me lo corto con un cuchillo. A veces rebusco en él y obtengo en recompensa algún piojo.

Me los como.

En un rincón de la plaza están las espinacas. Cada día las riego a ellas también. Cada día le echo a su tierra toda la porquería. La mía, los restos de las ratas, las cáscaras de los huevos.

Las espinacas son amargas, pero tengo que comerlas todos los días. Así me lo dijo Cingo.

Soy Enis. Os contaré como es que vi, una vez, a un hombre.

La sal la tengo en dos latas grandes. Cada día la vigilo. El pozo de la sal está lejos.

Cuando veo que la sal se está acabando me pongo en marcha. Tengo una larga pértiga que me coloco al hombro. A cada extremo pongo una de las latas. Primero hay que vaciarlas y limpiarlas y ponerlas a secar. También hay que cargar comida y agua para varios días y que salir temprano. Antes del amanecer. Salir y luego acomodarse al camino que van marcando las vías. Es una curva larga y sembrada de vehículos desplomados. A media mañana suelo estar defendido del sol por los techos de una sala enorme en la que duermen vías y vagones. Más tarde suelo llegar a un espacio vacío y blanco donde hay algunos árboles muertos. En cada calleja aúlla el viento incansable y la arena se precipita con violencia sobre las carcasas enrojecidas.

En las horas de más calor busco refugio en los zaguanes. Ahí bebo agua y como algo de la carne que llevo.

Ahí me tiendo sobre las losas a descansar. A esperar.

Con un ojo atento vigilo el exterior incandescente.

Siempre llevo el viejo sombrero de Cingo. Me protejo la boca con una banda de tela.

Voy siempre silencioso. Con la cabeza baja.

Siempre tengo miedo. Solo en mitad de aquellos colosos de cristal.

Saliendo la luna cambia el viento. Es por entonces cuando suelo llegar al río. En la plaza hay grandes vehículos. Enrojecidos, calcinados. El cauce del río no es más que piedras blanquísimas y restos endurecidos de arbustos. Más allá siguen las vías, que luego se quiebran y se precipitan al suelo. Los arcos rotos del puente semejan los dedos de un gigante que yaciera enterrado bajo la tierra.

Siempre paso la noche en el mismo sitio. Entre unos árboles mustios enciendo mi hoguera y cocino algo de carne.

Por la mañana sigo el río. Hacia el norte esta vez.

El pozo es una cavidad de rosas y violetas. Sembrada de cristales.

Está abajo. Al final del terraplén.

Allí el cauce es ancho y un poco más allá está la isla olvidada. Bajo entre las rocas y lleno mis latas. Cuando las tengo las vuelvo a subir y las dejo junto a la pértiga.

Os iba a contar cómo fue que vi a otro hombre.

Os contaré primero cómo fue que vi al animal.

Yo no solía bajar hasta la isla. Solía llegar y tomar mi sal y volverme.

Ese día, sin embargo, bajé. El sol extraía fuego de las piedras blancas. En la isla había restos de paredes derruidas en las que crecían las higueras.

Más adelante el río se comprimía. Divisé la sombra caída de otro puente. Bajé y vi al animal.

Primero fue un movimiento. Luego una forma. Unas orejas alargadas y pardas. Unos ojos que vigilaban.

Estaba detenido sobre una montonera de plásticos retorcidos y huesos blanquísimos. Durante un momento nos miramos. Un momento antes de que echara a correr y desapareciera tras una aglomeración de lascas grisáceas.

Fue al seguirlo con la mirada como capté el otro movimiento. Más arriba.

El cauce corría entre dos paredes brillantes y altas. A un lado del cauce estaba la ciudad. Al otro lado seguía la ciudad.

Arriba. A ese otro lado. Había un hombre.

Estaba apoyado en la barandilla enrojecida y miraba hacia abajo.

Me quedé muy quieto, con la vista baja, vigilándolo por el rabillo del ojo.

Después, muy despacio, me fui moviendo. Como si no sucediera nada de particular.

Caminé hasta que la isla se interpuso entre nosotros. Entonces me eché al suelo y trepé. Me asomé entre las zarzas. El hombre seguía allí.

Era una sombra. Una barba oscura. Un sombrero. Cuando se lo quitó un momento para hacerse aire fue, también, unos ojos graves. Unos ojos atentos que perforaban la mañana mientras el suelo hirviente me quemaba el estómago.

El cielo era nada. Una respiración clara y lejana.

El hombre vestía una vieja camisa. Tras él ondulaban al viento restos de cables arrancados de sus soportes.

Luego se encogió de hombros. Se marchó. Se marchó y el mundo volvió a ser lo que era. Una losa manchada de sangre. Una larga tira de carne puesta a secar.

Velar por los pájaros. Por las ratas. Mantenerlos con vida a ellos y a las plantas.

Sentarse en lo alto de los edificios.

El dedo de Cingo, la última vez que se alzó, era amarillo.

Un amarillo en el que se presentía la muerte. Lo mismo había en sus ojos.

Hay, me dijo aquella última vez, antes de morir, más gente. Viven al otro lado del río. Hay que ir hasta allá y luego seguir. Hacia el norte.

Encontrar una zona de piedras blancas. Ancha como un río. Tierra aplastada y grandes piedras.

Ellos viven allí.

Vete, me decía, con sus ojos amarillos, con su boca ya tan roja, vete. Vete de aquí.

Busca a esos otros. No te quedes solo.

Esa mañana hubo una respiración cálida en el aire. Descendieron torbellinos de arena desde la parte del río. Los fui bajando de uno en uno, por las escaleras. Los fui dejando allí donde están todavía.

Uno al lado del otro. Separados de los otros huesos. Junto a las vías.

Luego me quedé solo. Por la noche vino a visitarme el animal blanco.

Vino esa noche y todas las demás. Yo lo esperaba.

Lo esperaba y me acostumbré a no esperar nada más.

Me acostumbré a eso y a subir a lo alto de los edificios. A gritarle a la ciudad.

Luego llegaba otro día, otra noche.

Soy Enis. Os contaré cómo fue que dejé de estar solo.

Cada noche era todas las noches. Me quedaba ante la puerta del vagón, mirando a la luna. Arrojando alguna viruta al fuego. El fuego contestando con chispazos. Siseando y yo lentamente dejándolo ir, conduciéndolo hasta la muerte.

Las estrellas cosidas a cuchillazos en el cielo. Y luego el fuego muriendo ya. El silencio.

Cada noche era un correr la puerta del vagón. Un tenderse en la oscuridad. A la espera del sueño.

La puerta del vagón quedaba algo entreabierta. Para que corriera algo de aire. Para que entrara algo de luz.

Luego esperaba entre las mantas. Al sueño.

Una noche, sin embargo, entró algo más que luz y aire. Un sonido que se repetía.

Me desperté y estaba agitado. Sudaba. En mi sueño el animal blanco había alzado la cabeza y había mirado más allá, prestando atención con las orejas.

Algo venía, rebotando, a lo largo de las paredes. Tomé una manta. Salí.

Una voz. El balido de un animal. Que se repetía. Que se mezclaba con gritos de personas.

Personas que avanzaban en mitad de la noche.

Corrí. Empecé a recoger cosas. Mantas. Cuchillos. Trampas. Eché a correr hacia los edificios. Trepé por unas escaleras y no me detuve hasta que estuve arriba. En lo más alto me asomé. Venían desde las colinas, siguiendo las vías. Los vi al alba.

Eran altos, finos, oscuros. Sus pieles brillaban en las primeras luces del día. Sus cabellos, largos, estaban trenzados y caían a lo largo de sus espaldas. Algunos venían arrastrando plataformas cargadas de enseres. Algunas de las mujeres llevaban bebés oscuros con ellas.

Eran muchos. Más de los que habíamos sido mi familia. Delante de ellos caminaban las cabras. Los niños las guiaban entre gritos.

Las cabras iban delante y yo recordaba las palabras de Cingo y de Dem.

El agua, eso habían dicho, eso es lo que buscan todos. Lo que busca la gente.

Dejad, habían dicho, que las cabras vayan delante.

Ellas la encontrarán.

Esperé hasta que casi los tuve debajo. Entonces me escondí. Oí sus gritos. Los oí entre las calles. Junto al pozo. El pozo de Reya, de Cingo. El pozo de Enis.

Oí sus gritos taladrando la mañana, pero no bajé.

Quería que se fueran.

Bajé cuando me quedé sin agua. Cuando me abrasó la sed. Había caído ya la noche. Seguían las canciones.

Bajé en silencio. Di un rodeo. Llegué a la plaza por la zona más oscura. A través de un edificio cubierto de polvo. Los hombres oscuros se habían instalado allí. Alguien había sacado unos tambores y otros bailaban. Mis cubos y mis botellas habían sido puestas aparte, a un lado. Mientras miraba una mujer se acercó al pozo y accionó la válvula. El agua cayó en sus manos y ella se rio y dijo algo en un idioma incomprensible. Otros se rieron.

Todos cantaban y gritaban menos un hombre. Un hombre alto y de ojos graves que estaba en un rincón. Sentado sobre unas escaleras, metido entre los árboles.

El hombre que llevaba unas viejas pieles cubriéndole los hombros. Que miraba con expresión solemne a los demás. Que apenas se permitía reír.

Como si considerara algo.

El hombre que llevaba a una niña en brazos. Una niña que había llegado caminado muy torpemente hasta él. Que había trepado hasta lo más alto de él. Que se había quedado durmiendo allí.

La niña que tenía la piel tan oscura como todos los demás. Que llevaba las mismas trenzas en el pelo.

La niña que se había dormido y que después había despertado.

Que había abierto los ojos.

La niña de la piel oscura y cuyos ojos eran del color del cielo. Del cielo despejado, infinito y claro.

La niña cuyo nombre era Andera.

Eso lo aprendí mucho después.

Tercera parte
Dos mil noventa y seis

Gotas de agua venían de la oscuridad del pozo. Querían vibrar, ser vida.

El tubo, por fuera, era una superficie mate y gris. Por dentro era un arrastrar de líquenes. En el borde era un cuchillo rojizo. Dentro era silencio y fuera significaba viento y pájaros. Por el venían, suaves, las moléculas de agua. Bajaban por la oscuridad y se amontonaban en el reborde. La membrana, así, cogía peso, se abombaba, se hacía seno. Esto sucedía una vez y otra.

Una gota colgó, volvió a colgar, del filo de metal. Se suspendió en el tiempo.

El peso la vencía, o la iba a vencer. Un dedo moreno se adelantó y la capturó. La gota pasó del filo a aquella piel suave. Los ojos de una muchacha la miraron con atención.

Era alta y esbelta. De largos y trenzados cabellos negros. Tenía la boca grande, la nariz estrecha. Los ojos, desmesurados, podían ser verdes o azules y le daban al rostro una cualidad soñadora y excitante.

La muchacha, la gota de agua sostenida en equilibrio, se reclinó y apoyó la espalda contra la pared. Sus piernas flacas asomaron por entre los pliegues de la falda. La luz del atardecer se reflejaba en aquello mágico y ella alzó la mano para poder verlo mejor. Sonrió. Llevó el dedo hasta su boca y una lengua rosada atrapó la gota y la hizo desaparecer. Otra se estaba formando ya en el reborde. Los ojos azules la seguían.

Trepó por una de las escaleras que daban a la plaza y desapareció. Sus pies levantaron susurros en las penumbras de los edificios abandonados. Fue trepando. Cada vez más arriba. A veces sus dedos rozaban la superficie de un mueble cubierto de polvo. Espesos rayos de luz cuajados de telarañas entraban a través de las ventanas sin cristales.

Las terrazas eran alargadas y corrían paralelas las unas a las otras. Sus balaustradas habían cedido, con hervores de madera podrida, en diversos tramos. Entre una y la siguiente se extendía un vacío vertiginoso que daba a patios amontonados de escombros. La muchacha estuvo mirando largo rato. Después se fue al extremo de la habitación, todo lo lejos que pudo, y tomó aire. Se lanzó. Echó a correr y voló durante un segundo. Se rio. Luego volvió a volar, para regresar al punto de partida. Cerca de una ventana se encontró con una de las trampas que ponía aquel otro. Se acercó para examinarla.

No se tocan, le habían dicho cientos de veces sus padres y sus madres, las trampas

de ese.

Él, le habían dicho, también vive aquí.

Él estaba primero.

La trampa era sencilla. Poco más que un lazo de alambre abrazado a una percha de madera y cerca de uno de los cuencos con agua. Eso y el amontonamiento de muebles que generaba el desfiladero por el que debía avanzar el ave para llegar al lazo.

La muchacha lo observó largamente y luego miró a su alrededor. Al final alargó la mano y arrancó el alambre de la percha de madera. Lo arrojó por la ventana.

2

La sartén era grande y negra. En ella se cocía el pan. Los padres y las madres metían la mano por turnos.

Andera, decían las madres, ha vuelto a escaparse hoy. Se ha ido a los edificios.

Nos preocupa, decían. Nos preocupa porque ya no es una niña.

Y sí, decían, que es cierto que es trabajadora. Trabaja bien. Cuida de los niños. Muele el cereal. Se ocupa de las cabras. Pero no debería ir a explorar ella sola.

El trampero, decían las voces, el que vive en lo alto del edificio. Ese es el problema. El trampero siempre la está mirando. Mira a las otras niñas. A las mujeres. Las mira a todas pero la que le gusta es Andera. La quiere.

Siempre la mira.

Pero, decían otras voces, él no le hará daño. Él es bueno.

Es bueno, decían las primeras voces, pero está solo.

Y, si es bueno, ¿por qué está solo, dónde está su gente?, los otros se encogían de hombros.

¿Quiénes somos nosotros, decían, para decir si alguien tiene que estar solo o no?

No nos gusta, decían las primeras voces que habían hablado, que mire a las mujeres. Nos da miedo.

Deberíamos, siguieron esas voces después de un silencio, decirle que se vaya. Las segundas voces protestaron.

No podemos decirle eso, dijeron. Él estaba aquí antes. Además, decían, está solo. ¿Adónde va a ir?

Así que no, decían, no se lo diremos. No le haremos que se marche.

Él, decían, es bueno. Él nos enseñó dónde estaba el pozo de la sal. Necesitábamos la sal. Y él nos dijo dónde estaba.

Él, decían las otras voces, no es más que un trampero. Ni siquiera sabe hacer pan.

Él come ratones. Come lagartos.

Él, decían esas voces, no tiene armas. Ni siquiera sabe hacer ropas para cubrirse. Va vestido con cosas que roba a los muertos.

Caza entre los muertos.

Matémoslo, decían las voces más fieras.

No, decían las otras voces, no podemos hacer eso. Y no lo haremos. No aún.

Lo decidiremos, decían, más adelante.

Eso decían, junto a la sartén donde se cocía el pan, los padres y las madres. Andera, oculta en las sombras, agazapada, invisible, escuchaba con atención.

Había, en la mañana, una sensación pesada. Un apresuramiento urgente.

Enis había pasado la noche junto a la extensión amarillenta de lo que en otros tiempos había sido un lago. Un rato antes del amanecer empezó a moverse. Se quitó los plásticos de encima. Escuchó. El viento bajaba de las colinas con notas de angustia. Quitó el tapón de la garrafa de agua y bebió un trago. En el cielo se transparentaba aún la luna.

Dos pájaros pasaron como sombras grises sobre su cabeza. Dirección a las vías. Volvió a escuchar. Abrió mucho las fosas nasales, como si pudiera captar alguna señal invisible con ellas.

Arriba de la colada de piedra se topó con la ciudad. Esta lo rodeó por los cuatro costados. Una única estrella colgaba del cielo blanquecino. Volvió a bajar. Rebuscó en las brasas apagadas y rescató varios huesecillos. Los fue royendo mientras pensaba. De regreso arriba los ojos se le iban, insistentes, hacia un mismo punto. Mucho más allá de las colinas colmadas de casas.

Se limpió las manos en los muslos y fue bajando. Dio un largo rodeo. La tierra cuarteada y dura. La planicie gris. En la zona del brezal sintió, de lejos, los rebotares de plumas y los pelotazos que un par de cuerpos pegaban contra el suelo en su lucha.

Enis gruñó. De satisfacción. De triunfo.

Les retorció el cuello para matarlas y deshizo los lazos. Allí mismo reparó uno. Ensartó las dos aves en la tira de alambre y fue volviendo. Recogió. Al volver al nivel de la ciudad miró de nuevo hacia los cerros lejanos. Persistía, se presentía, una sombra. Un agitar oscuro y que amenazaba con alzarse. Volvió a aspirar con todas sus fuerzas. Cualquier espectador hubiera concluido que andaba calculando. Distancias o posibilidades.

Regresó por una zona de calles largas y casas bajas. Alternaban muros caídos con jardines momificados. A través de las ventanas se escapaban sudores helados. Enis no miraba hacia allí en cualquier caso. Surgió junto a la explanada con el sol ya muy alto, cerca de unas torres de cemento. Se quitó el sombrero y volvió a mirar atrás. Sacudió la cabeza. Vio al hombre oscuro, a aquel hombre grave que había tenido a la niña en brazos aquella primera noche, ya desde bien lejos.

Se había detenido sobre un montón de desechos y miraba con expresión sombría hacia el norte. Hacia donde también había mirado Enis en el viejo lago.

Se saludaron con la mano.

Pasó la tarde haciendo preparativos. Recogió leña para varios días y bajó sus pertenencias a una habitación que estaba más a resguardo que las demás y que no tenía ventanas. Allí dejó sus plásticos y sus pieles y sus pájaros. Con las garrafas bajó al pozo. Dos de las mujeres oscuras estaban allí. Lo miraron y se apresuraron en terminar lo que estaban haciendo. Las vio desaparecer tras una esquina. Mientras llenaba sus garrafas sentía cómo los muchachos lo vigilaban desde las ventanas. De vuelta a la torre avivó la hoguera, puso agua a hervir y desplumó los pájaros. Se quedó pensativo.

Con una de las aves volvió a bajar. Entró en la plaza a través de los árboles. Estaba allí la muchacha de los ojos azules. Sentada junto a otra un poco más pequeña. Enis sintió aquellos ojos líquidos deslizándose por su piel y siguió camino sin mirar atrás. El hombre alto estaba en lo más hondo de un callejón, ayudando a otro a cubrir la plantación de cereal. Le tendió el ave.

Pan, le dijo.

Tres, le señaló con los dedos de una mano. El hombre, largos brazos, largos dedos oscuros, miró al que estaba a su lado. Sonrió.

Tres, le dijo con los dedos.

Enis le dejó el ave y volvió a su torre. Sentado junto a la hoguera se entretuvo en un nuevo tipo de trampa que andaba ideando. Con uno de los cuchillos iba, lentamente, perforando el lado de una lata de conservas. Tenía varias estacas a un lado. Andaba decidiendo en qué forma iba a conseguir que las estacas quedaran unidas a la lata cuando alguien llamó en el patio. Enis se asomó por la terraza y vio abajo a dos de los muchachos.

Bajó y recogió sus tres panes. Antes de encerrarse en su habitación, se asomó a una ventana y volvió a mirar a lo lejos, más allá de las colinas.

La noche clavaba sus uñas en la tierra. Se quejaban los árboles en la plaza. Hubo un precipitar de hojas.

Más allá de las ciudades seguía existiendo el mundo. Un mundo de largas planicies, de infinitas extensiones calcinadas tras décadas de sequía absoluta. En aquellos espacios miles de millones de toneladas de polvo reposaban y esperaban.

Esperaban a una mano. Una descomunal, monstruosa.

El viento no entendía de hombres.

Los suelos de las llanuras hervían como hervían más allá los mares. El aire se dilataba y subía. Volvía a bajar. De eso entendía el viento.

De suelos desnudos y secos.

A veces ese viento bajaba a lo largo de un camino de hielo y golpeaba. El polvo adquiría entonces vida. Caminaban juntos. Nada podía oponerse a su paso de titanes.

Olas descomunales ocultaban el sol. Desaparecían, durante días, las propias estrellas. El mundo era una noche bajo aquel imperio de rugidos y truenos que asfixiaba al propio aire.

Bajo su ímpetu nada era y nada podía ser. Y menos los hombres.

Los hombres refugiados, amparados por las débiles luces de sus hogueras. Los hombres esperando. Contando historias.

Soy Andera. Dejadme hablaros al oído, como en un susurro.

Soy Andera, ese es mi nombre. Una abuela mía se llamó así. La madre de mi padre. Yo no la conocí.

Soy Andera. Cuando nací, así me lo contaron, la tribu entera vino a asomarse a mis ojos. Nunca habían visto unos ojos como los míos. No faltó quien dijera que aquella era una mala señal.

No faltó quien lo dijera y sin embargo viví.

¿No me veis?

Cada cual tiene su maldición. Yo tuve la mía.

Pero tened calma. Decidme qué queréis saber.

¿Acaso es que queréis saberlo todo?

No. Eso no es posible.

¿Acaso lo sé yo todo?

¿Cómo era la vida aquellos primeros años, en la ciudad de las paredes negras?

¿Acaso creéis que lo recuerdo?

¿Acaso creéis que esos días son para mí algo más que moscas que rondan por mis orejas?

Si miro atrás, si pienso en aquellos días, siento una calidez infinita. Unos ojos que me sonríen y me supervisan.

No recuerdo los rostros. Recuerdo, tal vez, una voz.

Andera, levanta.

Andera, muévete.

Andera, las cabras.

Andera, a ordeñar.

Andera, el bebé.

Recuerdo las noches junto al fuego.

Me gustaban las tormentas.

Cuando había tormenta, cuando iba a haberla, todo el mundo corría. Corrían los hombres y las mujeres. A guardar las cabras. A cubrir el cereal.

Me gustaban las tormentas porque eran días en los que no había que trabajar. Días en los que era posible haraganear y levantarse tarde. Me gustaban porque de pronto todo era oscuridad y misterio. Porque de pronto la vida era personas reunidas en torno a fogatas. Personas contando historias. Personas escuchando al viento incansable.

Me gustaban las historias más que cualquier otra cosa. No recuerdo, sin embargo, casi ninguna.

En una de ellas un tigre, ¿qué será un tigre?, perseguía a un niño. El niño se escondía, lleno de miedo. No recuerdo si el tigre capturaba al niño o no.

En otra un árbol atraía a un hombre hasta él. Lo engañaba para que se acercara mucho. Lo hacía mirar dentro de él. Entonces, cuando el hombre ya confiaba en el árbol, este lo abrazaba y lo dejaba para siempre encerrado en su interior.

Había muchas más. En algunas los animales hablaban como si fueran personas. En otras hablaban las ciudades o la arena de los llanos.

Me gustaban las tormentas porque la vida se paraba. Porque todo quedaba en suspenso. Porque esos días la tribu no era más que pieles calientes. Me gustaban las tormentas porque no había que trabajar.

Tal vez os parezca una forma inocente de pensar.

Si os lo parece recordad que, entonces, yo no era más que una niña.

He visto muchos niños en mi vida y, creedme, todos preferían jugar.

Pero, si os incomoda, si os desagrada, si os parece desleal, os hablaré de otra cosa.

¿Quién quiere oír hablar de tiempos felices? ¿A quién le gustan esas historias?

Os hablaré, entonces, de cómo fue que me quedé sola.

Soy Andera, la bruja de los ojos transparentes. Escuchad mi historia.

Escuchad la historia de cómo me quedé sola.

Es, os lo advierto, una historia triste. Una historia de sangre y gritos.

¿A qué olían aquellas camas? Si cierro los ojos me llega un aroma de piel caliente, de lana de cabra. Tal vez esté mezclando recuerdos. Tal vez sea algo en lo que quiero creer.

Era una cama grande, junto a la pared, al otro lado de la chimenea.

Allí dormíamos. Tres niñas. Dos bebés.

En otra cama roncaba mi padre. En otra se agitaban mis hermanos mayores.

Podría deciros sus nombres, pero ¿acaso no es mejor dejarlos tranquilos?

Dormíamos, cada noche. Los rescoldos de la chimenea alumbraban las paredes, temblaban en el techo.

No había centinelas.

No los había y, ahora, con lo aprendido, me pregunto por qué.

Tal vez los hombres pensaron que el mundo era demasiado grande.

Dormíamos. Nos acostábamos y dormíamos de un tirón desde que las madres se enfadaban para que nos calláramos hasta que las sentíamos moverse otra vez por la habitación.

Aquella noche nos despertó un agitar. Un grito de angustia. Las niñas gritaron y vimos, a la luz que las brasas reflejaban en el techo, las formas de varios hombres que se acometían.

Vimos eso como vimos las armas brillar.

Después todo fue muy confuso.

Olía a sangre y a excrementos. Había otros hombres, unos que no conocíamos. Eran altos y llevaban las caras tiznadas con una sustancia rojiza. Tenían los ojos enloquecidos.

Vi a mi padre morir.

Vi a mi madre siendo arrastrada por el suelo.

Otros hombres, otros muchachos, también fueron apuñalados allí, ante mis ojos. Se luchaba en la calle.

Varios hombres se abalanzaron sobre las niñas y nos pusieron en un rincón. Los

bebés lloraban. Yo tenía uno en los brazos. Los hombres hablaban pero no entendía lo que decían.

Cuando nos sacaron fuera la luna estaba ensangrentada y quería esconderse de vergüenza detrás de los edificios. Nos pusieron junto al pozo, cerca de una de las escaleras. Los hombres gritaban de furia y se movían arriba y abajo. Alguno ya andaba tendiéndose sobre las mujeres.

Las mujeres gemían de dolor.

Un hombre sacó un cuchillo y mató a una muchacha. Le clavó el cuchillo en el cuello.

Brotó una sangre negra.

La sangre brotó y más allá había un umbral que me llamaba. Una puerta tan negra como la sangre de aquella niña.

Salté, ¿entendéis? El miedo me hizo saltar.

Eché a correr. Llegué a las escaleras y subí. Pasillo adelante y hacia las terrazas.

Llevaba al bebé en brazos. Un hombre corría detrás de mí. Sentía sus pasos en el polvo. Sentía su respiración semejante al fuego.

Él era más rápido, más fuerte. Yo conocía mejor los pasillos. Una vez estuvo muy cerca de mí. Su mano llegó a rozarme. Me lancé por las escaleras, cabeza abajo, mi cuerpo protegiendo el de mi hermano. Este rompió a llorar. El hombre bajó también. Había más escaleras. Volví a subir.

En cada tramo le sacaba un poco de ventaja. Subí hasta que no quedaron más pisos. Ante mí se abría una de las terrazas en que solía jugar. Otra al frente.

El salto más largo que jamás había intentado.

El hombre subía. Me adosé a la pared y esperé. Me puse al bebé bajo un brazo. Me lo puse así porque necesitaba el otro libre para aferrarme a lo que fuera. Si podía.

El hombre llegó al fin. Me miró. Yo eché a correr. Salté.

Con la mano abierta, el brazo extendido. Como si al otro extremo de mi brazo pudiera existir un milagro. Me sentí caer.

Me sentí caer y me importó.

Me dije que era una pena.

No miré abajo.

No miré abajo, pero ¿acaso no me veis?, hubo algo más allá. Algo que agarrar. Mi mano se aferró a aquello. Mis dedos quemaban. Vomité de miedo mientras mis pies buscaban cualquier cosa que patear. También hubo algo. No sé el qué. Trepé y caí al otro lado de una barandilla.

Después hubo un estruendo de silencio.

Después corrí. Me metí en las sombras, seguí corriendo. Mi hermano lloraba en

mis brazos. Lo apreté con fuerza contra mi pecho. Hasta que se calló. Hui hasta que dejé de oír los sonidos que producía aquel otro. Hasta que fue todo silencio.

Lo despertaron los espantosos mugidos que habían quebrado la noche. Las paredes los hacían rebotar de un lado a otro.

Primero se había quedado quieto. Había tanteado en busca de un arma y se había movido lentamente en la oscuridad. Escaleras arriba y hasta la azotea. Había resplandores en las callejas. Un par de veces percibió el movimiento de sombras confusas. Después los ruidos se fueron apagando. Llegado el día el sol se alzó en el cielo solitario. Entonces los vio.

Hubo primero gritos y balares. Después los vio.

Eran muy blancos y vestían restos de viejas ropas. Llevaban la cara manchada de alguna sustancia rojiza. Las cabras y las mujeres oscuras iban con ellos. También los niños. Los azuzaban con varas. Enis vio las mazas y los cuchillos. Iban siguiendo las vías, en dirección al río.

Se movió con cautela a lo largo de las calles. Por todas partes había restos de lucha y de saqueo. En lo que había sido el corral de los hombres oscuros no quedaba ningún animal. Empezó a encontrar cuerpos.

Un hombre con la mano sobre el vientre. Otro a la entrada de un callejón. En la casa había más. Entre ellos el hombre grave que había sostenido a la niña aquella primera noche. También mujeres, muchachos.

Un rato estuvo allí. Detenido, esperando, mirando en todas direcciones. En la lucha se habían roto utensilios, habían sido volcadas garrafas de plástico. Enis las puso en pie y acarició con la mano el suelo húmedo. Salió de la casa y siguió explorando. Estaban las zonas, en los callejones más resguardados de las tormentas, en que los hombres oscuros habían sembrado. Enis miró a los tallos verdosos. Tomó una de las espigas y la estrujó con los dedos.

Uno de los hombres claros había caído junto al pozo. Yacía en mitad de un gran charco de sangre seca. Enis lo movió un poco con la maza. Siguió camino hacia la explanada. Allí estuvo largo rato yendo arriba y abajo, siguiendo el rastro que aquellos habían dejado en la arena. A ratos se agachaba y susurraba pensamientos.

Eran, decía, solo hombres.

No traían mujeres ni niños.

Fue siguiendo los rastros de aquellos pies hasta que se hicieron indistinguibles. Regresó a las callejas. Volvió a mover al hombre claro. Después se agachó y le quitó los zapatos. Pasó el día siguiente acarreando los cuerpos de los hombres oscuros. Sacándolos de las casas y llevándolos a la explanada. Allí los fue dejando, en fila, junto a los esqueletos de Dem y de Reya y de los demás. Cuando terminó tomó al

hombre claro y lo llevó al osario. Allí lo dejó caer. De regreso a la explanada se sentó junto a su viejo vagón. Simplemente se dejó caer en la arena y apoyó la espalda en una pared. Miraba hacia el norte conforme caía la tarde.

Aún estaba allí cuando Andera surgió de entre los edificios.

Caminando como en un sueño y con un niño muerto en los brazos.

Tenemos, eso me dijo la muchacha por señas, que hacer un hoyo. Para enterrarlos.

Lo hicimos en una zona más allá del osario, donde había varias hoyas naturales. Para llevar los cuerpos desde las casas usamos una de las lonas. La muchacha tiraba con fuerza mientras lloraba. Cuando estuvieron todos, antes de cubrirlos con piedras, le dije que esperara un momento. Me fui con la lona y volví con los huesos de Reya, de Dem y de los demás. Las piedras los fueron haciendo desaparecer. Sus ecos pegaban contra las lejanas paredes de los edificios.

Al niño muerto no lo enterramos con los demás. Ese se lo llevó ella. Estuvo toda la tarde fuera. Hablábamos por señas.

¿Y los demás?, me dijo.

Se los llevaron, le dije yo. Hacia el río. Hacia allá.

Por las mañanas me iba al osario, a cazar. Ella siempre estaba en el mismo sitio. En la misma habitación en la que había dormido antes del ataque. Agazapada en un rincón sobre un montón de mantas parecía un animal herido y vigilante.

Yo la miraba a los ojos descomunales y llenos de miedo. La miraba y me decía que yo no debí ser algo demasiado diferente tiempo atrás.

Tú, le dije un día por señas, no aquí. Tú allí, conmigo. Ella me miró.

Tomé sus cosas y las llevé a mi torre. Ella me siguió, mansa. La instalé en el otro extremo de la habitación. Lejos de mí. Cada mañana salía a cazar y volvía. Después cocinaba y le daba parte de la comida. Nos mirábamos. En un callejón perdido encontré una plantación de cereal que los atacantes no habían arrasado. Le llevé parte del grano y ella lo miró y no se movió. Otro día regresé de la caza y vi que ella había encontrado un mortero y que estaba moliendo. La dejé a solas. La sentí, de lejos, amasar y añadir el agua y la sal. Ese día comimos el uno cerca del otro, metiendo la mano por turnos en la vieja sartén que había sido de Cingo y de Reya. Comimos juntos y luego ella se fue a su rincón.

Una noche, en la distancia, oímos balar a un animal. Lo encontramos por la mañana. Eran tres. Ella las reconoció como animales que habían pertenecido a su familia.

Una de ellas era un macho.

Soy Andera. Dejadme contaros cómo empezó. Cómo pasó lo que tenía que pasar.

¿Qué era yo en aquellos días?, ¿un animal herido y nada más? Os lo diré.

Era miedo. Y soledad. ¿Qué hubierais sido vosotros?

Pero allí estaba él. ¿Qué hubiera pasado si él hubiera muerto también, si a él también se lo hubieran llevado como a mi familia? Os lo diré.

Habría muerto. Habría muerto y no tendría una historia que contaros.

Así que dejadme que os cuente cómo empezó. Yo sé cómo empezó. Qué día.

Cada día hacíamos un pan grande. Cada día él cazaba y yo ordeñaba a las cabras. Pasaba el tiempo. Un día él se plantó ante mí y me indicó que debía ir al río. Yo aquí, le dije. Yo espero. Él se fue y regresó a los dos días. Traía consigo la sal y dos animales pardos de largas orejas, bastante más grandes que las ratas y los pájaros que solíamos comer. Yo los miré con cuidado y busqué algunas plantas y los cociné. Eran deliciosos. Más tarde él, un espantajo cubierto de plásticos, algo parecido a un gigantesco pájaro a medio desplumar, me hizo una representación de cómo había capturado a los animales.

Cómo los había perseguido, cómo los había acechado, cómo había lanzado las piedras. Cómo la sangre había manchado las piedras blancas.

Él lo representó y yo sonreí.

Ahí empezó todo. La verdadera caza.

Empezó la caza y debéis entenderme. Yo era pequeña. ¿Qué sabía yo?

¿Hubiera actuado igual si hubiera sabido entonces lo que sé ahora? ¿Lo sabe alguien?

Yo era pequeña y solo presentía una amenaza. Algo desconocido, doloroso.

Una amenaza a todas horas y las palabras de mis madres resonando en mi cabeza.

A él, así lo habían dicho, le gusta Andera. Él la quiere. Él mira a todas las mujeres. Las mira a todas, pero más a ella.

Los días pasaban. Fueron pasando.

Pasaban y eran todos iguales a sí mismos. Las mismas tareas, el mismo sol aplanador. La misma sequedad en la garganta. Todos los días el mismo pero el tiempo pasando. Yo creciendo. Notándome crecer. La ropa quedándoseme ajustada y luego pequeña. Teniendo que ir a las casas de los muertos a buscar otra. Cada día teniendo un nuevo

bulto, un nuevo músculo. Las miradas de él me desesperaban y me desasosegaban. Sus ojos estaban siempre en mí.

Si yo sangraba él lo sabía y se alejaba y no volvía en todo el día. Se iba pero sus ojos estaban siempre. Cuando molía el cereal, cuando desplumaba un ave o despellejaba un animal, cuando regresaba con las cabras por la explanada. Si en sueños me agitaba o susurraba cualquier palabra, lo sentía estremecerse al otro lado de la habitación.

Nunca nos tocábamos. Si por casualidad sucedía que nos rozábamos un instante entonces él se apartaba de mí como si yo lo hubiera quemado.

¿Me quemaba a mí? No lo recuerdo.

Recuerdo, en cambio, de aquella época, la tensión y el miedo.

Pero hubo caza, ya os digo. Una noche me desperté porque él se había bajado de su colchón y estaba en el mío. Peleamos largo rato. Fue una lucha desesperada. Luego se retiró. Esto sucedió muchas veces.

Cada vez que él venía y yo lo rechazaba él abandonaba la casa muy enfadado. Lo oía en el exterior durante horas. Gritando de desesperación y arrancando piedras y lanzándolas contra las paredes. No solía regresar hasta la mañana. Me daba pena.

Me la daba, pero tomé la costumbre de dormir con un cuchillo al alcance de la mano. Cada noche, antes de acostarme, lo sacaba y se lo mostraba.

No vengas, le decía. Él miraba al cuchillo con desdén.

Por supuesto aquello no fue más que unas pocas noches de calma. Una tregua.

Yo, me decía Enis, soy un hombre. Y tú, me decía, eres una mujer.

Si hacemos eso, le decía yo, tendremos niños. Él sacudía la cabeza. Luego llegó la noche final.

Enis esperó hasta que yo estuve profundamente dormida y atacó. Cuando busqué el cuchillo no lo encontré. Él me lo había quitado. Forcejamos como solíamos hacer. Solo que esta vez era diferente. Estaba en sus ojos. En su determinación. Sus actos, la fuerza que esta vez estaba empleando, lo decían a las claras.

Tienes, eso decían sus manos, que ceder. Tienes que ceder porque si no te lastimaré.

Una de sus manazas se puso en mi cuello. Sentí que me asfixiaba. Había, también, algo cálido latiendo dentro de mí.

Cedí, por tanto.

Por la mañana él no estaba junto a mí. Tardó varios días en regresar. Imagino que lamentaba haberme hecho daño.

Un recién nacido lloraba a la sombra de un árbol seco. Unos pájaros negros y despeluchados lo miraban con ojos brillantes.

Andera se echó una manta por los hombros, se acarició la barriga. Enis la miraba con atención. Se cruzaron los ojos de los dos.

Te lo dije, dijo Andera.

Enis siguió mirándola. Alargó una mano y palpó. Era cierto que el vientre de la muchacha presentaba nuevas redondeces, que había en toda ella un algo nuevo y algodónoso. No dijo nada. No le pareció que hubiera nada que decir. El sol salía por las mañanas y la luna por las noches y las mujeres tenían hijos. Así era. Los vientres de las mujeres oscuras se habían hinchado como lo habían hecho los vientres de Reya y de sus otras madres. Aquello había sucedido una vez y otra y luego había habido bebés y así era la vida. Por las mañanas cazaba y amasaba el pan. Por las noches acariciaba el vientre tenso de Andera, cada vez más redondo y más grande. Otra cosa decían los ojos de ella.

A Oda, decía la muchacha, se le hinchó la tripa. Iba a tener un bebé.

Cuando llegó el momento, decía, los hombres se apartaron y las mujeres se reunieron. Yo también estaba.

Oda gritaba, decía Andera, los ojos aferrados a la pared, le dolía mucho.

Empezó a echar sangre, mucha sangre. Por ahí abajo. Las mujeres estaban ahí, con los trapos. Mujeres, decía, que sabían. Que ya habían tenido hijos. Después Oda dejó de gritar y se fue callando. Se fue quedando quieta. Todo estaba lleno de sangre. Las mujeres tenían las manos rojas hasta los codos. La sangre no paraba de salir.

Luego, seguía, salió el bebé. Estaba hinchado, morado. Estaba muerto. Estaba muerto como se murió Oda. Nadie pudo parar aquello que se le escapaba.

Y mi barriga, decía mirando al fuego, es más grande que la de Oda. Y Oda, decía, era mucho más grande que yo.

Enis la miraba y le acariciaba el cabello.

Otras, le decía a Andera, han tenido bebés. Yo he visto a los bebés de los tuyos. Andera lo miraba, cerraba los ojos. Su miedo no se acababa nunca. Enis molía el cereal y miraba la barriga que crecía con cada día que pasaba, que empujaba el ombligo de la muchacha hacia fuera. Miraba y pensaba.

Enis pensaba y se acordaba de las palabras de Cingo y se acordaba del hombre que había visto aquella vez, cuando él no era más que un muchacho, al otro lado del río.

No te quedes solo, le había dicho Cingo antes de morir.

Volveré, le dijo a Andera, lo antes posible. Iré al río y traeré sal.

Le dejó cereal molido y panes hechos. Le dejó carne. Le dijo que ordeñara a las cabras solo si se sentía con fuerzas y que, si no, las dejara. Se caló con fuerza el sombrero y salió temprano, siguiendo las vías. Pasó la noche junto al río y por la mañana fue siguiendo su cauce. La isla, sola en mitad del lecho de piedras, se insinuaba entre nubes de almidón. Se detuvo y miró hacia arriba. Los edificios inmóviles y el lugar donde había visto a aquel hombre. Había un terraplén escarpado y un amontonamiento de rocas que daba directamente a la pared. Desde ahí pudo alcanzar la base de unas escaleras. Miró hacia la ciudad.

El mismo polvo, las mismas avenidas desiertas, los mismos gigantes de cristal, los mismos vehículos abandonados que reposaban, las ruedas desinfladas, sobre la arena.

Desembocó en una calle que era más ancha que la propia explanada que albergaba las vías. Venía del oeste y cruzaba transversalmente el mundo. Enis miró a un lado y a otro pero no pudo ver dónde acababa ni dónde empezaba aquello inconcebible. Había estatuas y restos de jardines, descomunales edificios de altas verjas. Empezó a silbar, a gritar. Nadie surgió, nada se movió. Por la noche, en mitad de aquella soledad, lo aterrorizó el miedo que debía de estar sufriendo Andera. No durmió. El viento helado le cuarteaba el rostro, pero anduvo toda la noche. Al siguiente atardecer estaba junto a la muchacha. Sus ojos brillaban de dolor. Gemía.

La noche cambiaba de forma. Una canción lúgubre caminaba con el viento.

Miró largamente al armazón mientras se rascaba la cabeza. Al final quitó el viejo colchón y volteó la cama y probó a arrastrarla. Extrajo los plásticos más resistentes del montón. Hizo largas tiras con ellos, hasta formar correas que luego sujetó al cabecero. Se puso las correas sobre los hombros y probó a tirar. Muy temprano hizo bajar a Andera. Amontonó sobre la plataforma lo necesario. Garrafas con agua, utensilios, cereal y espinacas. Echó mantas y pieles. Por la tarde salieron. Hacia el río. La plataforma traqueteando sobre las piedras, Andera gimiendo de dolor, las cabras triscando delante y detrás de ellos, llamándose con estruendosos balidos. Tardaron cuatro días en llegar al río. Enis espabiló a Andera.

Tienes que bajar, le dijo. Tienes que andar un poco. Porque yo no puedo bajarte hasta el cauce. Porque yo no puedo bajar hasta ahí arrastrando la plataforma.

Bajaron despacio, Andera con una mano en la enorme barriga y con la otra aferrando a Enis. Cuando estuvieron abajo el hombre volvió a ponerla sobre la plataforma y la llevó a través de las piedras. En los ojos de la muchacha había algo confuso y amarillento. Para trepar al otro lado Andera se abrazó del cuello de Enis y este trepó con ella colgada y después bajó a por la plataforma. Ahí perdieron a las cabras que no habían quedado atrás. Las vieron irse cauce abajo, sus balidos resonando contra las paredes de piedra. Llegando la noche Enis entró a uno de los edificios de la gran avenida y regresó con papeles y restos de muebles. Con ellos hizo una hoguera. Le dio agua a la muchacha. Sobre los labios de Andera se habían levantado espesas costras negruzcas. Hablaba en sueños. Si se movía, gemía de dolor. A Enis le dio miedo que abriera los ojos. Por si allí había un abismo.

Muy temprano, mucho antes de que se levantara el sol, aferró las correas de plástico y empezó a tirar.

A lo largo de las avenidas y sin descanso.

En la cuna de mi sueño, bajo el agua, no había día ni noche. Solo silencio.

A ratos la luz cambiaba. Y eso pasó esa vez. Como si el sol hubiera venido cavando un túnel amarillo a lo largo de aquel abismo de agua. Los azules eran ahora, por momentos y en explosiones de burbujas, verdes o grises.

El animal blanco estaba allí. Junto a mí. En sus ojos brillaba una chispa blanca e inteligente. Había llegado, otra vez, flotando a través de aquella agua. Lo sentía moverse junto a mí. Bufar en aquel silencio sin viento.

Un par de veces me tocó con su nariz como la noche. Sus zarpas rozaron, con suavidad, mi espalda. Hablaba sin sonidos mientras me daba con su cabezota.

Era mucho más grande que muchas cabras. Y más pesado. Su piel recordaba también a aquellas. Sus lanas, en cualquier caso, eran más largas y más densas.

Levántate, me decía en silencio, levántate. Y sigue.

Abrí los ojos. Andera estaba un poco más allá. A la sombra.

Le levanté la cabeza y le puse la botella en los labios. Bebe, le dije, bebe, mujer.

Primero no quiso beber. Luego entendió lo que yo quería.

Al caer la noche un viento helado vino de más allá de las colinas y barrió las avenidas. Venía cargado de arena y no dejaba respirar. No me hizo detenerme. Las manos, los hombros, los tenía ensangrentados de estar tirando de la cama en que llevaba a Andera. Un amanecer sentí que me abandonaban de pronto las fuerzas. Me arrastré y nos metí entre dos edificios, a cubierto del viento. Allí me dejé caer. Desperté con el sol bajando. Andera no se movía ni emitía ningún sonido. Pensé que se había muerto. Que se habían muerto los dos. Solo se oía al viento.

Siempre era la misma mañana. La misma avenida. Cuando una de las correas de plástico se deshizo, tomé la otra con las dos manos y seguí tirando. A veces Andera gemía de dolor. Si me dormía, si me echaba un momento en una acera polvorienta, me visitaba el animal blanco.

A veces me daba con la zarpa y otras veces se sentaba sobre las patas traseras y me miraba. Sus ojos eran la noche.

Ve, eso me había dicho Cingo, hacia donde la tierra es blanca y está aplastada. Hasta

donde la tierra parece un río.

Eso me dijo Cingo pero yo nunca había estado allí. Ni él tampoco. Eran cosas que se sabían pero que no sé cómo se sabían.

Algo se movió a lo lejos. Algo que se agitaba en el viento. Arriba.

Estaba sujeto a uno de los postes que había cada poco a lo largo de las calles y era algo semejante a un hombre. Un muñeco. Una cara hecha con una bola de tela en la que alguien había dibujado una boca y unos ojos. Su cuerpo era una camisa que flameaba al viento. Su cabello, largo, estaba hecho también de tiras de tela.

Más adelante, en otro de los postes, había otro más. Ellos me llevaron. Vi aquella zona blanca.

De repente las casas se apartaron y no hubo nada. Solo piedras y arena hasta las colinas.

Y un montón de desechos y una mujer en lo alto. Una mujer de cabellos blancos.

Pasará, dijo la mujer encogiéndose de hombros, que mañana saldrá el sol. Esto es así. Enis la miró fijamente.

La mujer había preparado pieles y trapos. Cuchillos y agua caliente. Andera se agitaba y gritaba en la noche. Había allí un dolor que trascendía al propio dolor. Fuera, al lado de otra hoguera, abandonado bajo las estrellas, esperaba Enis. Cada poco salía la mujer. Se miraban.

El niño, le decía, está mal puesto. Viene, le decía, con el pie por delante. Viene al revés.

Sacudía la cabeza y volvía al interior. A ratos Andera se callaba y a veces gritaba de una forma espantosa. La mujer volvió a salir.

Tienes que ayudarme, le dijo a Enis.

Un bulto oscuro apretaba desde dentro la tripa de Andera. Enis fue siguiendo las instrucciones. Sujetando, sosteniendo, enjugando el sudor. Cógela, le decía la mujer, de las piernas.

La mujer manipulaba, apretaba, hacía girar aquello. De entre las piernas de Andera surgió un pie diminuto, pero ella lo hizo volver al interior. Metió ella misma la mano entera dentro de Andera. Siguió manipulando.

Ya te puedes ir, le dijo a Enis. Después hubo más gritos.

Enda, le había dicho la mujer, mi nombre es Enda. Había un grupo de casas sobre la tierra como ceniza masticada. Más allá una zona cubierta de un matorral espeso y rojizo. Estaba la mujer pero no había nadie más. Enda se encogió de hombros.

Murieron, dijo, tiempo atrás. Enis le habló de aquella vez que, estando abajo, junto a la isla, había visto a un hombre mirándolo desde este lado del río. Enda lo miró con atención. Después dijo que ella conocía aquella historia.

Ha perdido, le decía Enda, mucha sangre.

Tiene que fortalecerse.

La alimentaba con papillas y leche de cabra. A veces la muchacha abría los ojos. Había que ocuparse también del niño. Enda lo acunaba y miraba a Enis. Hablaban.

Mi gente, le decía, era como la tuya. Por eso tenemos la misma piel. Por eso entendemos lo que dice el otro.

Enis la escuchaba con atención y miraba a su alrededor. Estaba el grupo de casas y la zona de matorral. Había un pequeño barranco en cuyo fondo, a resguardo del viento y la arena, se había sembrado una parcela de cereal. También había un terreno

arado en surcos en el que crecían unos melones pequeños y amarillos. Había un cercado con varias cabras.

Mi gente, seguía Enda, también vino de allá, señaló más allá de las colinas. Hace mucho tiempo. También íbamos hacia el norte.

Enis quiso saber lo que había en el norte.

Enda se encogió de hombros.

Agua, decía. O eso me dijeron.

Agua, decía, y gente. Enis la miró con atención. No la creyó.

Antes, le decía Enda, había gente en todas partes. Así me lo dijeron.

Muchas veces cien personas. Muchas.

¿Qué es, preguntó Enis, cien? Enda lo miró con compasión.

Ven, le dijo. Lo llevó hasta una de las casas. En una pared, grabadas con algo afilado, había un montón de marcas. Líneas cortas puestas una al lado de la otra. Enda las acarició con la mano.

Esta, le decía, es la cuenta de las lunas.

Cada vez que hay una luna llena en el cielo yo vengo y hago una marca. Mis padres y mis madres ya lo hacían antes de ser yo.

Aquí, le señaló una marca en concreto, fue cuando se murieron los que venían conmigo.

Aquí, dijo, fue cuando nací yo.

Tres veces cien lunas. Y luego nueve veces diez lunas. Y luego dos más.

Antes, le decía Enda, había mucha gente.

Piensa, le decía, que en cada una de esas casas vivía gente. Y no una persona en cada casa, sino varias. Enis miró hacia la ciudad interminable y sacudió la cabeza.

Eso, dijo, es imposible.

¿Es que, dijo Enda, no has estado dentro de las casas?, ¿es que no has visto lo que hay dentro?

Enis no dijo nada. Sacudió la cabeza. Largo rato estuvo mirando las señales que había en la pared. Luego le dijo a Enda que le enseñara aquellos nombres que tenían las lunas.

Dos figuras junto al corral. El hombre alto, la mujer de la piel reseca, de la cara llena de úlceras.

Vosotros, le decía Enda, ya no tenéis cabras. ¿Cómo, le decía, vais a vivir?, ¿de cazar ratones?

Y no es lo mismo, decía, con un niño. Con un niño todo es distinto. Los niños son pequeños. De repente se mueren sin que uno sepa cómo.

Y yo, decía y se señalaba la cabellera blanquísima, soy vieja. Ya no tengo fuerzas. Pero puedo serte útil. Seros útil. Porque yo no puedo ir al norte. Pero vosotros sí. Sois jóvenes. Podréis aguantar el desierto.

Y yo, le decía, os daría cabras. Y lonas. Y cuchillos.

Para que vayáis al norte y encontréis a la gente.

Me quedaría con el niño. Lo alimentaría con la leche de las cabras. Le daría carne y pan. Le daría cada día un melón para que no le salieran manchas rojas ni se le cayeran los dientes. Lo cuidaría. Los dos os esperaríamos aquí.

Enda decía aquello y Enis miraba al confuso montón de trapos que la mujer sostenía en brazos. Sacudió la cabeza.

Ella, dijo señalando hacia la casa en la que convalecía Andera, no va a querer.

Enda sonrió.

Se llama Adem, dijo Enis. Adem es su nombre.

Enda preparó una habitación en un edificio cercano. Llevó mantas y las cosas necesarias para el bebé. Una mañana Enis cargó con él hasta el lugar convenido y regresó. Andera lo miraba con sus ojos de casi ciega.

Ha muerto, le dijo Enis. Tu hijo ha muerto. Estaba muy débil y se ha ido apagando. Se fue esta mañana.

Andera miraba sin fin al techo y Enis y Enda se apartaban hasta la pared donde estaban las marcas que contaban las lunas. La mujer hacía dibujos en el suelo con una caña.

El sol, le explicaba al hombre, es lo que te orientará.

Tienes que estar siempre atento. A ver cuándo sale y por dónde.

Él, le decía, saldrá siempre por aquí, ¿ves?

Y tú debes dejarlo en esta otra posición. Y seguir en esta dirección. Mientras vayas así irás hacia el norte.

Enis miraba todo y hacía preguntas. Las vías del tren, las carreteras.

Enda se encogía de hombros.

Las carreteras, le decía, van a todas partes. Y las vías. Tú, le decía, estate pendiente del sol. Y acuérdate.

Prepararon una tumba para mostrársela a Andera cuando esta fuera capaz de levantarse. Enis la ayudó a llegar hasta allí. Andera, los ojos resplandecientes, miró largamente al montón de piedras. De regreso a la casa las dos mujeres se sentaron a la puerta.

El niño, decía Enda, venía mal puesto.

Y tú, le decía a Andera, eras demasiado pequeña. Te rompió. Te rompió y te dejó vacía por dentro. Ya, le dijo, no podrás tener ningún niño más.

Andera miró largo rato a la mujer y no dijo nada. Sus ojos parecían perdidos.

¿Cuántas cabras quieres?

Ocho, dijo Enis.

Y cuchillos, y lonas nuevas.

Y pieles y plásticos y utensilios de cocina.

Y semillas de melón para plantarlas.

Y uno de esos carros, dijo señalando a un carrito de madera con cuatro grandes ruedas. Enda lo miró largamente.

Es justo, dijo ella. Todo lo necesitaréis para llegar al norte. Y no olvidéis que he sido generosa.

Por la mañana cargaron todas las cosas y echaron a andar. Las cabras iban acompañándolos y Enis tiraba del carrito. Andera, caminando a pasitos cortos, medía sus fuerzas. Antes de perderse entre los edificios, Enis se volvió un instante. Enda los miraba, los cabellos blancos agitándose al viento. Se saludaron vagamente.

Se apretaba contra la esquina de la cama y se movía. Yo la vigilaba.

Hablabas en sueños, le dije. Ella, metida en su rincón, apretada contra la pared, me miró. Sus ojos recorrieron mis huesos, los hicieron temblar, restallar. Me asusté.

Estaba soñando, dijo ella. Luego se levantó. Su piel brillaba al amanecer que entraba por la ventana. Las cabras balaban y llamaban en el exterior. Sus ojos estaban llenos de tristeza.

Siempre sueño la misma cosa, me dijo ella.

He caído al suelo y he muerto. O no he debido morir. Porque veo y oigo y siento. He caído al suelo y hay sangre a mi alrededor. La sangre mancha las piedras y el polvo. Hay un árbol grande a mi lado. Sus ramas le dan sombra a mi cuerpo. Ese es el principio del sueño, dijo pensativa. Luego venían los pájaros. Unos pájaros grandes y negros y otros más pequeños.

Llegaban y empezaban a comerme. Me abrían el estómago. Metían sus cabezas dentro de mí y las sacaban llenas de sangre. Los picos llenos de colgajos.

Los pájaros alborotan, se pelean entre ellos. Y yo, aunque estoy muerta, los sigo viendo. Sigo sintiendo sus picadas.

¿Cómo, le dije yo, termina el sueño?

No termina, dijo ella. Solo me despierto. Eso pasa.

Ella me contó su sueño y yo le conté el mío. El del animal blanco y la cuna bajo el mar. Ella me miraba.

¿Qué crees, le dije, que significan?

Ella se encogió de hombros.

Significan, dijo, que yo, un día, seré un montón de huesos blancos al pie de un árbol.

Dijo eso y luego se levantó y se fue para donde las cabras. Parecía enfadada.

Al norte, le decía yo, hay agua. Hay gente. Así lo dijo Enda. Hacia el norte iban mis padres. Y los tuyos.

Yo le hablaba y Andera miraba hacia los edificios. Después seguía en lo que fuera. El pan, el cereal, las ubres de las cabras.

Por eso, le decía yo, nos dio todas estas cosas. Para que fuéramos y encontráramos más gente.

Además, le decía, esta vida no puede ser así para siempre. No podemos estar siempre solos. ¿Qué haría yo si te pasara algo, si enfermaras?, ¿qué harías tú si

enfermara yo?

Es mejor, me dijo ella una noche, viniendo a mí, abrazándose a mí en la oscuridad, que se muriera.

Es mejor, decía, porque yo maté al otro. A mi hermano. Lo maté para que no me encontraran.

Ella dijo eso y después lloró. Lágrimas silenciosas y densas. Estuvo mucho rato abrazada a mí.

Antes de marchar cubrieron el pozo con una lona.

Todo lo voluminoso, las garrafas de agua, las lonas, los sacos de cereal, los melones amarillentos, fue al carro. Llevaban los cuchillos, los lazos y los utensilios de cocina. Cargaron viejas bolsas de viaje con más cosas que pudieran necesitar. Echaron a andar. El carro traqueteaba y el agua brillaba en el interior de los recipientes de plástico. Las calles oscuras y llenas de terrazas fueron quedando atrás.

Siguieron las vías hasta el río y en el pozo de sal cargaron varias latas. Más adelante el río se abrió en amplias terrazas. Cada mañana Enis miraba al cielo y se orientaba. Cuando hubo una luna llena la señaló a Andera y le explicó al respecto de las cuentas. Andera movió la cabeza.

Un día, dijo, es un día, ¿o no?

¿Y qué más da, decía, cuántos días hayan sido?, ya pasaron.

En las horas de más calor se metían en las sombras y descansaban. Apuraban por la noche para caminar todo lo posible. En la ciudad los mastodontes fueron dejando paso a casas más bajas y más alargadas. Encontraron espacios abiertos que indicaban que la ciudad acababa. El final los desconcertó.

Una carretera y alrededor la nada.

Solo piedras y matorral. Una tierra blanca y endurecida, esculpida al capricho de la erosión. Una corteza coriácea y mineral que se extendía hasta los picos oscuros que conformaban los bordes de la inmensa sartén.

Un terreno de la muerte en el que solo hablaba el viento. Enloquecidas columnas de arena bailaban en la tarde anaranjada. Dos animales diminutos caminando por el jardín de un dios que no daba agua.

En los ramales de salida de la autopista se detenían para que Enis mirara hacia el cielo y calculara la dirección a seguir. A media tarde se levantaba el viento y la temperatura caía bruscamente. Se amontonaban junto a las hogueras. Sus fuegos eran temblorosos puntos en medio de océanos de oscuridad.

A los lados de las calzadas había coches abandonados. En sus carcasas buscaban refugio y se tendían a esperar el sueño. A ratos, más allá de los polvorientos quitamiedos, sentían cantar a algún ave.

Las noches no solían ser más que silencio. Enis, el largo cuchillo al alcance de la mano, dormitaba. Cada noche se despertaba innumerables veces. Entonces era el palpar el cuero podrido del asiento y el mirar alrededor y el recomponer lentamente el pensamiento. Cada vez buscaba a Andera y medía su respiración. Llegado el amanecer era el sorbo de agua y el roer las cortezas de los panes que habían dejado la noche anterior. El ordeñar a las quejumbrosas cabras.

Por las mañanas eran sombreros y ojos brillantes que asomaban entre una maraña de harapos. Caminaban durante horas. El polvo se fue endureciendo sobre sus ropas hasta convertirlas en un cartón que se deshacía al contacto. Enis miraba hacia la llanura y miraba a las garrafas de agua. Sacudía la cabeza.

Tenemos, dijo un día, demasiadas cabras. Demasiadas para tan poca agua.

Andera miró hacia los animales y no dijo nada. Esa noche mataron a tres y pusieron la carne a secar. Se fue apoderando de ellos una pesada monotonía. Monótono era el paisaje.

Al frente una colina punteada de matorral bajo. Después otra.

Un cerro. Un collado. Retamas, raspalenguas.

Interminables mesas rosadas sobre las que colgaba el sol.

Aquello y la línea gris, interminable, de la autopista. Con sus cadáveres resacos en los arcones.

El horizonte temblando a lo lejos y el viento.

Se turnaban para empujar el carrito con el agua. Enis solía ir por delante de Andera.

Se detuvieron. Venían cruzando un largo valle y la carretera, progresivamente, se

había ido despegando del suelo y avanzando sobre pilotes de hormigón. Caía el sol y se extendían por el llano manchas violáceas. Enis, que iba unos metros por delante, lo vio primero.

Kilómetros de autopista yacían sobre el polvo, desplomados como las ruinas de una ciudad. Los pilares de cemento, sin nada que sostener, apuntaban al cielo como los restos de un inmenso esqueleto.

Andera llegó a su lado y se quedaron muy quietos. Un pájaro los sobrevoló.

Allí mismo se organizaron para pasar la noche. Muy avanzada esta, cubierto de ropas y plásticos, Enis avanzó hasta aquel borde del mundo. Largo rato estuvo allí, sin hacer nada más que mirar, como si anduviera haciendo un gran esfuerzo por comprender.

Había viejas carreteras, sombras de antiguos caminos. Algunos desaparecían bajo toneladas de tierra. Otros explotaban hacia abajo. Eso los obligaba a retroceder, a dar largos rodeos. Había pueblos. No había nada que distinguiera uno del siguiente. El mismo silencio. Buscaban, por instinto, los pozos, las fuentes. Alguna vez pudieron volver a llenar sus garrafas. Seguían. Encontraron más carreteras. Pueblos que habían sido sepultados por la arena, los tejados flotando en el mar amarillento como barcos embarrancados. Un día sintieron que la sierra que cerraba el horizonte se acercaba a ellos. Deambularon entonces por cerrados desfiladeros que olían a polvo viejo. Al otro lado de las colinas encontraron una extensión interminable y desoladora que parecía ocupar el mundo entero en adelante. Enis se volvió y miró a Andera. Esta no era más que úlceras y huesos. El hombre señaló a la lejanía.

Tenemos, dijo, que seguir.

No podemos volver. Ya no.

Andera miró hacia la desolación que los aguardaba y se encogió de hombros. Tomó del suelo el saco que iba cargando y se lo echó al hombro. Enis la fue siguiendo, el carrito removiéndose inquieto sobre las piedras. Había una suerte de sendero allí. A la hora de más calor se metieron en una hondonada y se cubrieron con las lonas. Cuando volvieron a salir se les había ido la última cabra que les quedaba. Por la tarde entraron por una zona de ramblas y barrancos.

Soy Andera. Yo también estaba allí. Yo también caminaba por aquel infierno.

Vete.

Vete.

Así se lo dije una mañana. Me senté en el camino y lo miré.

Déjame aquí. Sigue tú solo. Él me miró. Yo no alcé el rostro.

Como quieras, me dijo al fin. Nos miramos los dos.

Dijo eso y se sentó un poco más allá. Llevaba un sombrero ancho que le cubría la cara. Sus manos eran como las ramas de un árbol.

Yo lo odié.

Lo odiaba todos los días. Todos aquellos días.

Caminábamos. El sol me abrasaba la garganta. La blancura de la tierra me hacía llorar. Mis ojos se cubrieron de una plasta blanquecina. Caminaba, así, a ciegas. Por instinto. Siguiendo los pasos que iba dando Enis. A ratos él se detenía y me esperaba.

Por las noches él me limpiaba aquella plasta de los ojos y yo lo odiaba. Lo hacía, ya os lo he dicho, a todas horas. Lo hacía al levantarme cada mañana y beber aquel primer sorbo de agua que era la vida misma. Al trepar cada colina.

A veces él se volvía y me hablaba.

Un día me habló de que cada luna tenía un nombre. Otro día, mirando uno de aquellos cacharros despanzurrados que yacían a los lados de las carreteras, se le iluminaron los ojos.

Mira, dijo, y me señaló primero al montón de hierro y luego al carrito, eso también tenía ruedas.

La gente, dijo, iba dentro. Iba dentro de un lado a otro. Yo miré a aquello que él señalaba.

¿Y quién, le dije, tiraba? Enis se quedó callado. Se le notaba, yo lo noté, que pensaba algo. Que lo pensaba pero que no lo quería decir.

Otro día encontramos, semienterrados en mitad del desierto, unos inmensos mazacotes enrojecidos que eran del mismo material que aquellos otros. Eran del mismo material, pero eran muchas veces más grandes. Tampoco tenían ruedas. Sus formas eran más bien redondeadas y tenían, en lo alto, torres y ventanas. Enis se acercó a uno de ellos y estuvo un rato dando vueltas a su alrededor. Cuando lo golpeó resonó un eco profundo. Se rascaba la cabeza. Yo lo miraba con una sonrisa.

Él no me miró cuando seguimos la marcha. No tenía ninguna teoría. Y eso lo

entristecía. Lo hacía sentirse débil.

Tendría que pasar mucho tiempo antes de que pudiera al fin explicarme qué había sido aquello que habíamos visto. Esa es la historia que tengo que contaros. Pero eso será más tarde. Por aquel entonces, sin embargo, no éramos más que caminar y esperar. Enis caminar y yo esperar.

Había aparte una sombra. Algo que Enis no me contaba.

¿Cómo era, le dije un día, nuestro hijo, de qué color? Él me miró.

Mitad y mitad, me dijo él. Un poco como tú y un poco como yo.

Tenía, me dijo, una mancha en el rostro. Así, como un grano de cereal.

Y los ojos, me dijo, como los tuyos.

Él me decía eso y había una sombra allí. Yo se lo notaba.

No se lo preguntaba pero lo notaba.

Y si no se lo preguntaba era porque yo sabía, entonces, que iba a morir pronto en aquel mundo que no era más que un horizonte tras otro. En aquel mundo que no era más que caminar y esperar. Enis caminaba. Yo esperaba y miraba. Miraba por si veía, en mitad de aquello, el árbol de mi sueño. Entonces sabría dónde tenía que parar.

Dos fantasmas polvorientos pisaron las primeras calles de una ciudad. Otra ciudad infinita.

La mujer trastabilló y cayó al suelo. El hombre volvió sobre sus pasos y la llevó hasta la sombra que daba una casa. Le dio de beber de una botella. La mujer susurró algo. El hombre la dejó a cubierto y regresó a por el carro que había venido empujando. Se sentó junto a ella. Se quedaron muy quietos los dos. Uno junto al otro, las bocas muy abiertas. Pasaron las horas.

Gritaban a lo largo de las avenidas impasibles. El hombre sabía silbar.

La ciudad fue creciendo en torno a ellos. Las vías del tren les recordaron a su propia casa. En una estación irreal encontraron esqueletos olvidados desde hacía decenas de años. El hombre guio a la mujer hasta unas escaleras y los dos tiraron del carro para regresar a la superficie. Surgieron en mitad de una avenida que desembocaba en otra. Estatuas enrojecidas y viejos carteles los miraron pasar. Atravesaron restos de batallas. Zonas en las que los edificios yacían aplastados los unos contra los otros. Fantasma amarillentos y quemados se les aparecían en cada esquina. La tercera mañana llegaron a un antiguo parque, una superficie deslumbrante en la que no quedaban más que las sombras de algunas construcciones. Lo cruzaron con el sol quemando en el cielo. El viento se adhería al interior de sus narices y rebuscaba bajo sus párpados. Cuando terminaron de cruzar por aquello se metieron entre unos árboles ennegrecidos. Ya no se movieron más en todo el día. El hombre recolectó ramas secas para hacer una hoguera.

Llamaba. Sus gritos sorprendían el sueño de los fantasmas.

Se detenía cada cierto tiempo, cada vez que llegaban a una nueva avenida, y silbaba.

Solo el eco.

La mujer apenas podía caminar. El hombre le daba cada mañana dos tapones de agua. Dos para ella y medio para él. A ratos la ponía en una zona de sombra y se alejaba, llamando. El día lo pasaban en el interior de los edificios. Salían cayendo la tarde. Caminaban hasta que el frío los obligaba a refugiarse de nuevo.

Un día, al final de una avenida, vieron a una persona.

Primero fue una silueta. Algo borroso que oscilaba en los vapores que desprendía el asfalto. El hombre tardó en comprender que lo que veía era real. Se volvió hacia la mujer. Había otra persona allí. Atrás. Y otra más. Tiró de su cuchillo cuando los tres hombres se acercaron.

Soy Andera. Tened calma. Dejadme reflexionar.

Tened paciencia. Intentad comprenderme.

Intentad comprender que se trata de recuerdos viejos que el tiempo ha mezclado.

Dejadme rebuscar entre ellos.

¿Recordáis que casi no veía?, ¿que andaba casi a ciegas?

Recuerdo la ciudad. Recuerdo las hogueras que encendíamos por la noche. Recuerdo, de aquella mañana, a Enis gritando. Recuerdo su movimiento. A veces me parece que fue un sueño.

Un movimiento repentino.

Luego las sombras. Enis cayendo al suelo.

Recuerdo eso y recuerdo mi grito.

Grité, ¿no hubierais gritado vosotros? Grité de la sorpresa. Del miedo.

Los hombres, para mí, no fueron más que sombras. Sombras que venían, que se amontonaban a mi alrededor.

¿Qué pasó después? No lo sé. Lo busco en mis pensamientos, pero no lo encuentro.

Lo siguiente que recuerdo era que atardecía y que yo cabalgaba sobre la espalda de un hombre. Me habían atado las manos alrededor de su cuello y él me llevaba como si fuera un fardo. Tenía la piel dura y olía a carne podrida, a sudor mezclado con tierra vieja. Por delante de él caminaban otros dos hombres. Recuerdo haber buscado a Enis pero no recuerdo haberlo encontrado. A nuestro alrededor solo estaba la ciudad, que no acababa nunca ni daba respiro. La atmósfera hedía. Después debí de volver a dormirme porque desperté y era de noche y los tres hombres habían encendido un fuego.

Eran claros, como había sido Enis, y estaban acucillados en torno a una hoguera. Susurraban en una lengua que yo no comprendía. Vestían con ropas descoloridas que les habían robado a los muertos.

Recuerdo más cosas de aquella noche.

Vinieron a mí y me dieron comida y agua. Uno de ellos me limpió los ojos de aquella plasta blanca que los tapaba. Mis ojos los fascinaron.

Abre los ojos, me decían por señas.

Se turnaron, durante largo rato, para ponerse delante de mí y mirarlos. Después

debí de dormirme otra vez. Llegada la mañana el más grande de los tres, un hombre de barba rojiza y cuyo nombre no pronunciaré, volvió a cargarme sobre sus espaldas.

Llegábamos. Estábamos llegando.

Yo no lo sabía.

No sabía qué me esperaba. Tampoco me importaba en aquellos momentos.

O no recuerdo que me importara.

Debéis entender que yo no era más que un cuerpo quebrado. Un recipiente roto.

Había un estruendo que lentamente se me escapaba.

Se me escapaba y era vital.

Sin embargo, yo solo quería cerrar los ojos. Dormir.

Recuerdo cosas, no obstante. De aquel viaje.

Un vertedero de piedras desmadejadas.

Un grupo de árboles retorcidos.

La rambla. Sus paredes lisas reflejando el sol de la tarde.

Yo abría los ojos y siempre era ella. Fue ella hasta la noche.

Entonces la explanada interminable. Y el único edificio.

El enorme edificio.

Cuadrado, lleno de ventanas. Oscureciendo la noche y al mundo.

Antorchas que brillaban en su parte más alta.

Soy Andera, la bruja de los ojos transparentes. Dejadme volar.

Tened calma. Decidme qué queréis saber.

¿Queréis saberlo todo?

No se puede saber todo.

¿Acaso lo sé yo?

Pero, preguntadme, preguntadme lo que queráis. Tal vez lo sepa.

Tal vez lo recuerde.

Preguntadme ahora, después de tanto tiempo, si temí.

Preguntadme ahora si en aquellos días lloré.

Si lloré por Enis.

Por Enis, que había quedado atrás. Por Enis, al que, de pronto, recordaba a todas horas tal y como lo había visto por última vez.

Tendido en el suelo en mitad de un charco de sangre que crecía.

Preguntádmelo y os diré que sí. ¿No hubierais llorado vosotros?

Él era toda mi familia. La única persona a la que yo conocía en el mundo.

Más allá de él, eso debéis comprenderlo, no había nada.

No lo había porque no podía haberlo.

¿Comprenderéis eso?

Ah, pero son recuerdos viejos. Recuerdos que a nadie le importan.

Os contaré, en cambio, cómo fueron mis primeras lunas en el edificio de la vieja estación. Es una historia triste. Llena de confusión y de rabia.

Seguro que os gustará, entonces.

Llegamos de noche. Cruzamos bajo los arcos y entramos en la gran sala.

Recuerdo la oscuridad del interior, el silencio fresco del edificio.

Recuerdo, confusamente, unas escaleras. Una pared.

Una ventana.

Sed justos y entended que mi cuerpo se había roto en el desierto.

Que estaba quemada, exhausta, ciega.

Me dejaron sobre algo, debieron dejarme, y ahí me dormí. Me desperté y entraba la luna por la ventana. Me volví a despertar y había alguien a mi lado. Una mujer.

Se llamaba Kara, aunque eso no lo supe hasta más tarde.

Se llamaba Kara y llegamos a ser amigas. Llevaba cadenas en los pies.

Ella fue la que me limpió, aquella mañana y los días siguientes, los ojos. Fue ella la que me trajo ungüentos para curar mis quemaduras. La que me trajo agua y comida.

Ella entraba y yo la miraba desde mi sueño. Ella me sonreía.

Me daba, muy despacio, la comida.

Después se iba y yo me dormía otra vez. A veces me asaltaban pesadillas en las que veía a Enis cayendo y sangrando. A veces me despertaba y era de día. A veces era de noche.

A veces había gente allí. Mujeres. Mujeres con joyas en las orejas y en los cuellos.

Nunca me gustaron las joyas.

Las mujeres se amontonaban y me hacían señas. Todas querían ver mis ojos. A veces también entraban hombres. Los hombres sufrían. Por momentos parecía que quisieran arrodillarse ante mí.

Un día o muchos, ¿acaso importa?

Taner me dijo una vez que la vida era algo así como un camino. Un camino desde el que se podía mirar hacia lo andado.

Y nunca me interesó, en esa época, contar los días, esa es la verdad.

Así que ¿qué más da?

Fue un solo día. Uno interminable y compuesto de muchos.

Muchos días idénticos a sí mismos.

Comía y oía, en sueños, gritar a unos niños.

Bebía. Kara entraba. Kara salía. Kara me traía comida. Me traía una planta verde que llamaba perejil.

Podía haber voces en el pasillo. Sonidos de animales.

El viento. Una luz grisácea. Una luz anaranjada.

Un día pude levantarme de la cama.

Una mañana pude llegar a la ventana.

Abajo, a la sombra, jaleaban los niños. Los miré mucho rato.

Los miré a ellos y miré a los hombres, a las mujeres, que iban hacia los edificios a través de la explanada. Algunos llevaban cadenas en los pies, como Kara.

Yo nunca había visto un perro. Nunca había visto un burro.

Tampoco nunca había visto una oveja.

Ni siquiera tenía, entonces, palabras para designarlos.

Cuántos días fueron, cuántas lunas, ya os he dicho que no lo sé.

Yo no soy Enis.

Un día fui hasta la puerta y quise abrirla. No pude. Me senté en la cama y esperé hasta que Kara entró.

Puerta, le dije por señas, cerrada. Ella me sonrió con tristeza. Me dijo algo que no comprendí. Se lo pregunté mucho tiempo después. Me volvió a sonreír.

Tú bien, eso me había dicho.

Tú bien. Tú suerte.

Cada noche cerraba los ojos y venía a mí aquel árbol negro, aquellos pájaros que se cebaban en mi cuerpo. Fue por esa época, así lo recuerdo ahora con claridad, que empezó a surgir algo más en mi sueño.

Dos siluetas. Las siluetas de dos niños.

Llegaban caminando, cogidos de la mano, en silencio, y contemplaban cómo los pájaros comían.

El tiempo pasó. Varias lunas. Una tarde una mujer me trajo un vestido azul. Otra me desenredó el pelo.

Esa noche no dormí. No dormí porque intuí que al fin iba a salir de aquella habitación. Sin embargo llegó la mañana y no sucedió nada. Me dieron la misma comida, bebí la misma agua. Cayendo la tarde se abrió la puerta y allí estaban los tres hombres que me habían llevado a través de la ciudad. Me hicieron señas.

Ven, me dijeron. Síguenos.

Los pasillos me parecieron, aquella primera vez, anchos y frescos. Subimos escaleras hasta que nos detuvimos ante una puerta. La habitación que había al otro lado estaba iluminada por pequeñas llamas puestas en recipientes a lo largo del suelo. Las sombras temblaban en las paredes.

Surgió lentamente.

Sentí, antes de verlo, el aire que desplazaba. Como si fuera una tormenta de arena preparándose para descargar. Después lo vi.

Era alto y enorme. El hombre más grande que jamás había visto. Tenía una barriga hinchada y endurecida y respiraba con dificultad. Su cabeza era semejante a la de algún animal. No tenía pelo y era blanco, de una blancura desproporcionada y albina. En sus ojos, escondidos bajo las sombras de la frente inmensa, brillaba una inteligencia astuta.

Nuestros ojos se cruzaron un instante.

Tal vez debería, lo primero, hablaros de los ojos de Taner. Porque Taner era, por supuesto.

Eran unos ojos inmensos, tanto como él. Eran unos ojos preguntadores, curiosos. Unos ojos que querían saberlo todo, abarcarlo todo. Había algo en ellos que atrapaba, que envolvía.

Preguntaban y exigían. Las preguntas que hacían eran siempre solemnes y decisivas.

Mírame, decían, no te apartes de mí.

No lo hagas porque yo lo puedo todo, lo comprendo todo. Mírame porque tu vida me pertenece. Porque yo soy el que decide sobre ella.

Eso decían los ojos de Taner. Ante su presencia los hombres enmudecían y las mujeres temblaban.

Los hombres estuvieron allí un rato. Hablaron con Taner. Después se fueron. Se

fueron y yo me quedé. El gigante me miró.

Ven, me dijo con un gesto. Yo fui.

La casa, la que sería mi casa en adelante, se componía de tres habitaciones y habíamos estado en la primera de ellas. La siguiente era más grande y tenía algo más de luz. Allí estaban las mesas y los armarios, las paredes recubiertas de pieles. Había alfombras en el suelo y sobre una de ellas me hizo sentarme. Se puso a mi lado.

Mírame, decía su gesto, mírame. Sus dedos eran cálidos.

Me tomó por la barbilla y me levantó la cara. Largo rato estuvo así. Moviéndome la cabeza a un lado y a otro y no haciendo más que respirar y mirarme. Me puso de frente y me dijo que abriera mucho los ojos. Si yo apartaba la mirada o los cerraba entonces bufaba y se enfadaba. Pasamos mucho rato así, cada cual en los ojos del otro. Él me miraba y parecía reflexionar sobre algo lejano. Después me hizo ponerme en pie y empezó a quitarme la ropa.

Era un baile. Algo semejante a un baile.

Él hacía un gesto y yo tenía que acomodarme a lo que él quería. Otra vez estuvo examinándome desde todos los ángulos. Me tendió entre las pieles. Yo respiraba. Las manos inmensas me exploraban. Eran manos suaves, delicadas. Delicada era también su lengua.

¿Queréis saber la verdad?, preguntadla.

Lloré. Rompí a llorar.

Pero no porque fuera una niña indefensa. Lloré por culpa de sus ojos.

Porque de pronto, con aquel corpachón sobre mí, me acordé de Enis.

Lloré porque de pronto aquella cabeza inmensa se alzó sobre mí, como si hubiera intuido mis pensamientos, y me miró.

Ya os he hablado de los ojos de Taner. De cómo exigían. De cómo comprendían.

Lloré.

Lo hice y él me acogió en sus brazos y yo vacié mis lágrimas sobre aquella montaña de carne. Luego, cuando ya estuve calmada, me dio agua y comida.

El hombre estaba tendido en el suelo. La sangre que había en torno a su cabeza terminó por secarse bajo el sol polvoriento.

Con las primeras sombras algo se movió en las cercanías de donde yacía. Un rostro en una ventana, una sombra en un zaguán. Con la tarde enrojeciendo una mujer, un manojo de pelos y harapos, vino caminando por la calle y se detuvo junto a las cosas que habían quedado allí. Se acercó al carro con ruedas y tomó el cuchillo quebrado que reposaba olvidado en el suelo. Examinó la lona.

Más tarde se acercó al hombre. Lo tocó con un pie y se apartó. Metida en un zaguán esperó hasta que las sombras se hicieron más intensas, hasta que la luna brilló al final de la avenida y las afiló. Susurraba en voz baja.

Susurraba como si no se decidiera. Como si dos fuerzas opuestas tiraran de ella con idéntica fuerza.

Muy entrada la noche regresó a la calle y volvió a tantear al caído con el pie. Lo miró largamente, chasqueó la lengua como si se resignara.

Se agachó y lo tomó por las axilas. Empezó a tirar de él calle arriba. Penosamente.

El animal blanco le daba con la pata. Enis abrió los ojos.

Escupió. El agua, porque agua era, tenía un sabor espantoso. Tosió varias veces. La mujer se apartó de él de un salto y se acucilló en la esquina del patio. Esperó. Enis susurró algo y volvió a caer. Por la tarde ya pudo verla. Era toda arrugas y guedejas de pelo blanco. Una boca sin dientes. Unos ojos alucinados.

¿Enda?, dijo. La mujer lo miró con fijeza.

La mujer lo recostaba contra la pared. Enis sentía dolor y calambres. Miraba a su alrededor. La casa de la mujer no era más que una habitación que daba a un patio alargado al que miraban cientos de ventanas. En un rincón había mantas y lonas, utensilios de cocina, algunos cuchillos, una silla. La mujer se esforzaba en torno a una pequeña hoguera que iba alimentando con ramitas. Su lengua le era por completo incomprensible.

La vio yendo arriba y abajo. Trasteaba con una sartén en la que iba arrojando cosas. Se acercó a él.

Tú, le dijo por señas entregándole un cuenco de plástico, come.

Tú come.

En el cuenco había más que nada hierbas. Algunas semejantes a las espinacas que yo había comido en la ciudad de Cingo y de Rem. También algunas patatas pequeñas y algunas cebollas. Enis lo fue comiendo todo lentamente. Después se sintió amodorrado y pesado y se durmió. Al despertar, el sol pegaba de plano y la mujer no estaba. Tardó mucho en regresar. Había una puerta pequeña al final del patio y por ahí entró. Traía consigo algunos huevos pequeños. Le dedicó una mueca semejante a una sonrisa.

Tú come, le dijo. Tú come.

La mujer vertió algo de aquella agua avinagrada en una sartén y después echó los huevos en el agua. Le dio dos patatas más. Enis volvió a dormirse.

La mujer se movía arriba y abajo. Enis la miraba.

Enis, le decía a la mujer. Yo Enis. ¿Tú? La mujer tardaba en comprender.

Fara, dijo al fin. Fara.

El pozo estaba al otro extremo del patio, cubierto con una lona. Consistía en un orificio circular que se adentraba en la tierra y al final del cual brillaba un charco de agua. Había que arrojar el cubo y hacerlo volcar para que arrastrara por aquel suelo rasposo. Al cabo se volvía a subir con unos pocos dedos de líquido en su interior. Enis, en cuanto pudo moverse, se encargó del agua. Pasaba allí las mañanas enteras. La mujer, Fara, se acercaba a veces a él y sacudía la cabeza con tristeza.

Poca agua, decía.

Poca, y señalaba hacia el fondo del pozo.

Después, cerraba los ojos, descansar. La muerte.

Una noche Enis se despertó sobresaltado. La mujer dormía en un rincón. La claridad lo hizo salir al exterior. Muy arriba, dominando el patio, estaba la luna. Una luna llena, rebosante, amarilla. Trabajosamente, ahora arrastraba una pierna al caminar, fue subiendo todas las escaleras hasta que llegó a lo más alto del edificio. Pasó allí la noche. Mirando a la luna y a la ciudad infinita e inmóvil.

Yo camino, le dijo un día a Fara. Yo ayudo.

Un día la acompañó a buscar huevos. Estos provenían de algunos pájaros y de unos lagartos blanquecinos que se escondían en los rincones de los patios. Otro día fabricó sus lazos y sus trampas y las tendió en busca de ratas. Por las mañanas sacaba agua del pozo y ayudaba a Fara con su pequeña parcela de patatas, cebollas y hierbas. Después echaban lo que fuera a la sartén y comían en silencio. Si no encontraban huevos ni lagartos capturaban algún saltamontes o algún escarabajo.

Un día Enis encontró un hormiguero.

Por las noches lo atormentaban las imágenes. Si en la azotea cerraba los ojos volvía a sentir aquel golpe que había hecho que su cabeza estallara. Aquella llamarada que había atravesado su pierna. El contacto del asfalto contra su rostro.

Todas las cosas y el grito desesperado de Andera.

Andera que había quedado en el suelo, desamparada y en manos de aquellos hombres.

Por las noches la angustia no lo dejaba dormir. Por las mañanas se acercaba a Fara.

Yo, le decía a la mujer, vine caminando.

Conmigo venía una mujer. Fara lo miraba y al final comprendía.

No, decía. No mujer.

Tú solo. Nadie.

Unos hombres, insistía Enis, nos atacaron.

Tres hombres, le decía. Fara, cada vez, tardaba en comprender, los ojos perdidos en el interior de dos profundas cuevas.

Sí, dijo al fin. Hombres.

Ellos, decía, lejos. Muy lejos. Lo decía y señalaba en una dirección, hacia donde Enis sabía que estaba el norte. Un día la mujer lo llevó al lugar en el que lo había encontrado. El carrito estaba aún allí. El viento lo había llevado hasta una pared y allí yacía, tendido, quebrado y sepultado por la arena. No reconoció las manchas de sangre en el asfalto y no encontró de Andera más que algunos restos de sus ropas junto a una pared descascarada. Miró en todas direcciones, miró a Fara.

Hombres, le decía a Fara, tres hombres. Y le señalaba hacia el norte, hacia donde ella le había indicado. Ella miraba.

Lejos, decía Fara.

Lejos.

Ciudad, decía, grande. Muy grande.

¿Por qué, preguntaba Enis, estás sola?, ¿por qué no hay nadie contigo?

Fara, cuando comprendía, se encogía de hombros. Comprendía y sus ojos se llenaban de resentimiento y se quedaba durante horas encogida en un rincón. Cada mañana Enis recolectaba huevos en los patios y de regreso capturaba saltamontes o escarabajos. También molió otra zona de tierra en el patio para sembrar más cebollas. Contó cinco lunas y luego una sexta. Se fortalecía lentamente. Por las noches subía a las azoteas y miraba a la ciudad. Hacia el norte. Hacia donde Fara le había dicho que aquellos hombres se habían llevado a Andera.

Andera que debía estar muerta.

Andera a la que aquellos hombres habrían usado y a la que luego habrían matado. Ese mismo día.

Se decía eso y luego se contestaba que aquellos otros, aquellos de las caras pintadas de naranja que habían atacado a la familia de Andera, habían matado a los hombres pero se habían llevado a las mujeres y a los niños.

Estará viva, se decía entonces. Eso le daba esperanzas. Se reía.

Se acariciaba la pierna renca y sacudía la cabeza.

Contó otra luna. Luego otra más.

Yo, le dijo a Fara una tarde, irme. Yo no aquí.

Yo busco a otros hombres.

Busco a la mujer que vino conmigo.

Busco agua. Comida.

Aquí, le señalaba el pozo, el patio, no hay nada. Solo la muerte.

Tú ven conmigo, le decía. Fara lo miraba y comprendía.

No, le decía al fin la mujer. No.

Yo aquí.

No, le decía Enis entonces, tú vendrás.

Vendrás conmigo.

Sacaron agua del pozo y la echaron en botellas de plástico. Arrancaron las patatas, las cebollas. Capturaron huevos de lagarto. Salieron. Avanzaban, muy lentamente, por las noches. Durante los días se refugiaban tras las puertas abiertas de los edificios y dormitaban en los zaguanes. La ciudad era infinita pero Fara parecía saber siempre dónde se encontraba y hacia dónde orientarse.

Allí, le decía señalando una estatua o los restos de un árbol.

Más allá.

La ciudad se vertía en cañadas, se abría en parques. Atravesaron las gigantescas naves abandonadas de las estaciones. Desde lo alto de una colina pudieron contemplar aquello sin fin que se extendía a sus pies. Fara miró durante unos instantes a lo lejos. Señaló una dirección.

Allí, decía.

Atravesaron una zona en la que el asfalto se había abierto en grandes cráteres. En ellos Enis percibió una respiración antigua y húmeda y vislumbró restos de confusas maquinarias. Atravesaron pasos elevados y túneles. Encontraron zonas en donde los edificios estaban perforados por miles de agujeros de bala. Había balas incrustadas en el suelo y paredes desplomadas y casas que no eran más que esqueletos. Entre las ruinas, rojizos, anidaban extraños vehículos de metal. Encontraron, en un parque, un osario tan descomunal como aquel en el que Enis había crecido. Cuando llegaba la hora de refugiarse compartían una patata y una cebolla. Al reemprender la marcha bebían un sorbo de agua. Una noche, con una nueva luna llena que añadir a la cuenta de Enis, encontraron un largo cauce de hormigón que iba partiendo la ciudad. Brillaban los edificios desiertos. Fara se detuvo.

Tú sigue por ahí, le dijo a Enis.

Tú llega al final.

Allí casa grande. Allí hombres.

Enis la miró con atención. Fue él el que tardó en comprender.

Tú ven, le dijo. La mujer dio un asustado paso atrás.

No, dijo. Yo no ahí.

Yo atrás. Yo a casa.

Soy Andera, la de los ojos transparentes. Dejadme rebuscar en mis recuerdos.

Taner solía decir que la vida, cada vez, podía haber sido de otra manera.

Que, cada vez, con las decisiones que tomábamos, con los actos que nos definían, había algo que hacía que la vida cambiara.

Es el momento, entonces, de que os hable de Nere.

Nere fue importante, decisivo.

Si Nere no hubiera estado allí, la vida hubiera sido por completo diferente.

A veces, he de confesarlo ahora, yo también me pregunto cómo habría sido. Qué hubiera pasado.

Pero Nere estaba y no hay nada que se pueda hacer al respecto.

Estaba y la vida fue como fue.

Os lo contaré.

Preguntadme, si queréis, cómo fue aquella primera noche. Aquella noche en que lo conocí.

¿Qué querréis saber?

¿Si sentí ya lo que sentiría después?

Os diré la verdad: no lo recuerdo.

A veces, en la noche, me digo que sí. Entonces, por el día, me digo que no.

Que aquello fue más como un veneno de serpiente traidora, algo por completo inesperado, progresivo.

Y es que los corazones son inescrutables. Y más los de las mujeres.

Los corazones de las mujeres están llenos de escondrijos, de secretos. Hay cuevas profundas en ellos. Allí se esconde lo más insospechado.

Los conocí a los dos, a Taner y a Nere, la misma noche. ¿Podría haber una noche más importante?

Yo había llorado, si lo recordáis.

Había llorado por culpa de los ojos de Taner. De las preguntas que traían consigo.

Luego él me había calmado. Me había dado de beber, de comer.

Fue entonces cuando lo llamó.

Dio una palmada y pronunció un nombre.

Nere.

Era un muchacho. Nada más que eso. Algo que, visto desde la distancia que dan los días, no era más que una brizna de hierba que arrancó la tormenta.

Era más alto que yo. Más mayor. Tenía el pelo negro. Oscuros los ojos. Era flaco. Un montón de huesos. Era serio, grave. Nunca sonreía.

No le faltaban motivos, eso desde luego.

Entró. Había, ya os lo he dicho, una tercera habitación. Él provino de ella. Entró y yo bajé la vista. Entró y yo vigilé a Taner. Los dos mantuvieron una breve conversación.

Ven, me dijo el muchacho, aquel Nere.

Sígueme, me indicó por gestos.

En un rincón de la tercera habitación había un jergón junto a una pared. Allí era donde yo debía dormir. Allí me tendí y me quedé a solas. Percibiendo el aire fresco de la madrugada mientras Taner y Nere hablaban en la otra habitación. Por la mañana aquel Nere me trajo agua y comida. Se sentó delante de mí.

Taner, me explicó por señas, quiere que tú hables.

Que tú hables como yo.

Tú, me dijo, aprende a hablar.

Así fue como empezamos a pasar las mañanas. El uno frente al otro y nada más.

Leche.

Oveja.

Edificio.

Mano.

Perro.

Éramos juguetes. Los juguetes de Taner. Eso y nada más.

Apenas recuerdo sonrisas de Nere. Ya os digo que no le faltaban razones para no sonreír. A veces creo que aquello quería decir que su espíritu era bravo e indomable. Otras veces, en cambio, creo que era justo al revés.

No sonreía cuando yo progresaba. No sonreía cuando Taner me tomaba la lección y yo había aprendido. Por las noches se tendía allí mismo, en la misma habitación en la que yo dormía pero todo lo lejos de mí que podía tenderse, y allí dormía. Yo lo sentía llegar y pensaba que no era más que un pájaro asustado que había caído del nido.

Él respiraba y se dormía.

Mi cuerpo quería abrazarlo, cuidarlo.

Eso quería mi cuerpo pero era Taner quien lo usaba cada noche. Por la mañana, la luz grisácea entrando por la ventana, me quedaba quieta mientras Nere se movía por la casa o iba en busca de leche o de agua. Después, cuando Taner ya se había ido, nos sentábamos el uno frente al otro. Sus ojos oscuros recorrían mi piel mientras me tomaba la lección y masticábamos perejil.

Niños.

Canción.

Trabajo.

Esclavo.

Cadena.

Progresé. Él era paciente y amable. Yo no quería otra cosa más que complacerlo. No quería otra cosa más que el orgullo reflejado en sus ojos. Al poco pudimos ya mantener algunas conversaciones. Una mañana llegó a mí y me dijo que ya no íbamos a dar más clases.

Ahora, me dijo, vas a ser mi ayudante.

Vas a salir.

Me lo dijo y me señaló las cadenas que había traído consigo.

Tú, me dijo al tendérmelas, no eres de ti. Eres de Taner.

Yo, me dijo y señaló a las que usaba cuando estaba fuera de las habitaciones, también soy de Taner.

Me ayudó a ponerme los hierros en torno a los tobillos. Se puso los suyos. Después bajamos. Era difícil caminar con aquello.

Esta, me decía mostrándome la estancia que yo había atravesado la primera noche, allí donde estaban los cuatro arcos y por donde se salía al exterior, es la sala grande.

Esta, me decía mostrándome un gran patio porticado en el que se mecían las espigas verdes, es la plantación de cereal. Cuando va a haber tormenta la cubrimos con esos plásticos que hay ahí.

Ahí, me señalaba más allá, donde había un pasillo que daba al patio, están los depósitos de agua y de cereal.

Más allá, me señalaba al otro lado, están los corrales. Ahí están las ovejas y los perros. Ahí también están los cerdos. Tenemos veinte. Nunca habíamos tenido tantos.

Los cerdos eran grandes y sonrosados. Sucios. Tenían grandes hocicos. Yo los miré pero mis ojos se iban más a la gente. Por todas partes gritaban los niños. Había muchos más hombres y más mujeres de los que había habido jamás en mi familia. Muchos de ellos llevaban cadenas como las nuestras. Una tarde se lo pregunté.

¿Por qué, le dije, unos llevan cadenas y otros no? Nere me miró muy serio.

Hay unos, me dijo, que nacieron en la tribu.

Esos, dijo, no llevan cadenas.

Y hay otros que no nacieron en la tribu. Como tú. Como yo.

Esos llevamos cadenas.

Los hijos de los esclavos, eso me dijo más tarde, también llevan cadenas.

Es así, me dijo.

Nere hablaba y era como un pájaro desamparado. Sus ojos, así los recuerdo aún hoy, eran cálidos y estaban llenos de dolor. Eran una manta cálida para echársela por encima en las noches frías.

Ven, me decía, hay que amontonar esa tierra. Y subirla. En el taller hacíamos cuencos, ollas, vasijas. Nere me enseñaba.

A formar la masa con el barro, a poner la pella sobre la rueda. Yo sentía el barro en mis manos y sentía las tuyas. Sus ojos eran pacientes. Trabajábamos, en ocasiones, tan cerca el uno del otro que nuestras orejas casi se rozaban, que podíamos respirar nuestros propios alientos.

Después, un día, Nere se quemó.

Se quemó con mi piel como se había quemado Enis tantas veces.

Estábamos el uno junto al otro y se apartó sobresaltado. Nos miramos.

Nos miramos y yo le sonreí.

Yo le sonreí y pasó algo inimaginable.

Él también sonrió.

Fue la primera vez. La tengo aquí, guardada en uno de esos recovecos de los que os hablé.

Las cadenas raspaban los tobillos. Eso era ser esclavo.

Andera lanzó las tablillas y contó. Sonrió. Capturó dos de las piezas de Taner y las apartó del tablero. Taner se removi6, inquieto. Su respiraci6n se oía desde las otras habitaciones. Nere, un paso por detrás de ellos, vigilaba y esperaba. La piel del gigante brillaba a la escasa luz. De repente alz6 los ojos y una manaza barri6 el tablero. Las piezas y las tablillas volaron en todas direcciones y repiquetearon contra el suelo. Nere se apresur6 a ir a por ellas. Andera mir6 a Taner y se qued6 muy quieta. El gigante sonri6 con tristeza. Se recost6 contra la pared. Cerr6 los ojos.

Hoy, dijo, ya no jugaremos más. Hoy contaremos historias. Mir6 a Andera.

Cuéntanos, le dijo, tu historia.

Cuéntanoslo todo.

Andera busc6 a Nere pero no lo encontr6. Se aclar6 la garganta. Mantuvo cerrados los ojos la mayor parte del tiempo. Lo cont6 todo, como Taner había querido.

Sus padres y sus madres. Sus nombres. La ciudad de las calles estrechas. El pozo. El ataque de los hombres manchados de naranja. Enis y el bebé muerto. El embarazo. El desierto.

Habl6 largo rato y cuando termin6 hubo un silencio cansado. Fue Taner quien lo rompi6.

¿Tú, le dijo, querías a ese hombre, a ese Enis? Andera mantuvo los ojos cerrados.

No lo sé, dijo. Tal vez.

¿Tal vez?, sonri6 Taner, ¿se puede tal vez querer? Andera lo pens6 con cuidado.

¿Acaso, dijo Andera, había alguien más allí?, ¿alguien más a quien querer?, Taner sonri6.

Mi gente, dijo Taner tras un silencio, mat6 a ese Enis, lo sabes, ¿verdad?

Sí, dijo Andera, lo sé.

La cuesti6n, entonces, dijo Taner, es si tú me odias por eso o no. Taner dijo aquello y sus ojos se abalaron sobre los de Andera y la inmovilizaron. La muchacha no pestañe6.

No, dijo con calma, ¿cómo podría?, ¿no eres tú, ahora, mi padre y mi amante? Taner sonri6. Luego fue el turno de Nere de contar su historia. Andera se dijo que era la suya propia.

Una ciudad. Un pozo. Un grupo de familias en mitad de un mundo silencioso e incomprensible en el que la muerte esperaba tras cada esquina. Nere, hablando, miraba al frente. De pronto se qued6 callado. Taner abri6 los ojos.

Sigue, dijo. ¿Qué pasó? Nere lo miró fijamente.

Que llegaste tú, Taner, dijo. Tú con tus armas de hierro. Con tus armas que escupían fuego.

Pasó, siguió, que tú llegaste y que hubo muchos muertos.

Pasó que los que murieron, murieron. Y que los que no morimos estamos aquí.

Y llevamos cadenas. Taner sonreía y lo miraba con delectación.

Pero tú, Nere, le dijo, eres más afortunado que otros, ¿no es cierto?

Sí, dijo Nere. Yo soy de Taner. Él me recogió de los sótanos cuando yo era pequeño y me trajo aquí.

Y yo, inclinó la cabeza, hizo una venia con la mano, bien lo agradezco.

Soy Andera. Otra vez. Pronto estaré en un lugar desde el que no podré alcanzaros.

Éramos esclavos. Sumisos esclavos. Los sumisos esclavos de una voluntad retorcida y cruel. Bastaba con que una de sus manos, grandes como la pata de un animal, se agitara en el aire para que nos retrajéramos y nos quedáramos muy quietos.

Me dolía. Bajar la cabeza.

Me dolía más cuando era Nere quien debía hacerlo.

¿Qué quieres, me decía si yo le hablaba de eso, ir al sótano?

Yo le preguntaba qué había en el sótano. Él negaba.

Hay, me decía, clases de esclavos.

Y es cierto, decía, que nosotros somos más afortunados que otros.

Taner, me decía, mató a mi padre. Cargó de cadenas a mi madre. Mi madre murió tiempo atrás.

Eso me contaba Nere en nuestras conversaciones, mientras trabajábamos. Ya os dije que su historia era la mía. A veces de los ojos de Nere asomaban espantosas honduras. Había, entonces, algo fatal en él. Yo lo abrazaba. Él se estremecía. Un día me besó. Aquí, en la parte superior del brazo. Lo hizo y se apartó. Yo le puse el dedo sobre el hombro, allí donde llevaba un dibujo cosido en la piel.

Una serpiente que se alzaba y amenazaba.

Os hablaré mejor de eso. De los tatuajes. Así los llamó Nere.

Él tenía una serpiente. Taner llevaba un escorpión con la cola levantada. Nere me contó, un día, que en su tribu era común que la gente llevara imágenes como aquellas. Me contó, también, que había sido su padre quien solía hacer los tatuajes. Me contó que había sido él, Nere, quien había hecho aquel dibujo en la piel de Taner. Yo lo miraba.

Me gustaría, le dije, tener uno. Él movió la cabeza.

Está prohibido hacer tatuajes, me dijo.

Solo Taner puede autorizar que se haga un nuevo tatuaje.

Yo lo miraba. Estábamos, lo recuerdo bien, en el taller. Él hacía girar el torno, yo amasaba. Era una mañana como todas las demás. Pegajosa. Llena de gritos de niños. Llena de aromas que subían desde los corrales. De hombres que llamaban a través de la explanada. Él me miró.

¿Qué, me preguntó, querrías llevar dibujado en la piel? Yo lo pensé un momento.

Un escorpión, dije, uno como el de Taner. Nere negó.

Un escorpión no, dijo. Él no te dejará. Me quedé pensativa un rato. Lo miré.

Me tatuaría, le dije, dos niños. Dos niños muy pequeños. Uno al lado del otro y cogidos de la mano. Nere vaciló.

No sé, dijo, si sabría hacer eso.

Él lo dijo y un día me enseñó el peine terminado en púas que empleaba para tatuar.

Otro día me mostró cómo se obtenía la tinta.

Había que depositar nueces en una olla con agua y ponerlas a hervir. Luego había que raspar las cáscaras de las nueces y colar lo que había resultado. Luego había que volver a hervir y volver a colar.

La tinta era espesa, de un marrón dorado. En la tercera habitación había todo un depósito de viejas nueces.

A veces Taner cogía una botella del armario y bebía de ella. Entonces la cabeza le daba vueltas. Yo lo temía entonces. Era cruel.

Había imágenes por todas partes. Alegraban la casa. Los exploradores las traían de las casas de los muertos y las cambiaban por otras cosas. Los hombres coleccionaban imágenes de mujeres sin ropa. Las mujeres coleccionaban imágenes de mujeres con joyas y sombreros. Eran muy diferentes de la realidad. Los niños poseían imágenes de cosas de colores. En la casa de Taner, arriba, también había muchas. Unas estaban puestas en la pared. Otras estaban guardadas en cajas. Otras estaban en los libros.

Recuerdo algunas.

Había una mujer vestida con algo negro que se ajustaba a su cuerpo como una piel. Sostenía algo en la mano y sonreía.

Había un hombre que era de mi mismo color y que vestía un pantalón rojo. Estaba saltando hacia algo. Parecía volar.

Había panorámicas del desierto. Ciudades llenas de luces.

Había una luna gigantesca sobre un mundo azul. Una carretera cubierta de hojas.

Un animal a rayas negras y amarillas.

Un grupo de gente bajo un cartel de colores.

Había una mujer con el pelo amarillo y que no llevaba ropa. Estaba tendida sobre una cama y había abierto las piernas como si esperara a un hombre. Sonreía.

Había una mujer de grandes pechos cuyos ojos habían sido raspados, en la imagen, con un cuchillo. También sonreía.

Había imágenes de puentes que cruzaban ríos llenos de un agua azul y gris. Puentes intactos que iban de una ribera a otra.

Había imágenes de coches. Así los llamó Nere.

Pero no coches como los que yo había visto en los bordes de las carreteras sino coches relucientes, brillantes. Coches que llevaban a la gente en su interior, como había deducido Enis en el desierto.

Había coches. Había gente. Aquí un grupo de muchachas regordetas apoyadas en una valla. Aquí gente yendo, viniendo, caminando en grupos bajo los edificios intactos.

Gente caminando por las calles. Tanta gente que no era posible ver el suelo.

Había imágenes de aquello que Nere llamaba mar. De aquello que Nere llamaba lluvia.

En las largas noches, cuando Taner se cansaba de jugar, cuando se cansaba de mí y lo único que quería hacer era beber de aquello que había en las botellas y estar sentado mirando a la pared y resoplando, yo me deslizaba a través de las sombras y me iba allí donde estaban las imágenes.

Abría los libros y las miraba. Las acariciaba.

Hay dos que recuerdo especialmente. Pasé noches enteras ante ellas.

En una estaba aquello que Nere llamaba el mar. Era un mar infinito, gris, encrespado. El mar cruzaba toda la imagen de parte a parte y era más oscuro y más poderoso que el cielo.

Algo surgía de él.

Algo negro, musculado, incomprensible.

Surgía y se partía. Surgía y se quebraba hacia los lados. Era negro.

Taner siempre decía que aquello era parte de un animal. De un animal que vivía debajo del agua.

Yo entonces no sabía lo que era. Lo supe después.

Había otra imagen. Recuerdo la primera vez que Taner me la mostró. Recuerdo su sonrisa. Recuerdo que tardé en comprender lo que veía.

Había un edificio en mitad de una explanada.

Un edificio grande, cuadrado, lleno de ventanas.

Ya digo que tardé en comprenderlo.

Porque era nuestro edificio, aquel en el que vivíamos. Solo que a la vez no lo era.

No lo era porque los cristales estaban intactos. Porque el suelo de la explanada era oscuro y brillante.

Había hierba. Una hierba verde y densa. Y flores.

El cielo estaba aborregado y lleno de nubes. Había charcos de agua en el suelo.

Recuerdo, ya os digo, la noche en que Taner me mostró aquella imagen por primera vez. Era una noche cualquiera. Igual de fosca, de callada. Ladraban los mismos perros. Yo miraba a la imagen y Taner me miraba a mí. Bebió de su botella.

Hubo, dijo, un mundo antes que este.

Hubo, dijo, una vida antes que esta.

¿Alguna vez, me dijo, estuviste en las casas de los muertos? Eso me dijo Taner y yo lo miré y me acordé de una Andera pequeña que caminaba entre muebles polvorientos en una casa sombría. Una Andera que arrancaba las trampas de Enis, que se vestía con lo que Enis traía de los edificios deshabitados.

No, le dije. Nunca estuve.

Lo dije así y no creo, ahora, que mintiera.

Taner dio otro trago. Las ventanas eran bocas de fuego.

Yo, estaba diciendo el gigante, lo vi una vez.

Cuando era niño.

De pronto, una mañana, el cielo se cubrió. El sol se escondió. La mañana se volvió negra.

Olía, se rio. Olía a agua. Todo olía a agua.

Después empezó a caer. Agua del cielo.

Agua, movió la cabeza, volvió a reírse, desde el cielo. Podías tomarla en las manos. Podías saltar en los charcos. El mundo brillaba.

Agua sin fin. Formando torrentes por las calles.

Taner dijo aquello y quedó pensativo, quieto en mitad de la habitación. Se volvió hacia Andera. Sus ojos brillaban de crueldad.

¿Quién, le dijo, te contó que al norte había agua?, ¿quién te lo contó?

¿Te lo dijeron tus padres, tus madres?

¿Y ellos, decía, cómo lo sabían?

¿Alguna vez estuvieron allí?, ¿alguna vez vieron a alguien que hubiera estado allí? Taner se acercó más a Andera, sus caras casi se rozaron. En la mano tenía una de aquellas imágenes, una de color azul. Las torres oscuras de una ciudad y un río que flotaba ante ella. Muy lentamente la rompió en cuatro pedazos y los arrojó al suelo.

No, dijo, nadie estuvo jamás en un sitio así.

Y te diré por qué.

Porque ese norte del que hablan no existe. Porque ese norte del que hablas no es más que un cuento para dormir a los críos y que dejen de llorar por las noches.

Taner los echó de la habitación. Andera tenía en la mano la fotografía de la cola del animal que brotaba del agua. Se encontró diciéndose que a Enis, de estar vivo, le habría gustado. Que era con aquella agua con la que soñaba Enis cada noche.

No se volvió para decir adiós. Dio la vuelta y desapareció en la oscuridad.

La vio irse. Le dio la botella de plástico con los tres dedos de agua. Las dos cebollas. Las tres patatas. Bajó a la rambla y echó a andar. Le llevó toda la noche.

Dos veces tuvo que volver a la superficie. Una porque la arena había cubierto el cauce. Otra para superar un vertedero de grava y escoria. Al amanecer buscó una sombra y se tendió para pasar la mañana. Lo despertó la sed. Miró al sol y calculó que era mediodía. Sin embargo no pensó en pararse. Anduvo como un fantasma un par de horas más. Entonces oyó ladrar a los perros. Se quedó quieto.

Surgieron por delante y por detrás de él. Eran blancos y ágiles. Uno le saltó encima y lo derribó al suelo. Oyó voces humanas. Gritos. Llegaron hombres y apartaron a los perros. Hablaban. Enis vio brillar los cuchillos.

Lo alzaron. Los perros ladraban furiosos y tiraban dentelladas. Los hombres lo miraron un momento. Comprendió que entendía lo que decían.

¿Quién eres, quién eres? Alguien le puso un cuchillo en el cuello. Alguien lo azuzó para que caminara. Fueron rambla abajo hasta una zona de piedras azules. Allí volvieron a la superficie. Había una gran explanada sobre la que caía a plomo el sol. Un grupo de niños jaleó su llegada y lo acompañó entre gritos hasta un edificio descomunal.

Lo golpearon en las piernas para que cayera sobre las losas. Un rato estuvo allí. Hasta que volvieron a alzarlo y volvieron a llevarlo. Había una puerta y unas escaleras que se precipitaban hacia abajo. Olía a excrementos. Resbaló en un escalón y tocó una fría pared de piedra. Abajo había una sala iluminada con antorchas y un grupo de hombres blanquísimos que se afanaban en torno a un artefacto de metal. Había habitaciones más allá. Volvieron a derribarlo. Algo frío se cerró primero en torno a una de sus muñecas y luego en torno a la otra. Cuando pudo mirar vio que estaba unido a una barra de hierro que corría, a la altura de sus tobillos, paralela a una de las paredes.

Los hombres, cuando lo tuvieron sujeto, lo miraron con atención. Se dio cuenta de que comprendía lo que decían porque hablaban en el mismo idioma que había aprendido de Fara.

Agua, dijo. Agua.

En la sala principal se afanaban los hombres que había visto en torno a aquello metálico. Sus ojos fueron acostumbrándose a la penumbra. Volvió a tener sed. Le

dolían los brazos.

Había más barras de metal como aquella a la que estaba sujeto. Había cadenas tiradas por el suelo. Restos de huesos. De la sala principal le llegaban sonidos.

Un hombre daba órdenes.

Algo metálico chirriaba.

Había pasos descalzos sobre las losas del suelo.

Y algo más. Algo semejante a un chapoteo. A un hilo de agua que anduviera cayendo.

Pidió agua a gritos y un hombre entró y lo pateó. Guardó silencio. Se adormeció. Se despertó cuando sintió una presencia a su lado. Un hombre inmenso, un gigante de calva cabeza y ojos de dios.

Enis y el dios se miraron un instante.

Había que ponerse las correas de cuero en los hombros y tirar. Dos hombres por asa.

El agua salía por un tubo de metal que había en la parte más alta. Bajaba como un chorro de mercurio hasta una cubeta. Los cómitres gritaban a la luz de las antorchas.

Perros, gritaban, empujad. Empujad más fuerte.

Tenían varas. Las usaban. El suelo, conforme iba pasando la mañana, se tornaba resbaladizo. Los esclavos, desnudos y blanquísimos, iban haciendo sus necesidades mientras caminaban en círculos en torno al pozo. Pobre de aquel que resbalaba y caía.

¿Te he dicho, perro, que puedas descansar?

Había gritos. Había una respiración profunda que se acompasaba al hilo de agua que caía interminablemente en la cubeta.

Cojo, le gritaban mientras sus pies se desplazaban por aquel barrillo espantoso que iba cubriendo el suelo, ¿por qué eres tan feo?

¿Por qué los que te hicieron eso en la cara no te mataron?

Cojo, esa pierna no te vale. Te la vamos a cortar y la vamos a guisar. Aquí guisamos a los esclavos que no nos son útiles, ¿no lo sabías?

Los esclavos empujaban la noria. Lo hacían todo el día. El agua caía en la cubeta. Otros esclavos bajaban por las escaleras con cuencos y con cubos. Cargaban en la cubeta y volvían a subir.

Había hombres, mujeres, niños, haciendo aquello. Todos con los pies encadenados. Enis los envidiaba.

Por las noches los soltaban de la noria. En la penumbra los hombres eran como gatos salvajes.

Era un suelo de piedra. Eran heladas paredes de piedra. Había un vano sin puerta más allá del cual brillaba una antorcha. Los hombres estaban unidos por los pies a las barras pero podían moverse a lo largo de ellas. Había peleas.

Era una luz difusa, una penumbra espesa.

Los esclavos de la noria veían en la oscuridad.

A ratos eran sombras que se acometían. Jadeos. Una de las primeras noches el hombre que estaba junto a Enis se deslizó a lo largo de la barra y quiso su comida. Manotearon y Enis fue más fuerte, o tuvo más suerte. Los hombres hablaban lenguas confusas y vivían en un sudor áspero de roer huesos y cagar. Una noche hubo un muerto. Se supo, después, que alguien había escondido algo. Un pedazo de metal. Enis, rezumando en la oscuridad, presintió la sorpresa, la caída, el espantoso borboteo, el aletear de los miembros al pegar contra el suelo, el silencio. El responsable de aquello, un hombre oscuro y menudo, se alzó sobre sus cadenas y gritó en la oscuridad enloquecida en un idioma incomprensible.

Por la mañana los cómitres estaban muy enfadados. Hasta aquel dios gigantesco bajó a ver lo que había sucedido. Bajó con él, Enis se dio cuenta de que lo había visto otras veces, otro hombre muy grande. Uno que llevaba al cuello una poblada barba rojiza.

Enis, desde su rincón, lo miró largo rato.

En el sótano no entraba la luna. Tampoco el sol.

Enis miraba al muchacho que les traía el agua. Era fino, tenía los ojos grandes e inteligentes. Una mañana, cuando estaba a su lado, le habló.

¿Tú, le dijo, miras al cielo?, el muchacho lo miró con atención.

¿Al cielo?, dijo, no. ¿Por qué debería?

En el cielo, dijo Enis, por las noches está la luna. El muchacho terminó de verter agua en un cuenco, suspiró con fuerza.

¿Y qué?

Que podrías, dijo Enis, mirar al cielo por las noches.

Y decirme cuándo hay una luna grande y blanca. El muchacho lo miró y no dijo nada. Tampoco dijo nada durante los días siguientes. Enis esperaba. En sus sueños el animal blanco se mezclaba con aquel dios gigante y calvo, de aquella blancura desproporcionada.

Soy Enis. Soy el cojo. Así me llaman los cómitres.

Taner, así se llama el gigante. Así lo llaman todos.

Él es el animal que cada noche aparece en mis sueños desde que era muchacho. Ahora lo sé. Ahora sé lo que significan los sueños. Significan que yo, un día, iba a venir aquí y lo iba a encontrar a él.

Significa que yo encontré a Andera y que luego la perdí porque tenía que buscarla para encontrarlo a él.

Por eso, aunque no lo sabía, le dejé el niño a Enda.

Por eso sobreviví al desierto. Por eso aquellos hombres no me mataron. Por eso me salvó Fara.

El dios, Taner, me miró aquel primer día. Su cabeza era descomunal. Sus ojos tuvieron el efecto de sedar mis miembros, de paralizarlos. De pronto se alejó el dolor y fui poco más que una rata ensartada en un alambre.

Me miró y su mano se alzó y me tocó. Me tocó en la cara. Donde aquellos me golpearon. Sus dedos se deslizaron como arena por mi cicatriz y me llenaron de fuerza. Sus ojos quemaron.

Me han dicho, dijo, que entiendes lo que se te dice, ¿es cierto? Yo lo miré y asentí. Él pareció reflexionar.

¿Dónde está tu gente?, me dijo.

No tengo gente, le dije.

¿No tienes una tribu?

No, dije yo. Murieron todos tiempo atrás. El gigante me miró con curiosidad.

¿Cómo, me dijo, has llegado aquí?

Una mujer me enseñó el camino. Ella venía conmigo pero no quiso entrar en la rambla.

¿Una mujer?, dijo el gigante, pensativo.

Sí, dije yo. Él estuvo mucho rato callado.

¿Esa mujer es tu tribu?

No, le dije.

Entonces, me dijo él, ¿qué sucedió, cojo, vas caminando solo por el mundo?

Yo vine, le dije, de otra ciudad. Más allá del desierto.

Vine, le dije, buscando más gente. El gigante ahora me miraba con atención. Algo se había encendido en sus ojos. Casi lo oía pensar desde fuera de su cabeza.

¿Tienes un nombre?, me dijo.

Me llamo Enis, le dije. Él volvió a pensar y yo vi que aquello no era nada bueno.

Que me miraba y que estaba considerando si me mataba o no. Decidió que no. Dio un bufido, alzó su antorcha y salió de la habitación.

Cada día me pegan, cada día me gritan. Los días no son días. Pasan las lunas. El muchacho viene cada poco y me da otra para que la sume a mi cuenta. A veces baja el gigante hasta donde estamos los esclavos y yo lo miro sin fin. Él lo nota. A veces me mira. Mi mirada lo molesta. Como si no entendiera que él es el dios y yo el perro vagabundo.

Hay poder en sus ojos. Contra su fuerza no hay voluntad ni excusa.

Taner, ese es su nombre.

Él se llama Taner y el hombre de la barba roja, ahora lo sé, se llama Dim. Él es uno de los que me atacó.

Y si él es uno de los que me atacó entonces sabrá dónde estará Andera.

Tal vez incluso pueda ser que Andera esté aquí.

Tengo mis lunas y tengo a mi dios. Cada noche me despierta con su pata.

Yo espero.

Espero porque ahora sé lo que significan los sueños. Porque ahora sé que he llegado a donde tenía que llegar.

Acumulo mis lunas. Las guardo. Las voy amontonando.

Hay, le decía Taner, una explosión dentro de ti. Una explosión que quiere ser, formarse, escapar.

Los movimientos de Nere eran suaves, deliciosos. Andera lo acompañaba con las caderas y se mordía los labios. Podía ser, en la oscuridad hirviente, que crujiera la casa inmensa, que llegara un ladrido desde los corrales. Entonces los dos se quedaban muy quietos y esperaban sin fin. Se miraban. Luego, confirmado el silencio y muy suavemente, seguían. Hasta que caían el uno al lado del otro, exhaustos y sudorosos. Podía ser que Nere tomara una de las trenzas de Andera entre los dedos. Que la acariciara mientras pensaba y miraba al techo.

Él, podía ser que dijera Andera, sabe lo que hacemos.

Él, podía decir, lo sabe. Nere negaba.

Si lo supiera, decía el muchacho en cada ocasión, ya estaríamos muertos. Los dos.

Una noche, en la oscuridad brilló un cuchillo, soñé que lo mataba.

Eso, continuó Nere, fue mucho antes de que tú vinieras.

Luego, continuó, pensé en hacerlo. Matarlo mientras dormía. Hubiera sido fácil.

No lo hice, seguía.

Debí hacerlo.

Así, decía, habríamos muerto los dos. Él y yo. Andera lo miraba y no decía nada.

Si Taner muriese, podía decir Andera, ¿quién sería el jefe? Nere se encogía de hombros.

No lo sé, decía. Tal vez Cado. O Beles. Andera, entonces, movía la cabeza.

Eso, decía, sería mal asunto para ti. Para mí. Nere se reía.

Cado me mataría. En realidad, sonreía, todos lo harían.

Fue, decía Nere, por eso por lo que no lo maté al final.

Porque siempre, al final, decía, habrá un jefe.

Solían hablar en voz baja, mirándose a través de la oscuridad, compartiendo sus respectivos calores bajo las mantas. Podía ser que se levantaran y se acercaran hasta la ventana y que desde allí contemplaran la explanada y los edificios como sombras.

¿Y tu grupo, decía Andera, aquel del que tú viniste? Nere negaba con la cabeza.

No existe ya, decía. Taner lo arrasó.

Llegó con sus armas de fuego y mató a los que no le convenían.

Y se trajo a los demás.

Pero hay, decía Nere, otro grupo. Se sabe. Taner lo sabe. Los exploradores lo han visto.

Está en la ciudad, señaló hacia la ventana, más allá.

Un grupo grande, decía Nere.

Mucho más grande que este.

Nere hablaba de aquel otro grupo y los ojos le brillaban. Andera se preocupaba.

¿Y si, le decía, en ese otro grupo hay también un Taner?

¿Y si, le decía, en ese otro grupo somos también esclavos? Nere la escuchaba y negaba.

Hoy, le decía, estamos aquí. Pero eso no quiere decir que mañana lo vayamos a estar.

Porque, le decía a la muchacha, un día Taner se cansará de nosotros.

Porque, le decía, un día a Taner también le molestaremos.

Ese día, decía, si tenemos suerte, podremos correr por la explanada mientras él nos dispara desde el tejado.

Y, seguía, si no la tenemos, entonces iremos directos al sótano. Andera miraba con atención al muchacho, este sonreía con tristeza.

No olvides, le decía a Andera, lo que somos.

Moriremos, eso decía Nere, el día y en la forma que él quiera. Nos mirará y moriremos.

La puerta, decía Nere, está abierta. Solo hay que salir. Andera lo miraba con fijeza. Se sentía cierta a la vez que fatal. Presentía una sombra que debía envolverla y sabía que estaba prisionera.

¿Tú, le decía Nere, vendrás conmigo?

Sí, le decía ella, sabes que sí. Luego se quedaba pensativa.

Él, decía entonces, no nos dejará ir. Nos buscará.

Entonces, decía Nere, matémosle. Matémosle una noche. Andera lo pensó largo rato.

No, dijo al fin, no haremos eso. Nere la miró con gravedad.

Se fueron una noche oscura. Esperaron en silencio a que Taner durmiera y se deslizaron a través de las sombras. Recogieron del taller las botellas de agua y la comida que habían preparado y siguieron descendiendo. En el patio porticado, junto a los plásticos, dormía un esclavo. Los perros se agitaron en sueños al sentirlos moverse por los corrales. La explanada permanecía inmóvil y helada. La cruzaron a la carrera y se abrazaron al llegar a los edificios. Los ojos de Nere estaban bañados de una excitación salvaje. Extrajo algo, un bulto oscuro, de entre las ropas.

Mira, le dijo a la muchacha.

Andera sintió un brillo metálico y reconoció una de las armas de fuego de Taner. Aquella que era más corta y que se podía manejar con una sola mano. Se miraron a los ojos. El amanecer los encontró ya muy lejos.

Oyeron a lo lejos los ladridos de los perros. Volaban veloces a través de la ciudad llena de silencio.

Al final de la avenida vieron una sombra. Corrieron. Nere se detuvo ante una puerta y tomó un cascote del suelo. La puerta estalló en un estruendo de cristales. En el hall encontraron sombras de antiguos muebles. Nere llegaba a cada rellano y se lanzaba contra cada puerta. Una cedió. Entraron en tromba y Nere cerró tras ellos. Cayeron al suelo. Esperaron.

Eran tres hombres y tres perros. Los hombres jadeaban. Los perros gruñían de una forma espantosa y arañaban la madera. La puerta era maciza y pesada. Los hombres golpeaban.

Nere, dijo una voz, soy Beles. Ábrenos.

Nere, ábrenos.

Nere y Andera, sentados en el suelo, entre muebles deshilachados, respiraban.

¿Qué vas a hacer ahora, Nere, decía la voz, qué vas a hacer?

Tú estás dentro y nosotros fuera.

¿Cuánta agua tienes?

No tenemos prisa, seguía Beles. Esperaremos. Antes de ir a por las mazas que tiren esta puerta abajo.

Esperaremos. Estamos aquí.

Se adentraron por la casa, se asomaron en silencio a las habitaciones cubiertas de polvo y en las que se respiraba un frescor sucio. Abrieron una ventana, salieron a un balcón que volaba muchos metros sobre la calle. En las alacenas, en las paredes, había viejas fotografías. Andera las fue mirando con cuidado. Un hombre y una mujer. Un grupo de niños.

Tengo, le dijo Nere a Beles a través de la puerta, una cosa que hablar contigo.

Pero, siguió, lo hablaré solo contigo. Hablaré contigo si los otros se van. Desde el otro lado de la puerta les llegaron susurros y ruido de pasos. Beles le dijo que ya estaba solo.

Si te apartas de la puerta te mostraré una cosa, dijo Nere.

Vigiló por la mirilla cómo el otro se retiraba hasta las escaleras. Entonces abrió una rendija en la puerta y a través de ella mostró, un segundo, la pistola que le había

robado a Taner. Volvió a cerrar.

Si nos dejas marchar, le decía Nere a Beles, te daré el arma.

Es, le dijo, la pequeña. La que se usa con una mano.

Con ella, siguió, podrías acercarte a Taner. Podrías matarlo.

Podrías tener tú las armas. Ser el jefe.

Nere hablaba y al otro lado de la puerta había profundos silencios. Se sentía al otro hombre pensando, removiéndose inquieto.

Tú, le decía Nere, déjanos ir. Dinos dónde está ese otro grupo. Ese grupo del que hablabais a veces. Y yo te daré el arma y tú podrás ser el jefe.

Te contaré, decía Beles, una historia.

Usamos los edificios más altos como atalayas. Desde ahí vigilamos la ciudad. Taner nos enseñó a hacerlo. Desde ahí vigilábamos a ese grupo del que me hablas.

Un día, sin embargo, vimos que no había hogueras allí. No había humo ni movimiento. Taner nos dijo que fuéramos a ver. ¿Sabes qué vimos?

No vimos nada, Nere. Nada más que muertos. Nada más que paredes manchadas de sangre y muertos.

Pero no, seguía, pienses que encontramos restos de violencia. No.

Enfermaron. Todos. Y se murieron. Todos.

Nunca vimos a ninguno más de ellos.

Así que, decía Beles, dime, Nere, ir adónde.

Entonces, decía Nere, nos iremos al norte. Más allá de la ciudad. Beles, al otro lado de la puerta, parecía estar comiendo. Suspiró.

No entiendes, Nere, dijo, no entiendes.

No entiendes el mundo.

Yo, dijo Beles, he estado allí donde tú dices. He llegado hasta donde se acaban las casas, en el norte. ¿Sabes lo que hay allí?

No hay nada. Solo viento y polvo. Piedras.

Pregúntale a Andera. Pregúntaselo. Ella vino desde otra ciudad. Sabe lo que hay entre una y otra. Entre un pozo y otro.

Así que, siguió, ¿para qué, Nere?

En cambio, siguió tras una pausa, te haré una propuesta.

Un arma de fuego, siguió Beles, no vale nada si uno no sabe cuidarla.

¿O crees que no hemos encontrado otras abandonadas en los edificios? Claro que sí.

Pero no valen, Nere. No valen.

Así que te haré una propuesta.

Tú nos darás el arma. Y volverás con nosotros. Yo mataré a Taner.

Yo lo mataré y tú serás un hombre libre.

Y te daré a Andera para que sea tu esposa. Para siempre.

Y tú, Nere, estarás a mi lado, al lado del jefe.

Me ayudarás con las armas de fuego. Me enseñarás. A limpiarlas. A montarlas y desmontarlas para que funcionen siempre. A disparar.

Y después, un día, cuando ya me hayas enseñado, te dejaré ir. Podrás marcharte a donde quieras.

Al norte o allá donde quieras que se pudra tu pellejo.

Piénsalo, Nere, decía Beles.

Piénsalo, decía, pero recuerda que yo, para tener el arma, lo único que necesito es esperar.

Esperar a que te mueras de hambre o de sed.

Eso, decía Nere, será salvo que yo la destruya. Beles pareció pensarlo.

Bien, dijo, te concedo eso. Piensa, entonces, otra cosa. Piensa si quieres estar vivo o si quieres estar muerto. Piensa que yo estaré vivo de todas maneras.

Piénsalo, dijo, pero date prisa.

Los perros eran blancos como fantasmas. Sus hocicos relucían de humedad a la luz de las antorchas.

Caminaron toda la noche y luego todo el día. Beles les explicó que habían ido dando un largo rodeo. Al llegar a la rambla se volvió hacia Nere y se tocó el arma que llevaba escondida entre las ropas.

No olvides, le dijo, lo que hemos hablado.

Salieron del cauce con las primeras luces, gris la mañana. Grandes antorchas vigilaban en lo alto del edificio. Llevaban mediada la explanada cuando sonó un disparo. Nere tiró de la mano de Andera y corrieron a ponerse a salvo. Corrieron todos salvo Beles, que yacía muerto en el suelo.

El viento soplaba y era como la respiración de un animal que hubiera ocupado todo el cielo. Esperaron cuerpo a tierra en la rambla. En la explanada se sintió la voz profunda de Taner.

Sal, Nere, decía. Sal ahora.

Tira el arma donde pueda verla y sal. Andera se giró y vio que la pistola volvía a estar en la mano de Nere. El viento traía olor a humo. A través de la masa de cascotes podía ver al gigante. Llevaba un gran sombrero en la cabeza y uno de los rifles en la mano. Miraba hacia donde ellos estaban. El cuerpo inmenso resplandecía a la luz del amanecer.

Sal, Nere, decía. Sal ya.

Sal antes de que suelte a los perros.

En torno al gigante se arremolinaban los hombres y los perros. Estos ladraban y querían escapar. Nere tenía el arma en las manos.

Mátate, decía Taner, o sal. Pero hazlo rápido. Nere miró a Andera.

La mataré, dijo, a ella también. El gigante pareció pensar durante unos segundos.

Bien, dijo, mátala. Nere temblaba.

El muchacho volvió el arma contra sí, se la apoyó en la sien. Andera se precipitó hacia él. Forcejearon un instante. Hasta que Nere se desplomó en el polvo y Andera alzó el arma. El muchacho la miró y sus ojos eran dos pozos sin fondo.

Tú, le decía, no lo entiendes.

No entiendes que estaría mejor muerto. Muerto ya. Muerto ahora.

Hubo una respiración de tanque. Taner la miraba.

Había bajado el sol. Había habido gritos en la explanada durante la tarde. Había sonado un disparo. Al rato había subido Taner. Andera se encogió sobre sus cadenas, se apretó contra la pared. Taner no la miró. Una esclava entró con agua y con comida y Taner se sentó a comer. Respiraba pesadamente.

¿Y Nere?, preguntó Andera. Taner la miró un segundo.

Ha muerto, dijo, los perros se lo comieron. Andera quedó en silencio. Esperando. Taner terminó de comer y se acercó. Traía un cuenco con agua y un pedazo de piel. Andera sintió el trapo en el rostro. No se movió. Tampoco lo hizo cuando Taner fue rompiendo con un cuchillo las ropas que la cubrían ni cuando las manos enormes empezaron a lavarla.

¿Qué es, decía Taner, la muerte?, ¿tú lo sabes?

¿Qué sucede después de la vida?

Contéstame, ¿lo sabes?

No, dijo Andera.

No, dijo Taner, nadie lo sabe.

Calcinaba la noche. Se miraban. Como dos fieras.

¿Qué es, decía Taner, el destino, Andera?, ¿tú lo sabes?

¿El destino es algo que debe alcanzarse o es una cuestión de perspectiva?

¿Es, seguía, acaso lo mismo estar al principio de una vida que estar al final?

¿No se ven las cosas de un modo distinto cuando se es niño que cuando se está abocado a la muerte?

¿Cuál, seguía, pensabas tú, Andera, que era tu destino cuando vagabas por el desierto?, ¿cuál pensabas que era cuando no eras más que una niña?

¿Cuál crees que es tu destino ahora?

¿Con qué palabras resumirías tu vida si supieras que ibas a morir ahora y aquí?

El gigante estaba sentado junto a la mujer. A ratos la miraba y a ratos no hacía más que mirar al frente. Su respiración inundaba la habitación.

Yo, estaba diciendo, he visto morir a mucha gente. He matado a mucha gente.

He matado a amigos. He matado a enemigos.

En ocasiones, seguía, he podido asomarme a los ojos de los que iban a morir. De los que sabían que iban a morir en los próximos instantes.

¿Sabes lo que había en esos ojos?, ¿lo sabes?

Andera lo miraba y no decía nada. Taner miraba al frente.

Había, seguía, sorpresa. Pero eso era de esperar.

Había algo más, sin embargo. Comprensión.

Como si de pronto se hubiera abierto una puerta ante ellos. Una puerta tras la que siempre hubieran querido mirar.

¿Sabes qué creo yo que veían?

Creo que volvían a ver su vida. Que la volvían a ver pero que, ante la perspectiva de la muerte cierta, la veían sin velos, sin mentiras. Que podían mirar hacia ella desde el final como el que mira hacia un camino que sabe que va a abandonar.

Y al mirar al camino, Andera, veían qué, o quiénes, realmente, habían sido ellos. Cuál había sido su logro más decisivo. Su fracaso más relevante.

¿Y si, seguía, el destino de cada cual pudiera resumirse en una sola frase?

¿Y si la vida de cada cual cupiera al fin en unas pocas palabras?

¿Comprendes, se agitaba el gigante, lo que te digo?

Andera lo miraba y temblaba. Taner inclinó la cabeza y la miró con piedad.

Por eso, siguió, si tú fueras a morir ahora, si yo fuera a matarte, ¿quién dirías tú que fuiste?, ¿qué frase sería la que elegirías para resumir tu vida?

¿Dirías «soy Andera, la madre de aquel niño»?

«¿Soy Andera, la que vagó por el desierto?».

«¿Soy Andera, la que amaba a Nere?».

«¿Soy Andera, la que fue esclava de Taner?».

¿Cómo, seguía, y su voz estaba llena de compasión, deberíamos recordarte los demás?, Andera levantó los ojos. Se miraron.

¿Y tú, dijo la mujer con un bufido, quién serías tú si fueras a morir ahora?

Taner sonrió. Sonrió y la miró con dulzura. Alargó una mano. Estiró los dedos, le hizo girar la cabeza. La miró con atención. La mano bajó por su frente y le ocultó la cara. La mano de Taner era más grande que la cara de Andera. Volvió a subir, se adaptó a su cráneo como un casco inmenso.

La cuestión, dijo Taner, es qué sería yo para ti.

La cuestión, dijo, es cómo me recordarías tú.

La mano seguía allí, de pronto empezó a apretar. Suavemente al principio y luego con más intensidad. La fuerza del gigante era portentosa. Andera temblaba y sentía crujir sus huesos. Dolía detrás de los ojos, estos parecían querer salirse de las órbitas. Un chirrido intenso le perforaba los tímpanos. Gimió. Taner aflojó la presa y Andera cayó desmadejada, buscando aire.

No me decido, dijo el hombre apartándose de ella, volviéndose hacia donde estaban las pieles, sentándose.

No me decido, dijo, a no matarte.

Eran trece hombres y seis perros. Aparte dos carros y dos burros. El último tramo lo habían hecho a cubierto.

Avanzada la noche entraron en una zona de antiguas fábricas. La luna golpeaba sobre zonas desoladas, sobre podridos restos de maquinarias. Los ecos de sus pasos los intimidaban al escaparse hacia techos ocultos. La atmósfera estaba saturada de un orín reseco, amontonado de años.

Llegado el amanecer, el hombre más alto, un coloso, hizo gesto de que se detuvieran. Los hombres se abanicaron con los sombreros y se dejaron caer en los rincones. Tres de ellos llevaban los pies encadenados. Esos fueron los que más deprisa se movieron. Había que darles agua a los animales. Había que avivar las ascuas que llevaban escondidas en latas. Había que encender los fuegos. Que cocer los panes.

Los hombres hablaban en susurros y masticaban sus hojas de perejil y bebían de sus botellas. Miraban hacia el hombre alto. Este andaba a solas.

Lo vieron sobre unas escaleras, apartando cascotes con los pies. Lo vieron surgir sobre una torre de cemento. Miraba a todos lados. Llevaba una pistola en el cinto y un rifle al hombro.

Descansaremos, les dijo a los hombres, hasta la tarde. Mañana llegaremos.

Cayendo la tarde se pusieron otra vez en marcha y al poco dejaban atrás la zona cubierta. Cuando refrescó se cubrieron con viejos chaquetones robados a los muertos. Más allá de una travesía rodeada de largas plazas sintieron que la ciudad raleaba. Las casas se tornaron blancas y bajas y el camino dejó atrás el asfalto y se convirtió en tierra. Destacaban, colgadas sobre sus cabezas, las sombras entretejidas de miles de cables. De pronto fue la última casa y el gigante se detuvo.

El suelo se vertía hacia una ladera deslumbrante al final de la cual había una inmensa oquedad. Al otro lado de la misma se divisaban algunas casas que flotaban en el amanecer. Entre ellos y aquellas casas, abajo, estaban los pozos.

Los hombres se abrieron en abanico. Miraron, las charcas sulfurosas casi bajo sus pies, en todas direcciones.

En la ladera extendieron los sacos y prepararon los carros. Fueron bajando. Traían recipientes y viejas palas. Los perros merodeaban entre las matas de esparto y respiraban al sol quemante. Trabajaban aprisa. El coloso, el rifle al hombro, oteaba desde la zona más alta. Los perros alzaron las orejas. Gruñeron.

Ladraron y se pusieron en pie. El hombre alto hizo gesto de que los sujetaran. Aparecieron, al otro lado de los pozos, varios hombres.

Llevaban las cabezas tapadas con sombreros y trapos. Llevaban las caras pintadas de blanco. Sus miembros eran oscuros. En sus manos brillaban cuchillos y espadas, pedazos de metal. El gigante se adelantó y alzó el rifle hacia el cielo.

La sal, gritó, está aquí.

Está aquí. No es de nadie. No es vuestra ni es mía.

Es, gritaba, de todos. Y hay para todos.

Solo queremos un poco.

Solo llenaremos nuestros sacos y nos iremos.

¿Qué son, gritaba, unos pocos sacos?

Soy Enis, el cojo. Yo estaba allí. Yo era uno de aquellos que llevaba los pies sujetos con cadenas.

En la explanada uno de los hombres de cara pintada se adelantó y aulló algo incomprensible. Los otros hombres, había uno detrás de cada ondulación del terreno, detrás de cada matorral, gritaban. Taner se echó el rifle a la cara y esperó.

Vamos, gritó, a llenar nuestros sacos.

Después nos iremos.

Yo tenía un cuchillo en la mano. Un cuchillo largo y afilado, capaz de matar a muchos hombres. Los hombres de las caras blancas chillaban como si quisieran asustarnos. Hubo una sombra. Un venablo vino volando por encima de los pozos y se clavó en el suelo, a unos pocos metros de donde yo estaba. Yo miré a Taner. Él no me miró. Seguía allí. De pronto hubo una gritería y los enemigos fueron bajando a la carrera por el terraplén. Sonaron disparos y varios hombres cayeron de espaldas en el polvo blanco. Los demás se desperdigaron y volvieron a subir la cuesta. Dejaron allí dos cuerpos puestos de cualquier manera. Otro, herido, gemía. Murió al sol. Los hombres de las caras blancas regresaron a por todos ellos más tarde, cuando ya los burros andaban tirando de los carros hacia la ciudad. Nos miramos desde lejos.

Taner miraba hacia atrás y se rebullía. Hablaba con sus generales en susurros.

Los esperamos en la zona de las grandes salas. Amontonamos piedras y cascotes y nos escondimos. Taner nos hizo cortar tiras de piel para taparles las bocas a los perros. Él se subió a lo alto de una masa de hierros.

Esperad, dijo, a mi disparo.

Entonces, dijo, lanzad las piedras.

Después los perros.

Los perros se revolvían y gruñían. Presentían la sangre. Taner había elegido una zona estrecha junto a una pared caída. La luna entraba por las ventanas como fueron entrando los enemigos. Los pude ver con claridad. Unos vestían camisas, otros, viejas chaquetas. Deshilachados zapatos.

Sonó el primer disparo y luego otros más. Cayó, desde arriba, la lluvia de piedras. Volaron los perros como proyectiles blancos.

Un hombre borroso vino hacia mí. Mi cuchillo se hundió en él como se habría hundido en el agua. Suspiró algo y se llevó la mano al vientre. Taner gritaba. Blandía la pistola y gritaba.

No hay compasión, decía. No hay compasión.

Ninguno ha de volver.

Ninguno ha de regresar a decir hacia dónde nos fuimos.

Nadie debe saber dónde está nuestra casa.

Eso gritaba Taner en mitad de la noche, bajo la luna.

Empleamos el día siguiente en buscar a dos enemigos que habían escapado de la matanza. Llegada la tarde regresó un grupo con la cabeza del último. Taner nos arengaba.

Sois bravos. Sois guerreros, nos decía.

La tribu de la vieja estación es libre.

No necesita de otros.

Hubo que enterrar a un miembro de la tribu y a un esclavo. También a un perro. Con los cuerpos de los enemigos hicimos una gran hoguera. Llegada la noche, Taner se plantó ante los esclavos que habíamos sobrevivido. Llevaba una gran maza de hierro en las manos.

Poned ahí, señaló unas losas, vuestras piernas. Nosotros lo hicimos. Taner nos miró.

Ya, nos dijo, no sois esclavos.

En adelante sois hombres libres.

Ya, nos dijo, no vivís en el sótano.

Alzó la maza y descargó un golpe poderoso. Las cadenas se rompieron.
Emprendimos el regreso.

Soy Enis, el cojo. Os contaré cómo supe que Andera estaba viva.

Regresaba como un hombre libre. Subimos por la rambla y el edificio se impuso en mitad de la explanada. Hubo gritos cuando los niños y las mujeres se acercaron a abrazarnos. Taner daba órdenes. Comida y agua para todos. Y una habitación en los primeros pisos. Una para mí, otra para el otro esclavo liberado. Me bañé como un hombre libre. Después bajé.

Había una fiesta en la gran sala.

Los hombres, las mujeres, los niños, se habían amontonado y esperaban. Esperaban a Taner.

Y Taner bajó por las escaleras. Blanco, magnífico, lleno de vigor.

A su lado, cargada de cadenas, sujeta por el cuello con un collar de perro, bajó una silueta ataviada con un vestido azul que rozaba el suelo. Taner la hizo ponerse a un lado en la zona elevada y alzó uno de los rifles. La gente aullaba de júbilo.

Gente de la antigua estación, gritaba Taner, ¿me conocéis, sabéis quién soy?

Soy Taner, gritaba. Aquel que juró que os protegería. Que siempre os defendería.

¿No lo soy, acaso?

Y mirad, gritaba, mirad a vuestro alrededor.

¿Qué os prometí, qué os dije que pasaría si yo era vuestro jefe?

¿No os prometí que seríamos cada año unos pocos más?

¿No os prometí que habría agua y comida?

¿No os prometí que seríamos libres?

Taner hablaba y la gente bullía a sus pies. Querían saltar, besarlo. Taner sonreía.

¿Y no he cumplido mis promesas, no están llenos los graneros, no están vuestros hijos con vosotros?

Y, seguía, ¿no soy yo uno de vosotros, no como vuestra propia comida, no hago el mismo trabajo que vosotros?

La gente, abajo, lo amaba. Lo habrían devorado allí mismo.

La fiesta siguió.

Las mujeres se cubrían con vestidos robados a los muertos. En sus cuellos, en sus dedos, brillaban las joyas. Había tambores y flautas. La gente bailaba, cantaba, saltaba. Bailaban los niños. Desde donde yo estaba semejaban una llanura erizada de espinos. El suelo estaba lleno de pequeñas candelas. Las mujeres habían traído plumas de pájaros, huesos de animal, tiras de tela. La leche se mezcló con aquel líquido oscuro que Taner había bajado desde su casa. Todo era aullidos y bailes.

Trajeron un animal. Una oveja. Fue Taner quien la mató.

La sujetaron y fue su cuchillo el que se alzó y el que cayó. La gente de la tribu se amontonaba a sus pies y le ofrecía cuencos que él llenaba con sangre. La gente la bebía y se pintaba el rostro con ella. Después Taner abrió la cavidad torácica del animal y con dos tajos separó el corazón de las venas. Brotó un chorro de sangre espesa y negra. Taner, el corazón sujeto en lo alto, lo movía de un lado a otro y salpicaba a las personas que estaban más cerca de él.

La tribu aullaba y cantaba y bailaba al ritmo adormecedor de los tambores.

Todo eso hacia la tribu, pero yo, Enis, el cojo, andaba aparte. Mis ojos estaban fijos en la silueta que había bajado junto a Taner. Lentamente, moviéndome entre los cuerpos que bailaban, me fui acercando.

Era una mujer de piel oscura. Sin embargo, no podía ver su rostro porque en todo momento lo tenía bajo y miraba al suelo.

Me fui acercando hasta que casi estuve a los pies de Taner. Hasta que casi pude rozar aquella tela azul. Esperé.

Un gesto de Taner con la cadena la hizo agitarse, casi caer.

Alzó la cabeza.

Ya no vi más de la fiesta. Me fui a un rincón, subí a mi habitación. Mi habitación de hombre libre.

Soy Andera. Mirad mis ojos transparentes y veréis que lo soy.

Nere había muerto. Así me lo había dicho Taner. Así lo confirmé algún tiempo después.

Ya no hablaré más de él, ¿para qué?

¿Acaso se puede estar siempre llorando? No.

Un tiempo estuve triste. Muy triste. Como habríais estado vosotros.

Pero hace mucho tiempo de eso. Tanto que ni siquiera recuerdo aquel dolor. Tanto que aquel dolor es algo semejante a una sombra que a veces me sobrevuela.

Pero no quiero hablaros de eso, ya os digo. Prefiero seguir con mi historia. Prefiero contaros cómo fue mi vida después de que Nere desapareciera de ella. De cómo fue que oí una conversación decisiva, una que terminaría por cambiarlo todo.

Esa historia os gustará más. Es una historia triste.

Nere murió. Se fue a un lugar donde ya no podría alcanzarlo. Me vida siguió.

¿No me veis?

Me vida siguió pero se convirtió en una cadena sujeta a una barra.

Se convirtió en una esclava que cada día me subía agua y comida.

Se convirtió en un esperar sin fin. A que Taner subiera por las noches y me mirara y se riera.

A veces me hablaba. Se burlaba.

Si me odias tanto, decía, ¿por qué te comes la comida que te hago subir?

Me la como, le decía yo tal vez, porque un día te descuidarás y entonces seré yo quien te mate a ti.

Yo le decía esas palabras pero Taner no hacía caso. Se reía.

No, decía, no lo harás. ¿Sabes por qué lo sé?

Lo sé porque os escapasteis y no me matasteis.

Nos odiábamos. Yo lo odiaba porque había matado a Nere. Él me odiaba porque yo había preferido a Nere antes que a él. A ratos me soltaba para que lo bañara o lo masajeara. Si sus generales subían a parlamentar con él, me hacía irme a la tercera habitación. Fue así como oí aquella conversación de la que os hablé antes. Aquella que terminaría por cambiarlo todo.

Dejadme concentrarme. Dejadme encontrar las palabras exactas.

Tuvo lugar durante una tormenta de arena, muchas lunas después de la fiesta de la sal en la que Enis volvió a verme. Los hombres, tres, se habían reunido en la segunda habitación, la que ocupaba Taner. Yo escuchaba desde la tercera, la que había sido mía y de Nere. La tormenta tironeaba de los plásticos que cubrían las ventanas y hacía tambalearse al edificio.

Lo que estoy diciendo, explicaba Taner, su voz llegaba hasta mí mezclada con el viento, es que quedan pocos hombres.

Que es difícil sustituir a un hombre con otro.

Que cuando una persona muere no hay otra que venga a hacer su tarea.

Las personas, decía, no crecen de la tierra.

Y antes, decía, había otros grupos. Los exploradores lo decían.

Y podías ir y recogerlos. Traer hombres, mujeres nuevas.

Pero, seguía, ya no los hay.

No los hay por parte alguna. Las personas se acabaron. Queda el grupo del pozo de la sal, pero son muchos. Es un grupo poderoso contra el que empezar una guerra sería muy costoso. Taner hablaba y los otros dos hombres guardaban silencio. Yo los conocía a los dos. Uno de ellos era Cado. Fue él el que habló a continuación.

¿Qué propones, entonces, dijo, dejar que los esclavos se vayan?

No, dijo Taner. Liberarlos.

Ir a ellos y decirles «ya no sois esclavos, esta es vuestra casa».

Quitarles las cadenas, como se hizo con el cojo.

Decirles «quedados aquí con nosotros, aquí hay comida».

«Aquí hay comida y en ningún sitio más la hay».

Y, seguía Taner, los esclavos se quedarán. ¿No se quedó el cojo?, ¿no se quedó el otro esclavo al que liberamos después de la batalla de los pozos?

Taner dijo todo aquello y los otros hombres guardaron silencio. Otra vez fue Cado el que habló.

¿Y quién, preguntó, moverá la noria?

¿Quién llevará el agua a las cisternas?

Nosotros lo haremos, dijo Taner.

¿Nosotros?, dijo Cado.

Sí.

Los hombres discutían. Taner les hablaba con voz calmada, entre grandes suspiros. Yo esperaba.

Nosotros, decía Cado, no somos esclavos, somos guerreros.

Buscaremos, decía, otras tribus. Iremos más allá.

No merece la pena, decía Taner.

Lo que merece la pena es, les decía, que haya más cosechas, más niños.

Lo que merece la pena es que no muera ningún hombre porque esté agotado o

porque decida quedarse en un rincón como les ha pasado a algunos esclavos.

Esos hombres, decía Taner, no vuelven.

Los hombres se fueron y la habitación quedó en silencio. Taner respiraba y esperaba. Fuera aullaba el viento. Yo entré con el agua y los trapos y él me miró. Se sentó y me dio la espalda. Empecé a masajearle los hombros. Se oía al viento y se oía su respiración. Se fue calmando.

¿Me quitarás, le dije, a mí también las cadenas? No me contestó. Tuve que insistirle. Respiró.

Si te soltara, dijo, ¿qué harías?, yo pensé que era absurdo.

Correría, le dije. Correría hasta perderme en el desierto. Taner no dijo nada. Supe, aunque me daba la espalda, que había cerrado los ojos.

Lo que no entiendo, le dije, es por qué te esfuerzas en convencerlos. Taner suspiró.

¿No me has oído?, dijo, ese tiempo pasó.

¿Qué tiempo?, le dije.

El tiempo de las órdenes y de la violencia. Yo seguía masajeando aquel cuello que era tan ancho como mi pecho. Insistí.

¿Por qué pasó?

Porque, dijo Taner, la violencia es necesaria mientras hay alguien contra quien combatir.

Y ya, dijo, no lo hay.

¿De verdad, le dije, no hay más hombres?

De verdad, dijo Taner. Se volvió y nuestros ojos se encontraron. Había, otra vez, aquella pregunta incesante, aquella fuerza que me aprisionaba. Que no me dejaba respirar ni pensar.

A Cado, le dije, no lo convencerás.

Lo sé, dijo Taner, por eso hablo con él.

¿De verdad crees, le dije, que los hombres libres accederán a mover la noria?

Taner sonrió.

Sí, dijo, lo creo.

¿Y por qué lo harán?

Lo harán porque comprenderán. Lo harán porque yo moveré la noria. Porque tú moverás la noria. Yo sonreí.

La cuestión, dije, es si lo haré con cadenas o no.

A veces Taner venía hasta donde yo estaba encadenada y me hablaba de sus sueños. De sus sueños de muerte. Yo lo miraba. Otras veces se alejaba de mí y me soltaba de las barras como si esperara que una noche, al fin, fuera a matarlo.

Otras veces subía y me miraba de tal modo que yo estaba cierta de que iba a ser aquella la noche en que por fin él me iba a matar a mí.

Sin embargo, lo único que pasó fue que las lunas empezaron a amontonarse. Lo único cierto es que mis dientes empezaron a ablandarse y mis pechos a vencerse.

Fue por aquella época, aún arriba con Taner, cuando los pájaros de mis sueños empezaron a llegar hasta mis huesos.

Fue también por esa época en que junto a mi cuerpo empecé a encontrar un esqueleto blanco y pelado.

A la sombra del árbol lo veía cubrirse de polvo. Mis huesos asomaban grisáceos entre mi carne.

Brillaban sudorosos.

De un piso pasaban al siguiente. Como una plaga de langostas.

Eran tres y habían llegado antes que el sol. Habían venido a lo largo de la calle y se habían quitado los deshilachados sombreros y habían mirado a los silenciosos edificios. Brocales en la piedra. Uno de ellos, el que renqueaba, había dado el primer golpe. Tenían hachas y palancas. En las escaleras habitaban enmarañadas sombras. En las habitaciones dormía una fatiga como de cuarzo. En las cocinas de los muertos se toparon con aparatos inexplicables. El que renqueaba se sentó en una silla. Miró a su alrededor.

Abrieron las ventanas. Fueron acercando cosas hacia ellas.

Esa madera, decía el cojo, no arde bien.

Traed las camas.

Las habitaciones rebosaban de libros. Paredes enteras forradas de arriba abajo con aquel combustible. A veces el renco abría uno y pasaba los dedos por las imágenes. Los libros eran amontonados junto a las demás cosas. Después todo era arrojado hacia el suelo. Volaban los muebles y se estrellaban abajo con estruendo de astillas y tornillos.

Esto, decía el cojo, les servirá a los herreros. Para hacer mazas.

En las cocinas había cuchillos y tenedores. En los armarios había zapatos y ropa.

En los cajones, joyas y monedas.

Hicieron una pausa a mediodía. Sacaron sus pedazos de pan, sus patatas, sus botellas de agua.

El sol alumbraba los callejones. Se presentía, por la ventana, la sombra de una antigua iglesia.

Los hombres que siempre fueron libres, estaba diciendo uno de los exploradores, el más mayor, no están contentos. Eso es lo que digo. O no todos.

Solo, decía, los que antes fuimos esclavos estamos contentos. ¿O tú no estás contento? El más joven de los tres asintió.

Sí, dijo. No llevo cadenas. Ahora tengo mi propia habitación. Tengo una esposa.

Taner, decía el más mayor, es hermoso, es bueno. El más joven lo miraba y sonreía.

¿Por qué te ríes?, dijo el más mayor.

Porque parece que te olvidas de que fuiste esclavo muchos años bajo Taner. El más mayor consideró aquellas palabras.

Y seguiría siéndolo, dijo al fin, si Taner no hubiera dicho que ya no había más esclavos. El más joven volvió a sonreírse. Miró al cojo, que comía en silencio.

¿Tú qué opinas, Cojo?, le dijo. El cojo lo pensó un momento.

Yo creo, dijo, que Taner es sabio. El más joven volvió a reírse.

Esperemos, dijo, que lo sea. Esperémoslo.

Pasaron la tarde rompiendo en trozos los muebles más grandes y arrimándolos a las ventanas. Las camisas, los chaquetones, los pantalones, eran como fantasmas que volaban en la tarde incendiada de azafranes. El cojo encontró unos zapatos y se los probó. Le iban pequeños. Los otros dos seguían hablando mientras trabajaban.

Queda, decía el más joven, un esclavo. Eso dicen. Una esclava.

La mujer, decía, de los ojos azules.

Taner la tiene arriba. En lo alto. Es hermosa.

Es tan hermosa que Taner no quiere que baje para que nadie le ponga las garras encima. El más mayor sacudía la cabeza.

Te equivocas, decía, no es una esclava. ¿Acaso no la viste en la última danza? Yo sí me fijé. Y no llevaba cadenas. Me fijé en sus pies y los llevaba sueltos.

No, decía el más joven. Yo sí me fijé. Y estaban las cadenas allí.

El cojo trabajaba en silencio.

¿Por qué, le preguntó el cojo al más joven cuando ya había llegado la noche y el tercero dormía, has dicho antes eso de que esperabas que Taner fuera sabio? El más joven lo miró un instante.

Es, dijo, algo que he oído.

¿Qué has oído?, dijo el cojo. El otro pareció reflexionar, dudar. Al final hizo algo semejante a encogerse de hombros.

Tú sabes, dijo, que muchos de los que eran libres desde antes de la liberación de los esclavos no están contentos. Algunos al menos. Eso lo sabes.

Sí, dijo el cojo, lo sé.

Tú sabes, siguió el más joven, que uno de ellos es Cado, lo sabes, ¿no?

Sí, dijo el cojo.

Pues dicen, siguió el más joven, que Cado y algunos otros andan rebuscando por las casas de los muertos. Rebuscando en busca de algo. De algo muy concreto, ¿sabes el qué? El cojo esperó y no dijo nada, el más joven sonrió.

Armas de fuego, Cojo. Armas como las que tiene Taner.

Y dicen más, Cojo, siguió el más joven, dicen que las han encontrado. El cojo miró al otro solemnemente.

¿Y quién, dijo, dice eso?

Un antiguo esclavo, dijo el más joven, uno que estuvo de exploración con Cado y con otros. Los oyó hablar mientras pensaban que dormía.

Y no sé, decía, si es cierto o no. Solo sé que él lo ha dicho.

Por la mañana uncieron el burro al carro y cargaron todo cuanto pudieron llevar. Dejaron el resto para volver otro día. Echaron a andar. En las sombras de un antiguo jardín los sorprendió una bandada de pájaros.

Llegó hasta el final de las escaleras y se detuvo. Volvió a bajar. Volvió a subir.

Llamó. Le contestó una voz.

¿Quién eres? Pasa.

Ando, dijo el hombre sin entrar todavía, buscando a Taner. Tengo una cosa que decirle. El hombre dijo aquello y hubo un silencio tembloroso, semejante a una membrana que fuera a quebrarse. El hombre bajó la cabeza.

Pasa, volvió a decir la voz.

Él entró y la vio en la penumbra. Estaba al otro lado de la sala y era, sin duda, más pequeña de lo que él recordaba. También estaba más delgada. Los ojos azules fosforescían en la penumbra.

Taner, le dijo, no está. Ha salido hoy con los pastores. El hombre no se movió. Se quedó junto a la puerta.

¿No sabes quién soy?, le dijo. La mujer respiró hondo.

Reconocería tu voz, dijo al fin, aunque todas las voces del mundo gritaran al mismo tiempo.

Lo hizo sentarse. Se miraron. Ella trajo leche y agua. Sonrió al sentarse.

Ya no soy, le dijo, aquella muchacha a la que mirabas.

Ahora, dijo él, no soy más que un cojo.

No es eso, dijo ella, lo que dicen.

¿Qué dicen?

Dicen, dijo ella, que Taner te aprecia.

Que te aprecia desde la batalla de los pozos de sal. El hombre la miró un momento a los ojos y volvió a bajar la cabeza.

De eso, dijo, hace ya tiempo. Mucho tiempo. Durante un instante los dos permanecieron pensativos. La mujer bebía su leche y miraba al cojo.

¿Tú, dijo el hombre, sabías que yo estaba vivo?

Sí, dijo ella. Lo supe hace poco. Te vi por la explanada. Te vi, señaló, por la ventana. Primero no sabía si eras tú. Luego supe que sí.

Sabías que estaba vivo, dijo el hombre, pensativo, pero no viniste a decir nada. La mujer sonrió.

Bueno, Enis, dijo, tampoco subiste tú.

Dicen, dijo él, que no eres libre. Andera abrió mucho los ojos, se señaló las piernas.
Sí lo soy, dijo, lo fui desde el mismo día que todos los demás.
Entonces, dijo él, estás aquí porque quieres.
Por supuesto, dijo ella.
¿Eres su esposa? Andera lo miró un momento.
No, dijo, en realidad no. Hace mucho tiempo que no.

Dicen, dijo Andera, que fuiste un valiente. En la batalla. Enis la miró.
De eso, dijo, hace ya mucho tiempo.
¿Tuviste miedo?
Sí, dijo él, eso fue lo único que pasó.

Los dedos de ella le habían rozado en el codo. Quemaba.

Enis llenó un cuenco con agua y subió a su habitación. Se tendió en la cama. Dejó el cuenco a su lado. A ratos metía los dedos en el agua fresca y dejaba que las gotas le bajaran por el dorso de la mano y a lo largo del antebrazo. Las sombras se hicieron más intensas. Cesó el griterío de más abajo. Tardó en dormirse. En su sueño estaba aquel animal y estaba también Andera. Andera flotaba y ondulaba en mitad de aquella agua azul.

El animal los miraba y Enis tendía la mano para alcanzar la de Andera. Sin embargo, el agua se agitaba y los apartaba cada vez. Se removió inquieto, crujió la cama.

Se agitó de pronto y tanteó en busca de algo. Por un momento pensó que se encontraba de nuevo en su vieja azotea, allá en la ciudad al otro lado del desierto. Algo se movía por la habitación. Una sombra que se había acuclillado en el rincón donde estaba la cuenta de las lunas. Un dedo inmenso acariciaba las marcas. Unos ojos poderosos se volvieron hacia él. Se quedó muy quieto, oyendo la respiración del gigante.

¿Qué luna es esta, Cojo?, dijo Taner, esta tan honda. Enis se levantó y fue a ver. Se rascó la cabeza.

Esa es de cuando tú me liberaste de la noria.

¿Y esta?

La de la batalla de los pozos de sal. Taner acarició aquella marca y se fue hacia atrás. Señaló otra.

Esa, dijo Enis, es de cuando llegué aquí. Taner suspiró.

Dime el número, dijo. El número de lunas que hay desde que llegaste aquí hasta ahora. Enis fue pasando los dedos por las marcas.

Diez veces diez lunas, dijo.

Y luego siete lunas más.

Taner miró todo aquello largo rato. Después se sentó en el suelo, la espalda apoyada en la pared.

Cuéntame, Cojo, cuéntame eso que tenías que decirme. Eso por lo que has ido a ver a la que fue tu esposa.

Taner miraba fijamente a Enis. Este se calló al fin.

Los hombres, dijo Taner, son estúpidos. Siempre lo fueron. Siempre lo serán.

Y Cado, siguió, no es una excepción.

Mira, Taner señaló al cuchillo que Enis tenía en un rincón, ese cuchillo. Es lo que es. Puede estar ahí apoyado durante esas diez veces diez lunas de las que hablabas antes y seguirá siendo un cuchillo. Bueno para cortar la carne y para apuñalar.

Pero un arma de fuego no es un cuchillo. Un arma de fuego es algo delicado, sutil, imposible de entender. Algo que cada cierto tiempo hay que desmontar pieza a pieza. Para limpiarlas, para engrasarlas.

Si no se hace, meneó la cabeza, el arma de fuego deja de funcionar. Un día se encasquilla y no dispara. O un día explota en tus manos y te deja ciego.

Así que no, siguió, uno no puede encontrar un arma de fuego que haya estado abandonada durante lunas y lunas y pretender que funcione.

Así que, dijo levantándose, no te preocupes, Cojo. No te preocupes por eso. Taner se puso en pie y se fue a la ventana. Enis lo miraba.

¿Entonces?, dijo Enis. Taner no lo miró.

¿Entonces qué, Cojo?

¿No vas a hacer nada con Cado? Taner suspiró.

Tal vez lo haga, dijo. O tal vez no.

Ven, Cojo, le dijo Taner, y mira. Enis se asomó a la ventana. La ciudad eran sombras blanquecinas bajo un mar de estrellas.

Ellos, señaló hacia los edificios silenciosos, inventaron las armas de fuego.

Inventaron los coches. Iban dentro de ellos. De un lado a otro.

¿Te imaginas, Cojo?

Ellos levantaron estos edificios, hicieron las carreteras.

Hicieron cosas imposibles, Cojo. Imposibles.

A veces, siguió, me asomo a sus casas. Me voy solo y me asomo. Me siento allí y miro a las cosas que dejaron atrás y me doy cuenta de que no los comprendo. Que por más que piense siempre hay algo en ellos que se me escapa. Algo nuevo que me desconcierta.

Siempre, siguió Taner, cuando entro en sus casas, regreso muy triste.

¿Tú crees, Cojo, que esos que vivieron antes eran más listos que nosotros? Enis no contestó. El gigante respiraba.

No, dijo al fin, no lo eran.

Y, siguió, si lo eran, ¿dónde están ahora?, ¿qué hicieron que tuvieron que dejar todo esto atrás?

Andera llevaba un vestido de tirantes. Tenía un dibujo en el brazo, cerca del hombro.

Eran dos niños toscos que se daban la mano. Dos niños oscuros que se desvaían, en los bordes, hacia el dorado. Enis los señaló. Andera los miró con gravedad.

Nere, dijo, me enseñó a hacerlos.

Podría, dijo, hacerte uno.

Podría hacértelo si me consigues tinta.

Necesitaríamos nueces.

O carbón.

Enis la miró muy serio. Adelantó un dedo y rozó aquel dibujo.

¿Duele?, dijo. Andera sonrió.

Empezó a asomarse a las casas de los muertos con otros ojos. Se dio cuenta de que andaba buscando algo. Se sentaba entre los libros y los hojeaba con delicadeza. Muchos no eran más que texto. Otros eran colores. Los había que no eran más que fotografías. De coches, de aviones. Personas. Los había que, esto tardó en comprenderlo, eran imágenes de cosas que los muertos habían pintado. Y mirando aquello dio los siguientes pasos. Los pinceles, por ejemplo. Y los frascos de tinta. Todo lo iba recogiendo y se lo iba llevando a Andera. Un día, hojeando un libro lleno de imágenes de animales, se encontró mirando de frente a un oso polar que caminaba sobre el hielo.

Enis respiró hondo.

¿Recuerdas, le dijo a Andera aquella tarde, aquel sueño que yo tenía, aquella cuna bajo el agua?

Sí.

Pues este, Enis le tendió la imagen del oso polar, es el animal de mi sueño. Andera miró al oso largamente. Enis extrajo otro libro, señaló otra fotografía. Allí estaban aquellos objetos rojizos y redondeados que habían encontrado en mitad del desierto, aquellos para los que ni siquiera Enis había encontrado explicación. Otra vez, como sucedía con los coches, aquellos objetos estaban intactos y brillaban. Avanzaban orgullosos a través del mar mientras echaban humo por las chimeneas. Los dos quedaron en silencio mirando aquello.

Tal vez, dijo Enis, aquello fue una vez un mar. O un lago. Andera no dijo nada. Se levantó y regresó al poco con otra fotografía. Aquella del mar y la cola del animal. Aquella cola oscura y poderosa. Al final decidieron que sería aquella cola lo que

Andera intentaría tatuarle a Enis.

Rompieron los frascos de tinta y rasparon el interior con cuchillos. Mezclaron el polvillo negro con agua. Andera trajo restos de aquella tinta que Nere había fabricado con nueces y la añadió a la mezcla. Una tarde limpió el peine de púas.

Trabajaremos mejor abajo, dijo, sentados junto a los arcos.

Allí hay más luz.

Se contaron sus historias. El viento mecía las cuatro matas que sobrevivían en la explanada.

A veces, decía Enis, pensaba que el animal de mis sueños era el propio Taner.

Tienen, decía, el mismo color. Son, sonrió, igual de grandes.

Luego entendí, seguía, que, en realidad, lo que sucedía era que yo, en mis sueños, ya había visto a Taner. Ya sabía que iba a venir a conocerlo.

Y que por eso, seguía, son todas las cosas. Por eso fue todo lo que me ha pasado. Andera lo miraba con cuidado y apartaba a los niños como si estos fueran un enjambre de moscas.

¿Qué, decía Enis, crees tú que significa que soñemos?

No lo sé, se reía Andera, eras tú el que le ponía nombre a los días, no yo.

Yo creo, decía Enis, que tenemos, en realidad, dos vidas.

Una aquí. Otra allí.

Solo que en esta de aquí no sabemos de aquella otra.

Pero que en aquella otra sí que sabemos de la de aquí.

Y que los sueños son pedazos de aquella vida que se vienen a esta.

Que se vienen pero que no los entendemos.

Y creo, seguía, que en las dos vidas nos pasan las mismas cosas. Andera no decía nada. Más tarde le contó ella a él sus sueños. Sus últimos sueños.

Un día, le dijo, los pájaros que venían a alimentarse de mi cuerpo siguieron comiéndome hasta que junto al árbol no quedaron más que huesos manchados de sangre.

Otro día junto al árbol estaba mi esqueleto y había otro esqueleto más. Era un esqueleto viejo y cubierto de polvo.

Otro día, seguía Andera, junto al árbol estaba otra vez mi cuerpo y otra vez los pájaros lo comían mientras yo miraba. Solo que esta vez había alguien más allí.

Cerca, sentados más allá, había dos niños pequeños. Los dos estaban allí, mirando a los pájaros y sin hacer nada.

Y a uno, le decía a Enis, yo le veía la cara. Pero al otro no.

Se la miraba pero no conseguía distinguirla.

Te hablaré de Taner. Ya que lo quieres tanto. Ya que es tu dios.

Te diré lo que cuentan las mujeres mayores. Lo que me contó Nere.

Su padre era tan grande como él. Tan blanco como él. Un día llegaron.

Venían ellos dos. Venía otra familia con ellos. Un hombre. Una mujer. Tres niños pequeños. Traían los rifles. Las pistolas.

Se instalaron.

Las armas los hicieron importantes. Hicieron que la tribu fuera importante.

De esa época, hace muchas lunas, son las primeras guerras contra las otras tribus.

De esas lunas son los primeros esclavos.

Luego sucedió algo. Qué fue nadie lo sabe exactamente. Solo Taner.

Era por la noche. La gente dormía. Hubo un disparo. Luego hubo gritos. Más disparos.

Se vio a Taner bajar con un arma en la mano. En las escaleras apuntó a uno de los niños que habían venido con él tiempo atrás. Un niño que ya no lo era tanto.

Le apuntó y le disparó. Después entró en la habitación de esos otros y volvió a disparar.

Arriba, cuando la gente pudo entrar, encontró más muertos. Muerto el otro hombre que había venido. Muerto el padre de Taner.

La mujer hablaba y el hombre reflexionaba. Avanzaba la tarde. Los niños en torno a ellos eran un enjambre de pegajosas moscas. Silenciosas moscas. El hombre preguntó por el niño que faltaba, por la mujer que faltaba. La mujer se encogió de hombros.

La mujer, dijo, pudo escapar. O eso dicen. Alguien vio una sombra deslizándose por la explanada en la oscuridad.

Del otro niño no se supo más. Tal vez ella lo llevaba en brazos.

Era, la voz de la mujer sonaba pensativa, como si las palabras le estuvieran haciendo aflorar algún tipo de recuerdo penoso, el más pequeño de los tres.

El hombre miraba a lo lejos y parecía pensar. La mujer le contó que los perros, eso le habían dicho, habían estado buscando. Pero que no habían encontrado el rastro.

Cincuenta años de sol. Cristales rotos.

A eso olía la plaza a la que llegó el hombre. Era alto y llevaba una larga barba negra. No notaba que otro hombre, uno que renqueaba, le iba detrás. Al final de la plaza había un viejo cartel. Una mujer descolorida que sonreía. Hacia ella fue que apuntó el hombre con el rifle.

Apretó el gatillo y hubo un chasquido. El hombre maldijo.

Otra vez volvió a abrir el arma y a mirarla. Quitó el portafusil y examinó el cerrojo. Tiró primero de él hacia atrás y luego hacia delante. Se rascó la cabeza. Movi6 el guardamano en direcci6n al ca6n y pas6 por all6 un trapo untado de grasa. Sopló en el interior del ca6n ardiente. Volvi6 a cerrar y a cargar. A levantarse. A apuntar.

Chasquido.

El hombre se sent6 a la sombra de los edificios, all6 donde hab6a un viejo banco de piedra. El siguiente rato lo pas6 bebiendo de una botella de cristal llena de un l6quido oscuro. A ratos maldijo. A ratos se rio. La cabeza le fue dando vueltas. Sintió algo en el 6ltimo momento. Entonces quiso girarse. Era tarde. El cuchillo, m6s bien una espada, lo golpe6 por la base del cuello y casi le seccion6 la cabeza. Cay6 con los ojos muy abiertos. El renco se alz6 sobre 6l. Lo mir6 y esper6.

Despu6s, cuando el otro ya estaba muerto, lo fue arrastrando por la plaza. Hab6a un hueco hondo y fresco en el suelo a trav6s del cual se percib6a, cubierta de cascotes, la silueta de un vag6n. Por all6 arroj6 el cuerpo. Luego fue regresando.

Al llegar a casa el renco se encontr6 con un gigante blanco y calvo. Los dos se miraron un instante. El gigante pareci6 preguntar algo con la mirada. El renco pareci6 asentir.

Soy Andera, la de los ojos transparentes. Os hablaré de Enis.

¿Qué sentí yo al saber que Enis estaba vivo, qué sentí al verlo otra vez ante mí, qué sentí al trabajar sobre su cuerpo con el peine de púas?

¿Por qué queréis que os mienta?

¿Acaso no os lo he dicho ya antes?

¿Acaso no os dije que ya no era aquella que vagaba por las casas llenas de polvo y que rompía sus trampas?

No, yo ya no lo era.

Él, en cambio, seguía siendo el mismo trampero.

Cada uno es lo que es.

El mismo que no hacía más que contar lunas y preocuparse por el nombre de las cosas.

Tatué su animal pero siguió viniendo. Siempre encontraba un pincel, algo de tinta para traerme. Nunca, y eso demuestra su inteligencia, me trajo un vestido o una joya. Encontré que había colores que se quedaban en las paredes y empecé a hacer dibujos. Por las tardes bajaba hasta los arcos y me sentaba al fresco a mirar la explanada. Kara, aquella esclava que me había llevado agua en mis primeros días allí, solía sentarse conmigo. A veces lo hacían otras mujeres. A todas horas estaban los niños, con los ojos inmensos.

Se sentaban con nosotras a oírnos contar historias.

Inventamos muchas. Los niños eran morenos.

Un día una mujer quiso que le hiciera un tatuaje. Yo se lo hice. Ella sí me dio una joya a cambio. Yo no la miré. La tomé y la guardé arriba, en una caja.

Llegué a tener muchas. Nunca las usé.

Pero os hablaba de Enis.

En sus ojos estaba todo. Todo lo que había sido. Lo que era.

Me lo dijo un día. Había caído la noche.

Yo lo esperaba.

Quiero, me dijo, que seas mi esposa. No he dejado de quererlo ni un solo día. Yo lo miré.

Mírame, le dije. Ya soy vieja. Hay muchas muchachas jóvenes. Alguna te querría.

Él movió la cabeza.

No me interesa ninguna joven, dijo. Yo te quiero a ti.

Y tú, me dijo, no eres la esposa de Taner. Así me lo dijiste.

No, le dije, no lo soy.

¿Entonces?, yo negué.

Yo quiero a otro, le dije.

¿A quién, dijo él, a un muerto? Yo lo miré con fijeza, él se retrajo.

¿Qué vas a ser, me decía, una viuda? Yo no le contestaba. Por las noches subía hasta las habitaciones de Taner y allí me tendía en el cuarto que había sido de Nere y mío. Mucho más tarde llegaba el propio Taner. Lo oía respirar, lavarse, acostarse. Yo esperaba en silencio hasta que escuchaba que su respiración se acompasaba. Entonces me dormía yo. Entonces me visitaban aquellos dos niños que miraban sin fin mi cuerpo devorado.

Tal vez por la mañana nos encontrábamos un momento Taner y yo. Él me miraba pasar y no decía nada.

Él nunca me llamaba para que lo masajeara ni para que fuera su esposa alguna noche.

No lo hacía, pero tampoco se subía a ninguna muchacha.

Todas lo hubiesen querido.

Una noche fui a la habitación de Enis. Se despertó y me miró con espanto. En la pared estaba la cuenta de las lunas. Yo me acerqué.

Dime cuál es, le dije, la luna en que nació mi hijo. Enis se levantó y me la señaló. Luego se quedó allí, como si el viento lo estuviera azotando y él no fuera más que una espiga de maicillo.

Y ahora, le dije, dime qué pasó con mi hijo.

Dime por qué no puedo ver su rostro en mis sueños.

Enis se sentó en la cama y, muy despacio, me fue contando la verdad. Otro día le pregunté si él había visto morir a Nere. Me dijo que no.

Me dijo lo que le habían contado.

Taner lo puso sobre dos estacas, así, en X, y ahí lo sujetaron.

Lo dejaron al sol durante varios días.

Luego Taner llevó unos perros y se los soltó.

Así me lo contó Enis una mañana. Después le dije que me contara cuántas lunas habían pasado desde aquello.

Tenía una vieja bolsa de piel. Tenía mis dos manos.

Enis ardía. Se consumía en brasas de dolor.

Yo sufría por él. Por su tristeza.

Yo, que estaba tan sola. Que no tenía a nadie.

Que no tenía consuelo ni familia.

¿Qué decís, que fui desleal, que fui cruel?

¿Que lo fui porque yo no lo quería como él me quería a mí? Tal vez lo fui.

Tal vez lo fui, pero él estaba solo y triste. Y yo también.

Y esa, y no otra, es la verdad.

Pensadlo, entonces.

Pensadlo pero recordad que los colores se pueden mezclar.

Que al amarillo se le puede añadir rojo. O verde. O negro.

Mejor pensad en eso.

Lo preparé todo una tarde. No me llevaba mucho. Los pinceles. Los libros donde habían pintado los muertos. Algunos vestidos. Unos zapatos. Lo demás se quedó allí. Lo preparé todo y cayó la noche. Llegó Taner. Me miró.

Me miró, respiró y pasó de largo. Lo oí echarse agua por el rostro. Era nuestra guerra. Fui a donde estaba él, pero se me llenó la garganta de lágrimas y no pude decir nada. Él se detuvo.

Puedes irte, me dijo sin mirarme.

Nada me importa.

Nada me importa porque ya eres vieja.

Porque ya no me gustan tus pechos ni tus nalgas. Ni nada de ti.

Tus manos tampoco tienen ya fuerza.

Así que sí, siguió, puedes marcharte. Puedes irte a donde quieras.

Ya no dijo más. Siguió lavándose.

Bajé por las escaleras y entré en la habitación de Enis. Estaba tendido en la cama, la espalda apoyada en la pared.

Júrame, le dije, que es cierto que Nere murió. Él lo pensó un momento.

Lo juro, dijo.

Yo fui a él. Sus brazos me esperaban. Llevaban mucho tiempo esperándome.

Un hombre vino corriendo. Un muchacho.

Un muchacho con la mirada sombría. Con la voz de un pájaro monstruoso.
Llamando a la muerte.
Habían atacado a Taner. Lo habían herido con un cuchillo.
Había muerto.

Los exploradores decidieron volver. El cojo corrió como el que más. En el edificio solitario todo era agitación y lamentos. En el sótano se encontró con los ojos de Taner. Andera estaba junto al gigante y sostenía un trapo contra su costado. El gigante respiraba con fuerza. Más allá había un guiñapo empotrado contra la pared. Un hombre muerto. Más cerca había otro hombre herido. Enis lo reconoció.

Dim, el hombre de la barba roja, el mismo que había cargado con Andera a través de la ciudad tanto tiempo atrás.

Había habido lucha junto a la noria. Le habían ido por detrás. Sin embargo, Taner había sido demasiado fuerte.

¿Y Cían, preguntaba, dónde está Cían?

Andera asistía al coloso. Los antiguos esclavos hervían de furor.

¿Y Cían?

Cían no estaba por ninguna parte. Alguien lo había visto huir hacia la rambla. Taner consiguió levantarse al fin. Apoyó la manaza en la pared y superó con su talla a todos los hombres del mundo. Sus ojos estaban fijos en Enis.

Los perros acorralaron a Cían en una hondonada. Los tres hombres, tres antiguos esclavos, lo vieron trepar desesperadamente a lo largo del vertedero y desaparecer al otro lado. Las tres manchas blancas lo siguieron como centellas. Se apresuraron.

Habían pasado cuatro días, pero para el fugitivo parecían haber pasado varios años. Llevaba los ojos descomunales de los animales acorralados. Sus labios eran dos heridas que sangraban. A Enis le pareció que sus manos, cuando las pudo ver de cerca, eran las garras de un pájaro. Blandía una maza con la que mantenía a los perros a distancia. Estos, después de haberlo puesto contra una pared ruinoso, no tenían prisa. Los tres hombres llegaron. Los perros amenazaban, se erizaban y volvían. Los ojos llenos de furia.

Tira eso, le dijo Enis a Cían, tíralo. El hombre lo miró.

No acepto, dijo, órdenes de esclavos.

Así que ven tú y quítamelo. Enis se sentó entre las piedras. Los otros dos hombres

hicieron lo mismo.

Tráemelo, Cojo, le había dicho Taner, las cabezas de los dos muy juntos.

Tráemelo, pero no me lo mates.

No lo mates ni tampoco dejes que se mate.

Lo bailaron, entre risas y gruñidos, durante horas. Lo acometían por un lado y se iban hacia el otro. Luego se apartaban. Lo tuvieron así hasta que no pudo alzar la maza. Fue entonces cuando Enis soltó a los perros. Cían aulló de dolor y el cojo se alzó sobre él, maza en alto, y descargó un solo golpe contra su pierna. Se sintió el crujir obsceno de los huesos. Cían calló. Despertó ya de noche para encontrarse de frente con los ojos de Enis.

Ahora, le dijo Enis con gravedad, el esclavo eres tú.

Pero, le dijo, ya somos dos los cojos.

Las heridas de los traidores fueron curadas. Taner así lo quiso.

Un mes estuvieron abajo, encadenados a las barras del sótano. Taner hizo sacar, de una habitación abandonada, varios sacos que desprendían un polvillo blanco. Fue a ver a Enis.

Búscame, en las casas de los muertos, dos calderos grandes. De hierro.

Dos calderos en los que quepa el pie de un hombre.

Que cubran hasta, al menos, la rodilla.

Una mañana los traidores fueron subidos hasta la explanada, Taner reunió a la tribu.

Trae, le dijo a Enis, agua y arena.

El agua y la arena, mezcladas con el contenido de aquellos sacos, se endureció en torno a los pies de los traidores. Cuando fraguó cada cual tenía un pie libre y otro dentro de una piedra inmensa. Taner volvió a mirar a Enis.

Que tengan agua. Y comida.

Y, siguió, si quieren irse, que se vayan.

Pero no pueden entrar en el edificio.

Tú, le decía a Enis, te encargas, Cojo.

Si quieren entrar los echas escaleras abajo.

Así los dejaron. Reptando como espantosas tortugas por alcanzar un recodo de sombra. Echándoles de la misma comida que se les echaba a los cerdos. Los hombres y las mujeres de la tribu se asomaban a verlos moverse, a pincharles las gigantescas úlceras que les fueron saliendo en la piel. Los niños les arrojaban piedras y les escupían. Enis llevaba la cuenta de las lunas. Una mañana vio que el cielo se oscurecía por el norte y fue a ver a Taner. Este lo miró con gravedad.

No, dijo el gigante, mejor déjalos.

Enis los dejó y como un huracán llegó la tormenta de arena. Durante seis días oscureció el cielo y bramó al otro lado de las ventanas cubiertas. A Cían lo encontraron cerca de las escaleras. Al hombre de la barba roja lo desenterró el propio viento semanas después. Se había ido yendo hacia la rambla.

Soy Enis, el cojo. Os contaré cómo fueron los tiempos de paz. Cómo se fueron amontonando las lunas.

Cada luna en el cielo era una señal en mi pared. No todas las marcas eran iguales.

Había una muesca en forma de triángulo sobre la luna en que Andera se vino conmigo.

Había una en forma de cuchillo sobre la luna en que Cían y Dim quisieron matar a Taner.

Había tres rayos de sol sobre la luna en que me vi ante un espejo y descubrí que mis cabellos se habían vuelto por completo blancos.

También mi barba.

Las lunas se amontonaban y no había nada que se pudiera hacer al respecto.

Fue por esa época en que me vi en el espejo cuando me pareció encontrar que las marchas largas me cansaban.

Fue por esa época cuando anduve pensando en la muerte.

No llegué a ninguna conclusión. No hay ninguna conclusión a la que llegar sobre algo así.

Y es que la muerte, aun en los tiempos de paz, estaba en todas partes. Andaba a todas horas susurrándonos al oído. Tal era su rutina.

Los niños nacían y luego se morían. Porque sí. Sin que supiéramos cómo ni por qué. Morían los más mayores. Moría cualquiera. Podía ser una fiebre. Podía ser una caída que tronchaba una pierna. Podía ser cualquier herida. Podía no ser más que el sol quemando una cabeza hasta hacerla hervir. Si escaseaba el perejil, entonces florecían manchas rojizas en las piernas de los niños. Entonces a los adultos se les ponían negras las encías y les sangraban los pies. A veces a los más mayores les salían agujeros brillantes en la piel. Tal vez junto a un labio. Entonces la carne se les caía a pedazos y morían de una forma maloliente y cruel. A veces, simplemente, las personas se encogían en un rincón.

A veces el maicillo florecía y otras veces se corrompía y se ponía negro. Entonces había que abrir los depósitos y comer menos. Entonces a todos nos salían huesos por debajo de la piel y los más débiles se dejaban ir. Así éramos, a veces más y a veces menos. Lo mismo sucedía con las ovejas, con los cerdos. Los exploradores teníamos que irnos cada día un poco más lejos para encontrar madera y ropas.

Para mí, debo decirlo, fueron tiempos felices. Tenía a Taner. Tenía a Andera. Ella volvió a sonreír y por periodos sus huesos desaparecieron y sus pechos engordaron y sus ojos brillaron. Por supuesto ella quería seguir amando a un fantasma y yo lo sabía. Pero los muertos no vuelven y ella sí había querido volver a mí. A ratos ella miraba a los niños y se quedaba muy quieta.

Hay un niño, le dije un día, cuyos padres han muerto de las fiebres.

Necesita un hogar. Andera me miró.

No, dijo.

Lo dijo porque le dio miedo que el niño también se le muriera. Al final se quedó con otra familia y también se murió de fiebres. Ella soñaba con el árbol y los pájaros y los niños. Un día pudo ver ya el rostro de los dos.

Fue un tiempo de paz. Las cadenas de los esclavos quedaron apartadas en un rincón y el polvo las fue cubriendo. Nadie parecía añorarlas. Los hombres y las mujeres empujaban la noria y subían el agua, tal y como Andera me dijo que Taner había dicho. Andera pasaba las tardes bajo los arcos. Pintaba y hacía tatuajes. A veces las mujeres se acercaban a hablar con ella. Le pedían consejos. Yo le buscaba imágenes y se las llevaba para que no se le acabara la imaginación.

Ella, hay que decirlo, le dio alegría a la tribu en los malos días. En cada habitación había un dibujo hecho por ella.

Eran, así lo afirmo, tiempos de paz. Tiempos plácidos. Los días se amontonaban lentamente y cada buena cosecha, cada parto, era una promesa.

Sin embargo eran días prestados. Las lunas que componían eran lunas muertas.

Ven, Cojo, me decía Taner. Ven. Vamos a explorar.

Cada vez llevábamos agua y comida para varias noches. La ciudad infinita siempre tenía otra avenida, otra sombra. Había zonas en las que las puertas y las ventanas estaban intactas y era posible pensar que nadie, aparte del tiempo, había pisado aquellas calles en muchas veces cien lunas. A veces eran altos edificios. A veces eran casas blancas y bajas ante petrificados jardines.

Ven, Cojo, me decía Taner. Apártate ahora. Entonces golpeaba con la maza. Sus golpes eran poderosos, incontenibles.

Los armarios, Cojo, me decía. Ve a los armarios y olvida lo demás.

Los armarios. Algunos había que hacerlos saltar con las mazas. Buscábamos lo mismo que había buscado Cado tiempo atrás. Cado, al que yo había matado aquella tarde. A veces encontrábamos un rifle. Una escopeta. Una pistola.

Tiene, decía Taner, que haber balas. A veces las había. Otras no. Taner llevaba trapos y herramientas en su alforja. Lo ponía todo sobre las mesas abandonadas.

¿Ves, Cojo?, me decía. Hay que quitar esta parte. Así.

Y luego sacar esto otro. Yo lo miraba. Su frente se llenaba de sudor por el esfuerzo y la concentración.

Las armas de fuego, Cojo, se secan. Hay que cuidarlas. Ya te lo dije una vez, ¿lo recuerdas? Después armaba el arma y se acercaba a la ventana. Apuntaba.

A veces sonaba el disparo. Entonces sonreía.

Otras veces no sonaba nada. Entonces negaba y volvía a la mesa y al trapo y a las herramientas. Había varillas, muelles, tornillos. Por las noches encendíamos nuestras hogueras y las oíamos sisear. Preparábamos nuestras sémolas.

Ten, Cojo, me decía Taner, prueba.

Primero, me decía, hay que saber desmontar. Y luego montar. Mis dedos eran grandes y toscos. Él tenía paciencia.

Esto, me decía, es un destornillador. Prueba tú.

Ahora apunta, Cojo. Hacia allá.

A veces no sucedía nada. Solo un clic.

Otras veces era el disparo.

Bum. Y algo estallaba. Más allá. A lo lejos. Taner me miraba.

No puedo, decía, enseñar a todos los hombres a disparar.

En realidad, decía, no debería enseñarte ni siquiera a ti, Cojo.

Si solo un hombre sabe disparar, decía, entonces ese hombre puede estar más o menos tranquilo.

Pero si ese hombre enseña a otro a disparar, entonces su tranquilidad se ve reducida a la mitad.

La suya a la mitad y el segundo, de pronto, empieza a pensar.

Ideas raras empiezan a pasarle por la cabeza. Ideas de poder, Cojo.

¿O crees que Cado es al único que hubo que matar?

No, negaba. Hubo otros antes.

Él hablaba y yo lo miraba. A ratos caía en profundos silencios. Si por las noches suspiraba, entonces las estrellas se estremecían en el cielo.

Nuestro tiempo, Cojo, dijo una noche, el capote echado por encima, la piel blanquísima resplandeciendo a la luz de la hoguera, se acaba.

El mundo, decía, fue una cosa antes. Y ahora es esta otra.

Pero esta que es ahora se acaba también.

Se acaba porque somos demasiado frágiles. Porque lo que anda permitiendo que sobrevivamos se agota.

Porque no somos más que briznas de hierba, Cojo.

Briznas que se lleva el viento.

Tenía una rama en la mano. La arrojó al fuego. Escupió y el fuego respondió con un chispazo.

Un día Taner se detuvo al borde de un viejo parque. Entre montoneras de grava asomaban matas amarillentas y quemadas por el viento. Al final había un grupo de edificios blancos y chatos. Yo esperaba. Él me miró.

Ven, Cojo, me dijo, te mostraré algo.

Las paredes de los edificios estaban manchadas de una lluvia rojiza. Un sendero asfaltado corría entre ellos. Atravesamos patios llenos de herrumbre y de sombras. Subimos unas escaleras. En cada rincón destellaban recuerdos de antiguas batallas. Taner movía la cabeza mientras me relataba.

La lucha principal, decía, tuvo lugar aquí.

Arriba, decía, fue donde se parapetaron. Nosotros estábamos abajo. Encendimos hogueras para apartarlos de las escaleras y poder subir.

Subimos entonces, Cojo, entre el humo. Arrancamos las puertas para que nos sirvieran de escudos.

Ante nosotros había una gran sala que había sido despejada de muebles por completo. Solo quedaba un sillón ante una ventana. En él se sentó Taner. Allí se

quedó largo rato en silencio. Yo esperaba.

A veces, decía, vengo aquí. A sentarme.

A pensar, Cojo. Sobre la vida.

Ven, Cojo, me dijo aún Taner aquella tarde. Subamos arriba.

Había una escalera y al final un amontonamiento de muebles que ocultaba una puerta. Taner los miró largo rato antes de decidir que podíamos quitarlos. Más allá de la puerta había una terraza. Taner me condujo hasta una pared. Había un grifo.

Ven, Cojo, me decía. Prueba. Así.

Yo accioné el grifo como él me dijo y hubo un borboteo semejante al que había siempre en mi viejo pozo, allá en la ciudad de paredes negras y calles estrechas, cada vez que yo accionaba su válvula. Hubo el borboteo y luego cayó sobre mi mano un chorro de agua transparente. Yo miré a Taner. Él sonrió con tristeza. Más tarde me mostró dónde estaba el aljibe y abrió la trampilla desde la que se accedía al agua. Se movía abajo, oleosa y fresca. Yo lo miraba. Y él a mí.

Hubo un pozo, abajo, me dijo. Pero se secó hace tiempo. Esto, señaló, no es más que un depósito. Nada más. Tenlo en cuenta.

Abajo me mostró una habitación en la que se amontonaban sacos llenos de cereal. Volvió a mirarme.

Traeremos más sacos, dijo.

Los apartaremos.

Luego los traeremos.

Pero lo traeremos, dijo, en secreto. Sin usar los carros, ¿entiendes?

Los traeremos, pero no se lo diremos a nadie.

Ni siquiera a Andera, Cojo.

Eran días prestados, no obstante. Lunas muertas.

Un día regresaron los exploradores. Venían corriendo, agitados.

Hay, decían, otros hombres. Hombres con las caras pintadas de blanco.

Están más allá de la rambla.

Más tarde supimos que avanzaban. Llegada la madrugada, vimos sus antorchas a lo lejos. Al amanecer vimos sus venablos, sus miembros oscuros, sus caras pintadas, sus viejos sombreros. Caminaban y gritaban, como si pretendieran intimidarnos. Taner daba órdenes.

Había que levantar barricadas ante las puertas.

Había que vaciar los depósitos de cereales y de agua. Llevarlo todo arriba.

Había que esconder a los animales.

Con las mazas derribamos paredes y amontonamos los escombros junto a las ventanas. Las mujeres prepararon calderos con agua y aprestaron hogueras. Cualquier cristal que pudiera encontrarse fue molido y depositado en cuencos y llevado con todo lo demás. Taner bajó de las habitaciones con dos de los rifles y me tendió uno. Andera y él se miraron un momento.

Se miraron un momento y brotó entre ellos una chispa antigua. Yo aferré mi rifle pero Taner no me miró. Los ojos de Andera resplandecían.

Mañana, decía Taner, vuelve a empezar el mundo.

O volverá a empezar. Si tenemos suerte.

Mañana, decía, deberíamos morir todos y cada uno de nosotros.

Y eso, decía, sería lo normal.

Y, siguió con una sonrisa, si no morimos mañana, si volvemos a ver el sol, será porque habremos vuelto a nacer.

Porque habremos vuelto a surgir, bañados en sangre, del vientre de nuestras madres.

Taner hablaba y sonreía. Su piel blanquísima brillaba a la luz de las antorchas. Andera lo examinaba. Otra vez apreté mi rifle. Otra vez Taner no me miró.

La noche fue oscura. Se acercaron y disparamos desde las ventanas. Se retiraron.

Quedaron algunos hombres tumbados en la explanada. Con el día se fueron llenando de moscas. Taner mató a dos que se acercaron a apartarlos del sol y ya no vino nadie más. El día transcurrió pesado. Un día de ventanas y de ahogos. Llegada la noche, de nuevo los perros se agitaron y volvimos a disparar. Eran muchos y traían un arma nueva. Una que les permitía lanzar piedras desde mucha distancia y con fuerza suficiente como para derribar a un hombre. Sus disparos sonaban como truenos contra las puertas que usábamos como escudos. Desde las ventanas arrojábamos los cuencos llenos de cristales. Las ollas llenas de agua hirviendo. Taner dio orden de soltar a los perros. Volaron como centellas blancas.

Tras ellos fuimos nosotros. Taner llevaba una pistola en una mano y una maza en la otra.

La mañana fue blanca y neblinosa. Un sopor pesado ascendía de la explanada.

Un perro gemía espantosamente en el polvo. Un hombre se acercó y lo remató con la maza.

¿Visteis, gritaba Taner, a sus mujeres, a sus hijos?

No, decía, no los visteis.

Porque no los trajeron.

Porque los que vinieron no eran más que soldados. Solo eso.

Y vosotros sabéis dónde viven. Estuvisteis allí.

Y ahora ellos ya saben dónde vivimos nosotros.

Es por eso, decía, por lo que hay que mandar un mensaje.

Es por eso, decía, por lo que hay que matar a todos los que podamos.

Ahora, decía, que realmente podemos.

Yo tenía en la mano uno de los tirachinas que habían traído consigo los enemigos. Había una cazoleta para poner en ella las piedras y el impulso se obtenía con tiras hechas con las tripas de algún animal. Uno de aquellos me había herido y no podía mover una mano. Taner me miró.

Quédate, Cojo.

Quédate y cúrate. Sobrevivirás.

Volvemos enseguida.

Eso dijo Taner y yo lo vi marchar junto a otros hombres y los perros que quedaban. Se sabía que los enemigos llevaban muchos heridos. Se sabía que el grupo principal los iba dejando atrás, a su suerte.

Se sabía eso, pero después no se supo más.

Mi mano se curó, pero el grupo de Taner no volvió. Cada noche lo esperábamos en lo más alto del edificio. Perforábamos la oscuridad azul y negra de la noche pero no volvía nadie.

Soy Andera, la de los ojos transparentes. Dejadme romper el silencio, un momento, con mi voz.

Bodo.

Bodo no era más que un muchacho. Solo eso.

Un muchacho rodeado por otros muchachos.

Había pocos hombres. Pocos guerreros.

Unos habían muerto. Otros habían marchado con Taner tras el enemigo.

Otros habían sido esclavos tiempo atrás, lo que lo hacía impensable.

Así, fue Bodo.

Fue Bodo mientras esperábamos a Taner. Mientras esperábamos que Taner volviera.

Cada mañana, cada tarde, nos sentábamos bajo los arcos a mirar hacia la explanada, a tratar de descifrar las sombras que se agitaban más allá de los edificios. Descifrar la noche, con una sola estrella. Kara se sentaba conmigo, en el polvo, y esperábamos.

Esperábamos pero nunca venía nadie. Nunca había una silueta, un grito que nos confortara.

Los días pasaban en un silencio profundo. Había muchos heridos. Cada día había un muerto nuevo. Los niños se movían por la casa como si no tuvieran fuerzas para ser ellos. Como si anduvieran guardando fuerzas para los tiempos por venir.

Tal vez ellos, a su manera, lo presintieron.

Lo presintieron como presentían los animales las tormentas de arena.

Es una historia triste. Como las que os gustan a vosotros. Os la contaré.

Pasó una luna. Luego otra. Enis llevaba la cuenta en su pared. Nadie volvía.

Nadie volvía pero gruñían los animales en las cuadras. Pero el maicillo se agitaba en el patio.

Nadie volvía pero en torno a los niños se agitaban los blancos cachorros.

Nadie volvía y la gente empezó a pensar que se podría vivir sin Taner.

Se equivocaban.

Porque la vida no seguía. Se acababa. Una noche Enis subió del sótano con los ojos espantados.

Baja, me dijo, a verlo por ti misma. Yo lo miré y por la mañana bajé a ver. Había gente allí. Un grupo de hombres movía la noria, la empujaba. Sin embargo algo pasaba. Del caño no brotaba el chorro denso de cada día sino un hilo fino y

transparente, quedo y mustio. El propio Bodo paseaba arriba y abajo a grandes pasos, la larga cabellera negra rebotándole en la espalda.

Si no hay agua, decían todos, no podremos cocinar. No podremos lavarnos cada mañana.

No podremos sembrar el maicillo.

No podremos beber.

Se morirán los animales.

Nos moriremos todos.

Morir. Eso era lo que no querían. Sufrir.

El agua, parecían decir sus ojos, siempre estuvo aquí.

El agua era nuestra. Nos pertenecía.

Eso parecían querer decir sus ojos. Sus ojos llenos de estupor. El sótano, acostumbrado a estar solo, tuvo de pronto que acostumbrarse a escuchar sus voces y su respiración. Miraban y acercaban la mano. Como si su presencia o sus dedos pudieran originar un milagro.

El pozo era un cilindro de cemento y metal, alto como un hombre, que brotaba del suelo. Ninguno sabíamos lo que había dentro.

Sabíamos que, al accionar la noria, salía el agua.

Deberíamos, decían algunos, romper. Romper y llegar hasta el agua.

El agua estará abajo. En algún sitio. Podríamos sacarla en cubos. Otros se opusieron.

¿Por qué, decían esos otros, romper?, ¿por qué romper si aún sale agua?

¿No deberíamos esperar a Taner? Eso hizo que Bodo torciera la boca. Aquella boca cruel.

Rompieron, por supuesto. Eso hicieron.

Rompieron pero dentro no había agua sino un hueco y unas aspas de metal.

Arrancaron las aspas de la noria. Alzaron a un hombre hasta el hueco.

Un hombre con un martillo que empezó a golpear contra aquellas aspas, a abrirse camino hacia abajo. Enis miraba y sacudía la cabeza. Cuando aquel hombre volvió a emerger, se alzó y miró un rato.

Martilleaban sin descanso, arrancaban pedazos de metal. Enis sacudía la cabeza.

Hay un cilindro, así, me decía, me dibujaba en el polvo que cubría el suelo.

Y por dentro del cilindro van unas aspas, así.

Pero el cilindro, me decía, no baja recto, sino inclinado. Así.

Al mover la noria, decía, se mueven las aspas.

Son las aspas las que recogen el agua del fondo. Las que la van subiendo.

Sin las aspas, decían, no se podrá subir agua. Yo lo miraba.

¿Y entonces?, le dije. Él me miró.

Él me miró y luego se encogió de hombros y no dijo nada.

Los hombres subían y hablaban. Había reuniones a cada hora. Supimos que el cilindro, pasados unos metros bajo tierra, se estrechaba. Que luego se estrechaba más aún. Los hombres regresaban cubiertos de porquería. Una porquería que rezumaba sangre. Algunos enfermaron.

Regresaban cubiertos de mugre y sangre y espantados. Por aquella oscuridad.

Fue Nur, el marido de Kara, el que primero tocó el agua.

Primero gritó desde muy lejos. Subió sacudiendo la cabeza.

Hay una cueva, dijo, que se pierde hacia la oscuridad.

Pero en el suelo, dijo, no hay más que dos dedos de agua. Solo eso.

Hubo, otra vez, reuniones, lamentos. Porque no se podía arrojar un cubo. Porque había que bajar con un cubo y luego llenarlo con cuencos más pequeños. Bodo hizo que se establecieran cadenas humanas.

Cadenas humanas de diez hombres, pues tal era la profundidad.

No todos, además, cabían por aquello.

Alguien propuso que bajaran los niños. Las madres se negaron.

Bajamos, por supuesto, las mujeres. Bajé yo.

Bajé con Kara. Kara era la que estaba abajo del todo, llenando con cuencos el cubo. Tenía que estar agachada, chapoteando en un negror incomprensible. Yo le sostenía la mano.

Después Kara me daba el cubo y yo me arrastraba un par de metros y se lo daba a la siguiente mujer.

Todas llorábamos.

A veces a alguien se le resbalaba el cubo y había que volver a empezar.

Ninguna podía dormir por la noche.

Se sacaba, además, muy poca agua.
Mucha menos de la que se necesitaba.

El marido de Kara se llamaba Nur. Ya os lo dije.

Él nunca había sido esclavo y por eso estaba en el consejo. Era delgado, pequeño, con una gran cabeza.

Por las noches nos sentábamos los cuatro en la parte de atrás. En la zona que quedaba entre las cuadras y el cementerio. Nur nos hablaba.

Fue él quien nos dijo que los depósitos de agua estaban bajando lentamente.

Quien nos dijo que en adelante el agua iba a estar racionada.

Que iban a poner guerreros ante los depósitos para que la gente no robara.

Fue él quien nos contó una conversación que había tenido lugar una tarde en el consejo.

¿Por qué, se habría dicho, deben los guerreros bajar a por agua?

¿Es ese, acaso, un trabajo para guerreros?

¿No deberían ser los esclavos los que hicieran ese trabajo?

Aquello había sido dicho y había habido protestas y profundos silencios. Luego había seguido la discusión.

¿Por qué, se había dicho, los esclavos son libres?

¿No deberían volver al sótano, a las barras?

¿Qué elegiréis?, había dicho Bodo, ¿alimentar a un cerdo o a un esclavo?

¿Alimentar a una oveja o a un esclavo?

¿No será, decía, que ahora somos demasiados?

¿No será que deberíamos ser menos?

Pensadlo, decía, y elegid.

Pensad, decía, que si fuéramos menos no sería necesario sacar tanta agua.

Pensad, decía, que es necesario que haya agua para que haya comida.

¿Qué elegiréis, entonces?

¿Elegiréis que nos muramos todos de hambre?

Por las noches se debatía en el consejo. Después nos sentábamos los cuatro, al fresco. Nur y Kara tenían dos hijos. Un niño y una niña. A veces la niña venía hasta mí y se acurrucaba en mis brazos y se dormía.

Fue ella la que señaló, un atardecer, a una figura que se acercaba, tambaleándose como un fantasma.

Todos corrimos.

Yo corrí entre los remolinos de polvo. Fui la primera en llegar.

Era mío, y eso debéis entenderlo. No podía ser de nadie más.

Un hombre caminaba, vacilaba, trastabillaba. Parecía, a cada paso, estar a punto de caer.

Era inmenso. Tenía una gran cabeza.

Yo corrí. Entre los silenciosos remolinos de polvo. Bajo la luz anaranjada. Llegué la primera.

Era mío. No podía ser de nadie más.

Yo era su amiga y su enemiga. Yo había sido su esposa.

Enis lo vio, claro. Pero lo entendió.

A fin de cuentas, Taner era su dios.

Deberíamos, dijeron los jefes, matarlo.

Matarlo ahora. Matarlo ya.

Así nos lo contó Nur. Sin embargo, no se decidieron. Tampoco hizo falta.

Lo llevamos a una habitación. Ya no era él.

Su respiración era la misma de siempre. Su cuerpo, en cambio, se había consumido. No eran aquellos sus hombros ni su cuello. Yo le refresqué la frente y el pecho. Él se estremeció.

¿Eres tú?, me dijo.

¿Me reconoces, le dije yo, a través de los ojos cerrados? Él sonrió.

¿Podría, dijo, confundir tus manos con las de nadie más?

Abrió los ojos y estos sí eran los mismos que habían sido. Hermosos y poderosos. Mirándolo en la oscuridad me dije que tal vez Enis tenía razón también en aquello. Descansa, le dije. Más tarde él me contó su historia.

Habían marchado a lo largo de la ciudad tras los enemigos. Habían matado a muchos. Había tenido lugar la última batalla. Me relató cómo había muerto el último de nuestros perros, cómo había sido disparada la última bala. Cómo había huido a través de los edificios. Acosado. Acorralado. Sonreía.

Eran muchos hombres.

Pero yo, sonrió, era Taner.

Me bebí su sangre. Me comí su carne.

Me quedé, al fin, junto a una ventana. En el suelo.

Me quedé, me dijo, pero no llegó la muerte.

No llegó y un día empecé a andar. Apenas recordaba el camino. Busqué la rambla. Me perdí.

Yo le conté nuestra situación. Le dije que sería preciso, tal vez, cavar un pozo. Él me miraba. Me miraba pero no quería hablar de esas cosas.

¿Sabes ya, me decía, quién habrás de ser cuando te alcance la muerte?

No, le dije yo. Él sonrió.

Eso, dijo, es bueno. Eso quiere decir que la muerte es para ti todavía algo lejano. Eso, dijo, me alegra. Luego me dijo que él sí sabía quién había de ser.

Seré, me dijo, aquel que no pudo conseguir que tú lo quisieras.

Su mente, a ratos, se confundía. Como lo hacían sus ojos. Otras veces me miraba.

Un día, me decía, cayó agua del cielo. Yo lo vi.

Podías, decía, tomarla en las manos. Beberla.

No había que hacer nada a cambio de ella. Yo le sonreía. Él tosió. Otro día se acercó mucho a mí. Me habló al oído. Su voz era fiera.

Enis, me dijo, cuidará de ti. Él sabe cómo. Yo le expliqué cómo. Habla con él.

Dile que te lleve al viejo parque. Al norte. Al parque de los edificios blancos.

Un amanecer estuvo tosiendo y hablando en un idioma extraño. Tendió la mano y la agarré con fuerza. Mi mano, tan morena, tan pequeña, se perdió en mitad de aquella inmensidad blanca. Él abrió los ojos.

Ah, dijo él, la vida podría haber sido de otra manera.

Y me pregunto, dijo, qué habría pasado entonces.

Cómo, decía, habría sido.

Soy Enis, el cojo. Éramos seis. Con los dos niños.

Cada noche soñaba con mi cuna bajo el agua. A veces el animal blanco se acercaba hasta mí y me daba con su pata. Otras veces se quedaba lejos, flotando en aquel mundo verdoso. Otras veces se sentaba sobre la roca y me miraba. Una vez me habló.

Me habló y su voz era la de Taner.

Se había inclinado sobre mi oído y respiraba. Oí su voz. Su voz de dios.

¿No te dije, Cojo, decía, que nuestro tiempo se acababa?

¿No te lo dije?

¿Y a qué esperas, Cojo? A qué esperas.

Éramos, seguía, su voz susurraba, demasiado frágiles, Cojo.

Bastó un soplo de viento para que nos desmoronáramos al suelo.

Para que la espiga de maicillo que éramos se helara y se volviera negra.

¿Recordarás, Cojo, me decía, dónde está el agua, dónde los depósitos de cereal?

¿Recordarás eso?

Sí, le dije yo, lo recordaré.

Nos fuimos en la noche oscura. Éramos seis, contando a los dos niños. Al amanecer ya estábamos lejos.

Las ovejas entraron lentamente en la plaza. Se apelotonaron en la zona donde daba la sombra.

El amanecer había sido aceros y grises. Largas tiras de nubes que se deshilachaban conforme la luz crecía. Los balidos me habían ido guiando a través de las calles como cañadas. Me había abierto camino a través de una de las torres y había esperado. Las ovejas blancas y gordas y el pastor moreno. Un cachorro brincando a su lado.

Desde lo alto lo vigilé largo rato. Lo dejé pasar. Esperé junto a la ventana.

Por si alguien pudiera irle detrás. Algún explorador.

Los balidos desaparecieron en la distancia y volví a bajar. Rodeé por la zona de las estatuas y esperé en la plaza. Otra vez arriba. Ante mi ventana era lentamente comida por el tiempo la imagen de una mujer muerta muchas lunas atrás. Una mujer vestida de blanco y que sonreía.

Oí a las ovejas mucho antes de verlas. Fueron entrando. Amontonándose en la sombra. Entre quejidos ramoneaban las pocas matas amarillentas que sobresalían del asfalto. Sus balidos volaban entre las paredes y generaban un estruendo de rebotares y tormentas. Yo miraba al pastor.

Era un hombre alto y fuerte. Se llamaba Urban.

Se llamaba Urban y había sido uno de los cómitres que me habían azotado cuando fui un esclavo en el sótano.

Esperé largo rato. A un lado tenía mi rifle. Al otro tenía las dos garrafas llenas de agua y la bolsa con cereal. Me lo eché todo a la espalda y bajé. Me mostré y el cachorro ladró. Urban se asustó y alzó la maza.

¿Y Nur?, me gritó desde lejos.

Está enfermo, le dije. Por eso he venido yo.

Urban me miró un momento mientras se rascaba la cabeza. Nos sentamos los dos a la sombra, en un viejo banco de piedra. Nos sentamos. Nos miramos.

Este, señaló al cachorro, es el último perro que queda.

Bodo y sus hombres mataron a los demás.

Los mataron porque beben agua, ¿entiendes? Porque comen carne.

Y no hay, Cojo. Los cerdos han muerto. Enfermaron y hubo que matarlos. Yo lo miré y le pregunté por los esclavos. Él miró a lo lejos.

Bodo los hace bajar al pozo. Una noche fue con sus hombres y los apresó a todos y los devolvió al sótano y a las cadenas. Hubo muertos.

Ahora los hace bajar. Suben llenos de heridas. Las heridas se les ponen negras.

Luego, se encogió de hombros, se mueren. Yo no dije nada. El cachorro estaba a nuestros pies, respirando, la lengua colgando fuera de la boca. Urban lo miró.

Él ya no vive en el viejo edificio, me dijo. Lo tengo en otro sitio. Cada noche lo ato y cada mañana paso a por él.

Somos, me decía Urban, el pastor, solo mi esposa y mi hija y yo.

Y mi hija es todavía una niña, Cojo. Pero yo te la daría.

Como esposa.

Un hombre, Cojo, puede tener varias esposas en estos tiempos. Si tiene agua y cereal.

Yo saldría una mañana con las ovejas y no volvería.

Todas estas ovejas serían vuestras, Cojo. Nuestras. En tu nueva casa.

Piénsalo, Cojo. Yo lo miraba y acariciaba mis viejas cicatrices. Aquellas que me quedaban de cuando él me había azotado con las varas junto a la noria. Le dije que tenía que consultarlo con los demás. Él se quedó pensativo un momento.

Piensa, Cojo, que yo ya formo parte de vosotros. Piensa en lo que me haría Bodo si se enterara de que estoy aquí contigo.

Piensa, sonrió, que yo podría, también, decirle a Bodo dónde me reúno con vosotros. Él sonrió y yo sonreí. Acaricié el fusil, señalé hacia los edificios.

Piensa tú, le dije, desde cuántas ventanas podría yo matarte.

Piensa, le dije, de quién serían esas ovejas si tú yacieras aquí muerto en el suelo. Él sacudió la cabeza.

¿Qué le pasa a Nur?, me dijo. Yo le expliqué. Él sacudió la cabeza. Abrió su alforja.

Te he traído sal, me dijo.

Y perejil, dijo. Lo dijo y se quedó quieto un momento. Necesitarás más.

Yo puse a su lado las dos garrafas de agua y la bolsa de cereal. Él miró hacia las ovejas.

Coge una grande, dijo. Dile a Nur que yo se la brindo. Nos miramos. Me eché el cordero sobre los hombros y nos despedimos. Aún lo vigilé largo rato desde una ventana. Un hombre pensativo, solo, con un perro en los pies. En los edificios blancos me esperaban los enfermos. Les di agua y los refresqué. Me senté junto a Andera y empecé a cortarle pedazos de hoja de perejil y a metérselos en la boca.

Tienes que comer, le decía. Esto te pondrá bien.

Luego me fui hacia los niños. Tenían los pies hinchados y blandos. Llenos de úlceras rojizas que sudaban, lentamente, una sustancia acuosa.

Nur se incorporó. Abrió los ojos. Me miró. Esperó.

Tu esposa, le dije, ha muerto.

Tu hija también.

Se les llenaron las piernas de líquido.

Se les pusieron los ojos amarillos, las encías negras. Temblaban.

No pude hacer nada, Nur, le decía, y lo lamento.

Pero Andera y tu hijo están bien. Y vivirán. Y tú también.

Si quieres.

¿Querrás luchar, Nur?, ¿querrás vivir?

Nur me miró un momento. Luego dijo que sí. En la vieja chimenea hice la sémola y le fui añadiendo pedazos de carne seca. Le di agua y más perejil. Andera, recostada en un rincón, me miraba.

Otra vez, me dijo. Yo la miré.

¿Otra vez qué?, le dije.

Otra vez te has ocupado de todo, Cojo.

Otra vez me has salvado la vida. Yo la miré y me encogí de hombros.

Todavía, le dije, es pronto para eso.

Todavía es pronto.

Vigilábamos la zona de la antigua estación. Lo hacíamos porque teníamos miedo. Porque necesitábamos saber.

Éramos sigilosos. Nos movíamos en la oscuridad. Éramos como ratas arrastrándose por la rambla. Un día Nur se lo había preguntado a Urban, el pastor. Este había sacudido la cabeza.

No, había dicho. Ya no.

Os buscaron antes. Los primeros días. Ya no.

Tienen otros problemas. Bodo finge que no le importa.

Eso había sido tiempo atrás. Sin embargo vigilábamos. Porque necesitábamos saber. Un atardecer hubo altas columnas de humo que ennegrecieron el cielo.

En la parte alta de la explanada, más allá del cementerio, nos detuvimos. Las columnas de humo venían de la parte opuesta. Hacia el sur. En las primeras sombras de la noche vimos a un grupo de hombres volviendo y nos aplastamos, los rifles dispuestos, contra el suelo recalentado. Los dejamos pasar, los vimos desaparecer dentro del edificio silencioso y oscuro. Fuimos bordeando entre las casas, en dirección a la rambla. Las hogueras crepitaban y lanzaban siniestras pavesas al aire espectral. Un olor espantoso inundaba la noche.

Miramos aquello desde las sombras. Nos acercamos.

Brotaban manos, cabezas, pies. Pies unidos por cadenas a otros pies. Muecas espantosas que lentamente consumía el fuego. En el humo flotaba una cualidad extraña, que quería escapar del mundo, que quería marchar hacia la luna anaranjada y espantada. Hacerla comprender.

Nos movimos entre las sombras. El edificio de la antigua estación se alzó ante nosotros. No percibimos ninguna luz.

Había algo abominable en la noche. Algo tétrico. Desesperado.

En la explanada el aire parecía directamente querer explotar.

Un tambor empezó a resonar. Lo fuimos siguiendo. Volvimos así a pisar las escaleras. Volvimos, dos sombras agazapadas, a pisar las silenciosas cuerdas. Nada respiraba en los pasillos junto a los depósitos. Un rumor venía del gran patio donde antes habían estado las plantaciones de cereal. El rumor se acompañaba al latido del tambor. Había varias personas allí, alumbradas por antorchas. Yo las conocía a todas.

Alguien había tendido una larga viga de madera sobre la estructura del patio. De la viga colgaban varias cuerdas. De las cuerdas colgaban confusos restos semejantes a trapos. Fue muy rápido.

De la puerta que daba a la gran sala surgieron varios hombres. Llevaban con ellos a uno que gritaba y se resistía.

Un hombre alto, robusto, con la cara cubierta de sangre fresca.

Un hombre alto que no era otro que Urban, el pastor.

Fue muy rápido. Casi natural.

De pronto estaba derribado en el suelo y de pronto tenía las piernas sujetas con una cuerda. Lo izaron, cabeza abajo, colgando de la viga. Urban se agitaba y gritaba. Brillaron, entonces, los cuchillos.

Brillaron los cuchillos pero yo no me moví. Tampoco se movió Nur.

Teníamos las armas en la mano. Pero no nos movimos.

Urban, en cualquier caso, tampoco gritaba ya. Tampoco se movía.

Solo el balanceo de la cuerda.

Bajo su cabeza había sido puesto un gran caldero. Allí goteaba la sangre.

Primero fue un río. Luego un arroyo. Resonaban los tambores y esperaban los hombres. Afilaban los hombres sus cuchillos.

Entonces fueron cortando, separando. Los intestinos de Urban chapotearon, azules, en el suelo.

Traidor, le gritaban al cuerpo sin vida. Traidor.

Cada pieza fue separada cuidadosamente. Puesta sobre un trapo. En un caldero.

La cabeza aparte.

Puesta en el suelo y separada del resto parecía mucho más pequeña.

Dos hombres agazapados. Temerosos. Y la noche sin fin.

Una niña se había ido. Una niña gritando.

Un grito horrible en la noche desesperada. En la noche que al fin explotaba.

El corro de hombres moviéndose como uno solo. Cerrándose. Los cuchillos, otra vez, brillando.

La noche, al fin, descubriendo su propósito.

La noche explotando y Nur avanzando. Nur, el que había perdido a su hija, gritando a lo largo del patio. Los hombres apartándose, moviéndose ante la visión de los rifles alzados. Apartándose de sus oscuras bocas, llenas de lúgubres presagios.

Las antorchas reflejaban nada más que ojos llenos de rabia. Llenos de furia. Llenos de hambre. Yo los conocía a todos. Sabía sus nombres.

Los sabía pero había algo nuevo en sus rostros. Algo enfermo.

Apartaos, gritaba Nur. Dejadla. Yo me eché el rifle a la cara y Nur se adelantó y recogió a la niña de donde había caído. Bodo me miraba con odio y sonreía. Llevaba una cuchilla en una mano y en la otra una pistola. Me miraba a mí y miraba al arma con la que le apuntaba al corazón. Sonrió y su sonrisa fue espantosa.

¿Estás seguro, Cojo, me dijo, de que ese rifle funciona?

¿Estás seguro?

Porque a veces, sonrió, uno encuentra armas por ahí, por cualquier sitio.

Uno encuentra armas, Cojo, y quiere disparar con ellas.

Quiere disparar pero no puede.

Bodo dijo eso y alzó la pistola y me apuntó. Yo no me moví. Miraba a sus ojos enloquecidos. Me encogí de hombros.

Mi arma, le dije, funcionaba esta mañana. Bodo se rio.

No te creo, Cojo.

No quieres más que engañarnos. Para llevártela. Yo lo miré y fui a decirle que ya en la batalla había manejado un rifle. Fui a decírselo pero no dije nada. Nur estaba a mi lado. Bodo seguía apuntándome.

Nos vamos, le dije, y nos llevamos a la niña.

O dispara, le dije. Dispara ahora. Y mátame. Bodo me miró y miró a un lado y a otro. Por sus ojos cruzó una expresión diferente. Una nueva, animal. Gritó y alzó la cuchilla. Dio un salto hacia delante, hacia mí, y yo disparé.

Cayó hacia atrás. Lleno de muerte.

Soy Andera, la de los ojos transparentes. Dejadme contaros por qué soy una traidora. Una asesina.

¿Qué significan las cosas?, ¿por qué suceden?

Yo soy Andera, miradme y veréis que lo soy. Soy Andera. La culpable.

La culpable de que Urban y su familia murieran.

Urban murió, ya habéis conocido su muerte espantosa. Su esposa murió.

Yo no manejé el cuchillo, pero también los maté. A todos ellos.

Yo los maté y Nur y Enis regresaron con la niña. Otra niña se había ido.

¿Qué quieren decir las cosas?, ¿acaso la gente es intercambiable?, ¿es todo indiferente?, ¿quién nace, quién muere?

¿Da igual una persona que otra?

¿Si yo hubiera muerto de las fiebres hubiera venido otra Andera para estar junto a Enis, para cuidar de los niños?

¿Por qué, entonces, no hay otro Taner?

Debemos decidir, dijo Enis. Lo dijo y nos miramos. Kara yacía en un rincón, agotada. Nur y yo aún podíamos incorporarnos.

Votemos.

Sí, dijo Nur. Y era normal. Urban era su amigo.

Sí, dijo Enis. Yo lo miré. Dijo sí y Urban lo había golpeado con el látigo cuando no era más que un esclavo. Dijo sí y en ese momento comprendí cuánto lo quería por fin.

No, dijo Kara en un susurro. Kara que pensaba en sus hijos.

Me miraron, entonces. Yo los miré a los tres. Mi cabeza pesaba y ante mis ojos ellos no eran más que figuras confusas que vibraban en el aire de la mañana.

No, dije.

No porque los animales beben agua. Y las personas beben agua.

Y esta agua es nuestra.

Además, les dije, ellos no son esclavos y nunca lo fueron. Así que no les pasará nada.

Eso les dije y Urban y su familia no vinieron. Luego ya sabéis lo que pasó.

La niña vino con Enis y Nur.

Yo la acuné en mis brazos. Cada noche.

Yo la consolé.

La alimenté.

La cubrí de besos cada noche.

Ella me miraba como un animalillo asustado. Me miraba y no sabía.

Ella no sabía y yo no podía permitir que muriera.

Porque, si muriera, entonces habría sabido.

Habría sabido y habría venido, cada noche, a sentarse bajo el árbol. Junto a los otros dos. A sentarse a mirar cómo los pájaros descuartizaban mi cuerpo y hacían brotar de mi caparazón mis huesos brillantes.

Un tiempo estuve enferma. Ya lo habéis visto.

Temblaba. Sudaba. Mis manos y mis pies se llenaron de manchas. Me temblaban los dientes. Tenía fiebres y el mundo zumbaba a mi alrededor. Ante mis ojos desfilaban figuras espectrales. Cuerpos que llevaban calaveras sobre los hombros. Bebés desnudos que eran comidos por los cerdos. Sombras anaranjadas armadas con mazas y con hachas.

A ratos una cabeza se alzaba ante mí. Los ojos oscuros y serios de Enis. Que pensaba, que consideraba. Que me limpiaba con un trapo el rostro, que me alimentaba. Que me tomaba de la mano y me hablaba. Los niños gemían. Luego los gemidos se hicieron más tenues y siempre estaba Enis encorvado sobre el mortero. Dándonos de comer de aquellas plantas verdes. Cociendo el pan. Desollando un cordero. Preparando la hoguera. Un día se me apareció en una visión.

En mi visión era Enis pero no lo era. Era un Enis enflaquecido, de ojos inmensos. Un Enis sin pómulos y sin mandíbula. Nada más que huesos recubiertos por algo de pellejo.

Un Enis muerto que me hablaba al oído. Que llegaba a mi lado y me hablaba al oído.

¿Cuánto, me decía, vive un hombre?

¿Por qué a veces un hombre se encoge y muere?

¿Cuántas lunas, me decía, hacen falta para eso?

Estuve enferma, ya lo habéis visto. Hubo muertos. Luego sané. Sané pero quedó en mí una debilidad que no me permitía, casi, moverme. Que no me permitía, casi, subir las escaleras. Enis me miraba y me sonreía.

Te pondrás bien, me decía.

Recuperarás las fuerzas.

Eso decía pero aquello nunca pasaba. Los niños, el hijo de Kara, la hija de Urban, estaban siempre a mi lado. Me buscaban como los cachorros habían buscado a las perras. Con aquella calidez de hociquillos húmedos.

Yo los acunaba. Si queréis saber cuántas lunas pasaron la respuesta es que no lo sé.

Enis era quien se encargaba de esas cosas.

Un día volvieron Enis y Nur y dijeron que habían visto nuevas hogueras en la vieja estación.

Otro día volvieron y dijeron que habían visto un grupo que marchaba hacia el norte con unas pocas ovejas.

Me dijeron los nombres de los que iban.

Me dijeron que los habían visto pasar y que habían permanecido tras las ventanas.

Me dijeron que habían caminado a lo largo del edificio de la antigua estación y que allí no vivía nadie.

Ninguna persona. Ningún animal.

Se trajeron todo el perejil que pudieron cargar. Lo sembramos. Nos quedaban tres de las ovejas que Urban nos había cambiado por agua. Tal vez una luna después tuvimos nuestro primer cordero. Otro día Nur volvió trayendo consigo uno de los burros. Lo había encontrado vagando a solas por la ciudad.

Fue por esa época también cuando falló el primer rifle.

Enis y Nur los abrían, como yo había visto hacer a Taner y a Nere. Sin embargo no era igual.

Un día un rifle dejó de funcionar y empezaron a quitar una pieza y luego otra.

Luego no supieron ponerlas y aquel rifle ya no funcionó más.

Luego dejó de funcionar otro. Y luego otro.

Soy Andera, la asesina, la traidora. Dejadme contaros cómo fue que volvimos aquí.

Una noche no soñé con mi cuerpo bajo el árbol. Con los dos niños y los pájaros que devoraban mi cadáver.

En lugar de eso estaba en algo semejante a una cueva, a un sótano. En el aire enrarecido bailaban confusas formas. Silenciosas sombras hechas de polvo. En el suelo esperaban los grilletes y las cadenas de los esclavos. Hacía mucho calor y una figura se acercó caminando hacia mí.

Primero fue una sombra, una forma.

Luego la sombra ya fue una mujer. Una mujer cubierta por un pesado capote. Se detuvo ante mí en la habitación. Llevaba algo en las manos.

Lo abrió y el bulto era un recién nacido. Un recién nacido, solo que su cabeza era la de una calavera y que su rostro era una máscara de ojos gigantescos y helados.

Este, me dijo, es tu bebé, Andera. ¿No lo quieres?

Ese fue mi sueño. Así supe que aquel lugar era la muerte.

Así supe que si nos quedábamos allí aquellos dos niños iban a morir.

Que iban a morir y que iban a venir a visitarme cada noche.

Esa es la historia. Ahora os contaré cómo fue que convencí a Enis. No fue tan difícil.

A ratos, a pesar de mi debilidad, subía a lo más alto del edificio. Allí abría la portezuela del aljibe y miraba al agua oscura que yacía debajo.

Miraba al agua y miraba a los depósitos de cereales y miraba a Enis.

Podríamos, le decía, limpiar una zona de tierra y sembrar. Él me miraba.

El cereal, le decía, se acabará.

Él no decía nada y yo dejaba pasar los días. Luego lo atacaba otra vez.

¿Para cuántas lunas, le decía, tendremos cereal?

El cereal, por supuesto, no era la cuestión. Sino el agua. Siempre el agua.

Porque para sembrar maicillo hacía falta agua. Porque no teníamos un pozo, sino solo un depósito.

Porque los depósitos se acaban. Y no hay más.

Los depósitos se acaban y yo esperaba. Esperaba a todas horas. Sin mirarlo. Sin jamás decirle siquiera lo que pensaba. La idea que había en mi cabeza. Por las noches encendíamos nuestras hogueras y las sombras temblorosas asistían a nuestras cenas. Jugaban en silencio los niños. Se movían en la oscuridad las ovejas.

Un dedo de agua, me decía Enis, es un tesoro.

Un dedo de agua, decía, no lo hay en ninguna parte. Yo lo miraba y él se enfadaba.

No me mires así, decía. Un día, al fin, estalló.

¿Qué quieres, me decía, qué quieres?

¿Quieres irte?

¿Irte al norte a buscar un pozo?

Pues bien, me decía, vete.

Toma el camino y vete.

Yo me quedo.

Me quedo porque soy viejo. Porque no hay nada al norte.

Solo desiertos.

Para irme al norte, me decía y sus ojos brillaban, me siento aquí y me dejo morir.

Él lo dijo y yo lo miré con piedad. El animal, al fin, en su trampa.

Le señalé, con la cabeza, a los niños. Estaban apretujados en torno a Nur. Dormían.

Aquí, le dije, es la muerte.

Tu muerte. La mía.

Pero eso, le dije, poco importa.

Poco importa porque nosotros no somos más que pellejos resecos.

Pero, volví a señalar a los niños, ellos no deberían morir.

Ellos no deberían morir porque a nosotros no nos importe ya.

Ellos, le dije, deberían vivir. Enis sacudió la cabeza.

¿O qué harás, le dije, los matarás a ellos también?

Y yo, le decía, quisiera vivir. Si pudiera.

Pero, le decía, quisiera más que ellos vivieran.

Y, le decía, estoy de acuerdo contigo en una cosa.

Estoy de acuerdo contigo en que yo tampoco quiero ir al norte. Él me miró y por sus ojos cruzó, un instante, una sombra. Un espanto. Gimió.

No puedes, me dijo, afirmar que esos dos pozos no se hayan secado. Yo me encogí de hombros.

Si un dedo de agua es un tesoro, le dije, ¿entonces cuántos tesoros es un pozo?, ¿y dos?

¿O qué harás, le dije, irás a buscar a los hombres de la cara blanca?

Ellos, le sonreí, tendrán un pozo. Él me miraba. Yo me recosté sobre él.

Y, le dije, se lo dije como se lo habría dicho a un niño, no te mentiré.

Será un largo viaje.

Un viaje muy duro.

Tú ya lo hiciste una vez.

Hace mucho tiempo.

Dos hombres caminaban hacia los edificios. Dos exploradores.

Esperaremos, así lo había dicho el hombre cojo después de mirar largamente una pared llena de cuchilladas, a la siguiente luna.

Después de la siguiente luna habrá, debería haber, tormenta.

La dejaremos pasar.

Mientras tanto, decía, iremos a la ciudad a buscar lo necesario.

Partieron una mañana. Recolectaron botas, sombreros, mantas, cuchillos. En ocasiones encontraban, en las casas, restos momificados de personas. Pasaban junto a ellas en silencio. El cojo calculaba. Por las tardes se sentaban junto al grifo y llenaban garrafas. De la antigua estación trajeron uno de los carros. También viejos arneses para enganchar al burro.

¿Cuánta agua, le preguntaba el hombre de la gran cabeza al cojo, vamos a necesitar? El cojo lo miraba con detenimiento.

Toda, le decía.

Una noche la mujer de los ojos azules y las pocas guedejas de pelo blanquísimo se acercó al cojo y se apoyó en su pecho.

Te mentí, le dijo.

Te mentí para que tuvieras esperanzas.

Para que quisieras ir. El cojo la miraba. Junto al fuego dormían dos niños y el hombre de la gran cabeza.

¿En qué, le dijo al fin el cojo, me mentiste?

Te mentí, le dijo ella, al decirte que yo tenía fuerzas para hacer ese viaje.

No las tengo, dijo, y tú lo sabes. Solo sería una carga.

Deberías, seguía, dejarme atrás.

Deberíais marchar vosotros y dejarme aquí.

Eso, decía la mujer, es lo que Taner haría. El cojo la miraba.

No, le dijo el hombre. Tú no te quedarás.

Tú caminarás mientras puedas. Y cuando no puedas irás en el carro. La mujer le sonreía a través de su boca sin casi dientes.

Vendrás, decía el hombre.

A lo mejor, sonreía ella, tengo suerte y me muero antes.

A lo mejor, seguía, lo que pasa es que dejo de comer y me muero. El cojo, los pómulos hundidos, la piel cubierta de llagas, negaba.

Si te mueres, le dijo, vendrás igual. Porque cargaré tu cuerpo en el carro y me lo llevaré a donde vaya.

Solo que, siguió, olerás peor.

Se rieron. El cojo le dijo que pronto se fortalecería. La mujer lo miraba.

Hablaron de sus sueños. La mujer relató cómo últimamente los pájaros devoradores se estaban comportando de una forma diferente. Daban vueltas en torno a los cuerpos sin vida y se acercaban de una forma remisa, incluso tímida. Relató cómo se volvían cada poco hacia el cielo como si temieran que algo fuera a abatirse sobre ellos. Y, decía, había algo. Algo semejante a una sombra que parecía venir desde las montañas.

Hablaron de eso y de cómo el hombre, en su cuna bajo el mar, permanecía eternamente solo y esperando al animal blanco. De cómo, a sus pies y sobre su cabeza, solo se abrían dos gigantescos abismos azules y oscuros en los que nada se movía. De cómo cada mañana se despertaba sin haber hecho nada más que esperar a aquel que había de venir.

Yo creo, dijo la mujer una noche, que murió.

Que murió y que por eso lo veo en mis sueños. El cojo se movió en la oscuridad, abrió los ojos.

¿De quién hablas? La mujer sonrió.

De nuestro hijo, por supuesto. El hombre se rascó la cabeza.

Se la rascó y luego la mujer lo hizo ponerse de pie para que le mostrara cómo de alto, en caso de que los sueños se equivocaran y vistas las lunas pasadas, debería de ser.

Cuarta parte
Dos mil ciento dieciséis

Adem, el de los ojos claros, el del grano de cereal en la mejilla, estaba teniendo un sueño. El mismo que tenía cada vez.

En su sueño él era un gran animal blanco que caminaba por la pasarela que cruzaba un abismo. Una oscuridad densa y oleosa lo rodeaba y se sentía, muchos metros por debajo de él, el chapaleo de las aguas contra las rocas. Siempre era el mismo escenario. Siempre era el mismo y en aquella ocasión el animal había alzado la cabeza y había mirado hacia el cielo de petróleo. Como si hubiera percibido algo en él, como si hubiera sido posible que algo más oscuro que aquella negritud se hubiera movido. Unas alas transparentes.

El animal que era Adem se detuvo en mitad del puente de madera y alzó la cabeza. Miró a la oscuridad y gritó. Un ronquido lastimero subió por las paredes brillantes. Después pareció esperar.

Algo.

Una respuesta.

Vaciló, pareció considerar alguna cosa. Después dio la vuelta y siguió andando, ahora en dirección opuesta a la que llevaba antes. El puente crujió bajo su peso.

Las cabras se habían diseminado a lo largo de la superficie blanquecina del antiguo lago. Adem bajó por el terraplén y las fue agrupando. Las condujo a lo largo de una cañada polvorienta. Era un muchacho alto y fuerte, de largos miembros. Los ojos claros contrastaban con la oscuridad severa de su pelambre. Sonrió cuando, surgiendo de un escorial rebosante de gofio, un conejo se cruzó con el rebaño. Lo siguió con la mirada. Algo rebotó en su estómago como una promesa.

En lo alto de la cuesta estaba el grupo de casas. Casas viejas, de paredes derrumbadas en amontonamientos de cascotes. Por una chimenea ascendía al cielo una columna de humo. Adem guardó a los animales en el corral y se dirigió hacia las casas. De camino se detuvo junto a la pared en la que estaba la cuenta de las lunas.

Su vida estaba allí. Se echó el sombrero hacia atrás y metió la punta de un cuchillo en la marca que indicaba su nacimiento. Luego siguió hacia delante. Sus dedos acariciaron todas las que tenían que ver con él. Cuando había estado enfermo. Cuando había cazado su primera ave. La primera vez que había soñado que era el animal blanco. Se dijo que no eran tantas. Con el cuchillo hizo una marca más pequeña entre otras dos y siguió camino. En la chimenea la pirámide de troncos se había desmoronado y el fuego languidecía en ascuas rojizas. Sobre la mesa había un

pedazo de pan y un cuenco con leche. Adem lo miró todo y suspiró.

En la habitación respiraba Enda. Abrió los ojos al sentirlo entrar.

Madre, le dijo Adem a la mujer, tienes que levantarte.

La mujer protestó mientras Adem la tomaba en brazos y la llevaba junto a la chimenea. En realidad pesaba muy poco. Le puso el pan en las manos.

¿Por qué, decía Adem mientras hacía por avivar el fuego, dejas que se apague?

¿Es que, decía, tengo que estar yo pendiente de todo?

El muchacho hablaba y la mujer lo miraba. Su rostro era todo arrugas y cuevas. Cuando movió la cabeza se agitaron algunas guedejas de cabello gris.

El muchacho le dio pedazos de carne. Le dio leche.

Vi, le decía el muchacho, al halcón. Se fue hacia los edificios.

En la ladera florecían las gamonitas y las artemisas. Era allí donde se escondían los conejos.

Había una zona parda, más allá del antiguo lago, en la que se espesaba el matorral. Adem fue bajando por una zona de cascajos. Se echó al suelo cuando llegó a la hondonada.

Se movía lentamente. Las manos acariciando las piedras. Le llevó un rato encontrar el primer rastro. Unas cagadas secas. Duras. Las desmenuzó con las manos. Las espinas eran dedos que le tiraban de la ropa, que no querían dejarlo ir. Volvió a ponerse de pie cuando encontró la primera madriguera. Llevaba una larga vara con él.

Puso un pie a cada lado del hoyo. Tomó aire. Calculó. El golpe fue preciso, poderoso. La vara penetró profundamente en la tierra removida y algo se estremeció. Un cuerpo grande, pardo, de descomunales orejas, salió disparado. Sin embargo Adem fue más rápido.

Un movimiento lateral contra el bulto y el animal rebotando a través de las piedras. Aún hubo de perseguirlo un corto trecho por la cuesta. Cuando lo acorraló lo remató sin dolor. Los siguientes minutos fueron de masajear la parte baja del animal para que este expulsara la orina y extraer los intestinos. Los dejó allí, sobre las piedras. Todavía capturó otros dos aquella tarde. De vuelta a las casas los desolló y preparó las pieles para el secado. Desde la puerta de la casa lo vigilaba Enda.

Llévame, le decía la mujer, hasta donde están las marcas. Adem la sostenía e iban lentamente los dos. Allí la solía dejar, reflexionando a la escasa sombra. Allí le llevaba el pan, la carne, los pedazos de melón, dulces y amarillentos. Mientras masticaban Enda le tomaba la lección.

¿Cinco veces diez?, le decía.

Cincuenta, decía Adem.

¿Y diez veces diez?

Cien.

¿Y, decía Enda, tres veces cien y cuatro veces diez?, Adem pensaba con calma.

Trescientos cuarenta, decía al fin. Enda sonreía con orgullo. Adem la miraba.

Me acordaba ayer, madre, decía, y me acordaré mañana.

Me acordaré todos los días.

En la olla cocían flores y hojas de artemisa. Se sentaban en la puerta de la casa en viejas sillas y miraban en silencio a su alrededor en el crepúsculo, mientras el sol se escondía tras los edificios y la sombra descendía desde las montañas. Podía ser que, con el frío, Adem fuera al interior y trajera mantas. Podía ser que el muchacho tuviera

que cargar con la mujer cuando esta se adormilaba en su silla.

Podía ser que Adem, ya solo, tomara el mortero y pasara largo rato moliendo el maicillo para el pan. Podía ser que Adem tomara su vieja flauta y a través de ella soplara incansable mientras pensaba en los conejos y el halcón.

Podía ser, entonces, que la soledad, silenciosa, lo fuera rodeando.

Podía ser, entonces, que los animales se llamaran, en la planicie, unos a otros.

Sus voces subían y rebotaban contra las casas.

A ratos se quedaba quieto, como si esperara algo. No era tan diferente, entonces, del animal de sus sueños.

En los momentos en que el sol estaba más alto buscaba refugio entre las sombras de los edificios. Al caer la tarde se preparaba para dormir. Había dejado atrás la gran avenida y a su alrededor todo era viento e inmensos silencios. Sus pies crujían sobre masas de piedra pulverizada. Ovillos de zarzas entrelazadas rodaban por el asfalto hasta que eran atrapadas contra una pared o bajo los restos fosilizados de un coche o un autobús. Llegada la noche los edificios ocultaron la luna. Durmió bajo las estrellas azules.

El cauce del río relucía con blancura de terciopelo. Unos metros antes del puente derruido había una pared pintada en crema con viejas letras negras. Junto a ella se detuvo Adem a mirar los cadáveres quebrados de las farolas. Largo rato estuvo así, la frente fruncida.

Nada se movía. Abajo el viento levantaba remolinos de polvo pero eso era todo. Se dijo que el viento del río no era igual que el viento allá entre las casas. Se dijo que tampoco lo eran los momentos de silencio. Que eran mundos distintos, vidas distintas.

Normas distintas.

Bajó al cauce y atravesó por las piedras, dejando a un lado la isla y sus árboles muertos. Bajo la escalera dejó caer las bolsas y se quedó solo con los sacos de piel. Fue trepando. Al llegar arriba se detuvo.

Desde el pozo de la sal lo miraban dos ojos. Ojos fieros, ambarinos. Salvajes. Unos como nunca él había visto. Alrededor de los ojos había un animal.

Era chato y corto, como corta era la cola. Tenía las orejas grandes y afiladas y su piel, a motas, era espesa y parda.

Había estado lamiendo una piedra salada y ahora se había detenido y miraba al intruso. Cuando abrió la boca mostró una larga fila de dientes de carnívoro. Bufó de una forma primitiva. El pelaje que le cubría el lomo pareció abombarse y Adem se convirtió en estatua. El animal lo miró aún un momento antes de emprender un paso grácil y almohadillado hacia el cauce. Lo vio perderse por la zona en la que la pared tendía al gris. Se asomó y lo vio más abajo. Saltando y volviéndose a mirarlo, como si para él aquel encuentro también hubiera tenido algo de inusual y de extraordinario.

Entre los árboles muertos de la isla anidaban unas aves pardas. Adem vio a los pájaros surgir y dirigirse enfadados hacia el cielo. Encontró los nidos y los estuvo mirando largo rato. Los dejó estar. Se acomodó entre las sombras y bebió algo de

agua y comió algo de la carne que llevaba.

Se adormeció y soñó con el animal blanco que avanzaba sobre el abismo. Con el sol bajando puso rumbo al lago. Quería contarle a Enda.

Contarle al respecto de aquellos ojos como de cristal que lo habían atravesado.

Tal vez ella, se decía, sabría lo que aquello pudiera ser. Tal vez tuviera un nombre.

Tienes que estar preparado, mi niño. Tienes que estar preparado.

En la casa el fuego estaba apagado. Llamó.

Enda, dijo primero en un susurro.

Madre.

Había algo frío en el silencio de las paredes.

Entró en la habitación. Enda estaba entre las mantas. Se acercó.

La muerte, le había dicho muchas veces la mujer, existe.

Y tienes que estar preparado.

¿Y yo, le había dicho él una vez a ella, me quedaré solo? La mujer lo había mirado seriamente.

Mejor eso, le había dicho, que no que me quede sola yo.

Enda le había explicado lo que tenía que hacer y él lo hizo. Abajo, en el lago, al lado de donde estaban los otros, hizo un hueco y la cubrió de piedras blancas. Mirando hacia el montón por el que ya jugueteaba y trepaba la arena, se dijo que todos los silencios, en adelante, serían distintos. Que lo serían del mismo modo todas las soledades y todas las estrellas. En el cielo chilló el halcón. Su sombra se proyectó un segundo sobre la tumba.

Se mecía el maicillo, agitado por el viento.

Hay, le había dicho Enda muchas veces, más gente.

Están, le había dicho, al norte.

Búscalos.

El norte, le había dicho, está hacia allá.

Sigue las carreteras.

Estate atento a por donde sale el sol cada mañana.

Dos días se quedó junto a la tumba. Sin querer moverse siquiera para beber o dormir. Soñando que pensaba. El tercer día se levantó de pronto. En la pared estaban las cuentas hechas. Pasó los dedos por las marcas. Cogió el cuchillo e hizo una marca profunda para señalar la muerte de Enda. Volvió a contar sus lunas.

Diez veces diez.

Y luego nueve veces diez. Y cuatro más. Llegó al número con suavidad. Lentamente se apartó de la pared. Mató varias cabras y puso las pieles a curtir. Mientras se ahumaba la carne fue sacando agua del pozo. El agua a los bidones. Los bidones al carro. Cargó cereal y sal y arrancó los melones que estaban más verdes. Aparte pieles, lonas y los zapatos más resistentes. Sombreros y gorras. La última noche se sentó junto a la tumba de Enda a tocar su flauta a la luz de la luna. Por la

mañana liberó al resto de las cabras y se puso en marcha.

El precipicio miraba hacia algo. Miraba hacia el tiempo.

Dejó atrás la ciudad. Fue siguiendo la autopista. Pasados unos días alcanzó el mismo puente desplomado sobre el valle al que habían llegado Enis y Andera tantos años atrás. Los restos de los coches seguían allí. Se acercó al borde mismo y el viento lo quiso arrancar. Yacían ruinas sepultadas en la arena. Un estruendo proceloso de formas retorcidas y aires de granito. La llanura, nada más que ramblas y tierra moldeada por las tormentas, nada más que planicie aullante, lo envolvía todo.

Hierros enrojecidos brotaban al borde del abismo.

Dio la vuelta y regresó al suelo. Empezó a seguir los rastros borrosos de una carretera. Una noche llegó hasta unos tubos que atravesaban el mundo.

Eran tres tubos, uno puesto al lado del otro. Venían desde un horizonte y se perdían en el siguiente. Estaban hechos del mismo material que las casas y cada uno era de alto como un hombre. Junto a ellos encendió su hoguera. Una luz minúscula perdida en mitad de aquel espacio sin fin. Encontró que los tubos iban en su misma dirección. Empezó a atravesar pueblos silenciosos. Empezó a cazar lagartos y arañas. Descubrió que sus hogueras nocturnas atraían a los escorpiones.

Los esperaba y los trinchaba con el cuchillo. Los asaba.

Desde lo alto de una colina vio, un atardecer, como los tubos se separaban. Dos de ellos se vencían hacia el oeste y más allá se alzaban en pilones y se adentraban en un macizo de rocas negras. El otro describía una curva y seguía en dirección al norte.

Soy Adem, le decía a la desolación, el que camina. ¿No ves mis cabellos al viento?

Siempre era la misma corteza endurecida. El mismo paisaje petrificado, poblado de barrancos que ondulaban, trepaban, se retorcían. Tras cada colina había un nuevo valle. El mismo matorral quebradizo lo punteaba todo.

Si encontraba una sombra hacía un alto para descansar y beber agua. Entonces se frotaba las manos con arena o se quitaba las botas para que los pies se le refrescaran. Cada mañana se curaba las heridas de los pies y miraba hacia el lugar donde salía el sol. Cada mañana comía varios pedazos de melón y controlaba el agua que le restaba. Y la carne.

Llevaba una luna caminando cuando encontró al animal.

Había sido, primero, el balido. Entonces había dejado el carro junto al camino y había ido a ver. Lo encontró más allá, triscando entre unas zarzas. Tenía ubres semejantes a las de una cabra pero era diferente a estas. Más alto, más robusto. De lanas que parecían querer rizarse. Al sentir al intruso se había alejado unas decenas de metros y lo había mirado desde una zona de piedras blancas. Adem, acercándose, se dijo que los ojos del animal eran profundamente estúpidos.

Tenía el cuchillo ya casi fuera de la vaina cuando vio al muchacho.

Estaba de pie, un poco más allá de donde se encontraba la oveja, y era moreno y flaco. Se miraron.

Era más joven que Adem y andaba casi desnudo. Tan solo un viejo sombrero y algo semejante a unos pantalones que le cubrían desde la cintura hasta las rodillas. Tenía los ojos profundos y oscuros y algo le colgaba de la mano. Una larga correa de cuero.

El muchacho gritó algo. Adem no pudo comprender sus palabras. Comprendió sus gestos.

Vete, le estaba diciendo.

Vete.

Adem vaciló. En la mano llevaba aún el cuchillo. Miró en todas direcciones, por si hubiera alguien más allí, y luego de vuelta al muchacho. Este había empezado a balancear, adelante y atrás, aquello que llevaba en la mano. Volvió a sonar aquel grito.

Vete, volvió a decir.

Adem no se movió. De repente hubo un gesto mínimo, una palanca que se

prolongó desde el hombro hasta la mano del muchacho, y algo estalló con violencia entre los pies de Adem. El sonido de aquello, la fuerza y la velocidad con las que había llegado, lo hizo apartarse y encogerse.

Vete, le decía el muchacho, que seguía balanceando, adelante y atrás, aquella correa de cuero.

Vete.

Adem lo miró largamente. Al final decidió darse la vuelta y regresar hacia donde estaba el carro.

No se fue. En lugar de eso siguió camino adelante durante un par de kilómetros y esperó a la noche oculto tras unas lomas. Decidió no encender ningún fuego y fue regresando con la primera insinuación de la mañana. Más allá de donde había desaparecido el muchacho había un profundo desfiladero.

Era estrecho y de piedra azul. En sus paredes crecía una vegetación rala y quemada. Otra cosa intuía que surgía de su fondo. Había allí algo oscuro y verdoso.

Adem dejó el carrito oculto y fue saltando entre las piedras. El fondo era fresco y estaba revestido de matorrales espesos. Sentía a los insectos corriendo por sus manos. Zumbaban las abejas. Un grupo de pájaros surgió de un reborde del talud y se precipitó hacia donde se abría el barranco. Adem se escondió para mirar.

Dos paredes arrugadas y verticales sobre las que brillaba el sol. Y más de aquella vegetación espesa. Las paredes, más adelante, abriéndose y dando lugar a un mínimo valle. Un espacio saturado de bosquecillos de adelfas y en el que destacaban, recortándose poderosos contra el cielo, un grupo de árboles inmensos. Seis o siete troncos que surgían del suelo como cohetes, que estallaban a muchos metros de altura en un remate de palmas. Bajo su espesura jaleaban bandadas de pájaros azules. A su sombra se adivinaba la forma inconfundible de varias casas.

El muchacho se llamaba Doroteo. El abuelo se llamaba Santiago.

El abuelo era unos ojos glaucos. Un gigantesco insecto blanco y lleno de arrugas. Una cabeza calva y extraviada en sombras. El primer día miró a Adem con aquellos ojillos ciegos y dijo algo incomprensible. Doroteo lo contemplaba con piedad.

Él, le decía Doroteo a Adem por señas, mira al desierto.

Por las mañanas.

Yo, le señalaba a la mecedora que había en el porche, un trasto mil veces remendado, lo siento ahí.

Él mira. Él bien.

El proceso había sido lento. Dos extraños desconfiados vigilándose en la distancia. Los días pasando. Uno abajo, en las casas, aquel Doroteo, y otro arriba, en el valle, acampado en una zona a cubierto del sol. Uno pastoreando las ovejas y el otro deslizándose en silencio por las paredes del barranco para cazar alguno de aquellos pájaros azules. A veces se miraban de lejos.

Podía ser que Adem se despertara una mañana junto a los restos de su hoguera y viera al muchacho más allá, mirándolo pensativo. Podía ser que fuera Adem quien vigilara al otro mientras marchaba hacia la llanura con algo semejante a un rastrillo y cuando regresaba avanzada la mañana cargado de serpientes.

El tiempo, progresivamente, los fue acercando.

Una mañana Adem tomó una de sus garrafas y se acercó a donde estaban las casas. Se detuvo lejos de la primera y llamó. Pasado un rato apareció el muchacho. Llevaba aquella correa de cuero en la mano.

¿Agua?, le dijo Adem levantando la garrafa.

¿Agua?

El muchacho, aquel Doroteo, lo miró largo rato. Adem pudo imaginarse lo que pensaba. Lo que él hubiera pensado si hubiera sido al revés. Si una mañana hubiera encontrado él al otro junto a su pozo y acechando a una de sus cabras. Pasado el rato el muchacho se encogió de hombros y le hizo gestos de que lo siguiera. Se adentraron en la zona más profunda del cañón. Una zona oscura y cuajada de libélulas y mimbres. Abajo, le decía el otro. Allí lo vio. Un ojo de agua. Un manantial que iba brotando lentamente de la propia roca, que generaba pequeños arroyuelos, minúsculas ciénagas. El muchacho le señaló y luego se fue. Adem quedó allí, llenando su garrafa, bañándose en el agua helada.

Otro día Adem se encontró con el abuelo.

Estaba cazando entre las paredes del barranco y había sentido un movimiento. Un

crujido en la espesura del matorral. Por instinto se había agazapado.

El viejo iba desnudo, los ojos perdidos, y se tambaleaba. El sol le había levantado úlceras en la cabeza y la espalda. El hombre, un saco de costillas finas que subían y bajaban a ritmo de perro, miró a Adem y luego echó a correr. El muchacho sacudió la cabeza y le fue detrás. Lo encontró metido en el interior de un vehículo herrumbroso que yacía desplomado en mitad de las piedras.

Sentado detrás del volante y murmurando palabras incomprensibles.

Adem se sentó entre las piedras a esperar. Cuando notó que Doroteo volvía con las ovejas fue a su encuentro.

Hombre mayor, le dijo por señas.

Hombre mayor. Allí.

Nosotros cazar. Tú ven.

Se emboscaban entre la hierba que crecía al pie de las adelfas y les tiraban a las tórtolas. Doroteo le enseñaba a manejar la honda.

Tú mueve el brazo, le decía. Así, abajo.

Entonces, le decía y le señalaba, la muñeca. El hombro.

Y piedras así, le decía. Redondas.

Como huevos. Así.

Junto a los coches, abajo, al final de la rambla, anidaban familias de lagartos. Entre las higueras se sentaban los dos muchachos a desollar serpientes y comer ciruelas.

En eso, decía Doroteo señalando a los coches, vino el abuelo.

Hace mucho tiempo.

Vino con otros.

Al otro lado del tubo, a media jornada de camino, se elevaba un grupo de colinas arenosas y peladas. Hasta allí llevaban muchas tardes a las ovejas para que lamieran las rocas saladas. Ellos mismos desmenuzaban los terrones y se llevaban de vuelta las partes más blancas y saladas. Al atardecer los sobrevolaban, azules y quebradizos, los murciélagos. Podía ser que regresaran dando un largo rodeo para acceder al valle por la zona del barranco. Podía ser, entonces, que Doroteo se agachara cada poco para husmear en el polvo, que metiera un dedo en la tierra.

Cagadas, señalaba.

Cuando hay cagadas, hay moscas.

Cuando hay insectos, hay pájaros.

Una noche Adem pudo ver a los perros a lo lejos. Tenían los hocicos finos y húmedos y eran blancos como fantasmas. Caminaban, las lenguas sobresaliendo entre los dientes, muy pegados al suelo. Otra noche Doroteo lo llevó más lejos, tanto que casi perdieron el tubo de vista. Sobre la llanura volaban remolinos de polvo gris.

Allí, le dijo Doroteo señalándole a lo lejos. Se echaron a tierra entre la grava. Había unos bultos parduzcos que se movían en la luz plomiza de la madrugada. Se acercaron para poder verlos bien.

Los animales eran finos y de un color muy semejante al de la tierra. Poseían patas larguísimas que parecían estar a punto de quebrarse con cada paso. Algunos tenían cuernos terminados en puntas afiladas. Se llamaban, triscaban entre las matas. A veces alzaban las cabezas y miraban con ojos en los que temblaba la luna hacia donde estaban los muchachos. A veces daban grandes saltos. Adem los miraba.

Son, decía Doroteo reflexionando, muy rápidos.

Demasiado.

Corren mucho. Saltan mucho.

Cogerán, decía, el agua de algún sitio. Pero no sé de dónde.

Las largas camisas de las serpientes eran puestas a secar en el porche. Ondulaban transparentes, amenazaban con sus colmillos. Por las noches, mientras Adem practicaba con su flauta, Doroteo diseñaba nuevas armas. Un tiempo anduvo pensando en una que le permitiera capturar a uno de aquellos animales con cuernos. Había en ella saquitos de piel que contenían piedras. Había, otra vez, largas correas de cuero.

Cada mañana Doroteo alimentaba y aseaba al abuelo. Lo dejaba mirando al desierto antes de salir con los animales.

A ratos el viejo insecto se levantaba de la mecedora y avanzaba por el porche. Se quedaba, los ojos alucinados, detenido en mitad de ningún lado. A veces los muchachos regresaban con las ovejas y no estaba en la casa. Lo solían encontrar más abajo, donde los coches.

Los muchachos se acercaban a él. El hombre los miraba con ojos espantados.

El tren, decía, el tren.

El tren era el que traía a los muertos.

Hacían montones...

Doroteo se acercaba a él y le hablaba con dulzura. A veces le llevaba mucho rato convencerlo de que regresara a la casa. Otras veces el hombre les hablaba a personas que no se encontraban allí.

Me da igual, decía, que sea sopa de arroz o que sea otra cosa.

No me importa, decía.

Me importa lo que veo. Lo que veo es lo que sé.

Él gritaba y se retorecía, hacía el gesto de alzar un arma, se fue al montón.

Él se fue a los muertos.

Otras veces se convertía en algo semejante a un gato y se inclinaba sobre un oído que no existía. Entonces sonreía y murmuraba cosas incomprensibles. Parecía tramar algún tipo de plan taimado.

Se caían, decía, los pájaros de los árboles.

Hacían *plaf*, y se caían muertos.

Iban volando y se caían.

Era, decía, el gumboro. Eso dijeron. Lo hubo en el 53. Yo estuve allí.

Con la excavadora.

Ven, me dijeron. Ven a las fábricas.

Los suelos estaban llenos de aquellas pelotas amarillas. Llenamos camiones.

Los camiones, decía, se los llevaban. A los vertederos.

Se los llevaban para que los quemaran.

Los vertederos eran como montañas.

Ah, se reía entonces, pero nos mintieron. Los soldados.

Los soldados nos mintieron, sí, decía pensativo. Pero, se reía, peor fue lo de los perros.

Los perros, sí, que enloquecieron ante la visión de toda aquella carne. Después

vinieron los zopilotes.

Vinieron ellos y otros que no eran ellos. Otros que traían picos como cuchillos.

Patas largas de espantapájaros.

Venían hasta la puerta de las casas a comer la carroña.

Teníamos, decía, que matarlos nosotros mismos.

Porque los soldados ya se habían ido.

Ya no estaban.

A veces, después de horas de silencio, se levantaba de improviso y se retorció las manos y se aferraba a los brazos de los muchachos y gemía.

¿Qué año es?, suplicaba con voz quebrada.

Decidme qué año es.

En mis sueños, decía Adem, soy un animal blanco. Doroteo lo miraba con curiosidad.

El animal blanco no se detuvo esta vez. Avanzaba por la pasarela, en medio de aquella oscuridad impenetrable, y aullaba y esperaba. Un par de veces quiso volverse. Siguió. El puente era estrecho y crujía con cada paso. Se orinaba de miedo. Le llevó mucho rato llegar al final.

Más allá se abría una oscuridad ondulante y azulada. Difusa. Avanzar por aquello tenía alguna especie de cualidad ingrátida. Dejó de ver el suelo, dejó de sentirlo. Sin embargo no tenía sensación de caer. Más adelante encontró una vieja cueva.

Un hombre dormía ante ella. Tenía una larga barba negra. El animal se acercó lentamente.

Primero lo husmeó. Después lo fue tanteando con las patas. El hombre no se movió.

El animal alzó la cabeza y aulló al abismo que lo rodeaba por todos lados. La muerte, decidió esta vez, estaba al otro lado. Sacudió la cabeza, tal y como si fuera humano, y echó a andar. De vuelta hacia la pasarela.

Pasado un rato volvió a sentir el suelo bajo sus pies.

El viento se encrespaba contra las paredes del barranco. Se sentía a las piedras rodar hacia el fondo.

En la parte más profunda del valle estaba la plantación de cereal. Allí estaban los muchachos cuando sintieron, a lo lejos, la tormenta.

Rápidamente subieron por el desfiladero y miraron. Una sombra oscura se cernía sobre la llanura. El semblante de Doroteo reflejaba preocupación.

Tormenta, decía, malo para el abuelo.

Se movieron de prisa. Cubrieron el cereal y llevaron a las ovejas hasta una de las casas. Taparon las ventanas. La mano gigantesca de la tormenta se abatió sobre ellos llegada la noche. Las ovejas balaban de miedo y se agitaban. Lo mismo le sucedía al abuelo.

Se movía de un lado a otro y aullaba de dolor. Doroteo trataba de razonar con él.

Abuelo, le decía, abuelo, estese tranquilo.

Es, sollozaba el muchacho, solo arena.

Solo arena, abuelo.

Ya ha pasado otras veces, ¿no lo recuerda?

El abuelo, el viejo Santiago, lo miraba con ojos espantados. Si el viento se encrespaba en torno a las casas se arrojaba al suelo y se estremecía como el insecto gigantesco que era. Los muchachos tallaban flautas o preparaban armas. A ratos Doroteo miraba hacia el abuelo enloquecido.

Yo, decía, estoy aquí porque está el abuelo.

Porque el abuelo no puede viajar.

Pero él, decía, morirá un día.

Entonces, decía, cuando se muera, me iré.

Me iré al norte.

Me iré al norte siguiendo el tubo. El tubo estaba antes lleno de agua. Así me lo dijo el abuelo.

Y yo buscaré el sitio en el que el agua entraba en el tubo.

Lo buscaré y lo encontraré.

Allí habrá agua. Allí habrá más gente.

El viejo Santiago abrió los ojos de pronto en mitad de aquella noche. Los abrió y los muchachos notaron que había allí una precisión repentina, un relámpago de luz. Algo que era espantoso de ver. El viejo rompió a llorar.

Doroteo, decía, Doroteo. Y era como si en verdad llevara mucho tiempo sin verlo. Miraba al muchacho y se incorporaba y trataba de tocarlo. Lo abrazaba con los brazos como cañas.

Eras, decía entre lágrimas, tan pequeño.

Y ahora eres tan grande y tan fuerte.

Doroteo lo puso en la cama y lo abrigó. El viejo lo miraba ir y venir. Sonreía como un niño monstruoso.

Gracias, decía.

Gracias.

Lo enterraron bajo el tubo, donde estaban los otros. Miraron hacia el horizonte. El tubo se perdía hacia las montañas.

Caminaban con las cabezas cubiertas. Los ojos fijos en el suelo.

Tardaron cuatro días en cruzar la llanura. Eran dos pares de botas. Dos sombreros despeluchados. El tubo, recto, firme, enrojecido, les marcaba el camino. Parecía incapaz de detenerse.

Su rutina, llegada la tarde, era precisa. Se trataba de encontrar un tronco derribado o un grupo de piedras grandes. Sobre lo que fuera se ahorquillaban las varas que llevaban en el carro. Después se procedía a cubrir las varas con los plásticos y las mantas. Debajo quedaba el refugio para la noche. A su entrada encendían las hogueras.

Junto al fuego, en las noches, comían ciruelas y dátiles secos y miraban sin fin a las estrellas. Las mañanas eran también idénticas.

El sorbo de agua. Los colores cambiantes del desierto. Tal vez crema. Tal vez rosa. Y caminar.

Podían ser largas praderas cruzadas por sombras de viejos caminos.

Podían ser pirámides de mármol y gneis.

Podían ser polvorientas mesas. Alargadas como cadáveres expuestos al viento y al sol.

Una tarde, cruzando una hondonada, encontraron restos humanos. De pronto era una mano, una cabeza, que sobresalían de la corteza arenosa que se desmigajaba bajo sus pies. Las calaveras los miraban pasar y les sonreían con bocas descarnadas. Las manos los saludaban, les pedían ayuda. Junto a un pozo rebosante de huesos se detuvieron. El viento les agitaba las ropas.

Junto a paredes comidas por el viento encontraban viejas tumbas en las que anidaban escorpiones y lagartos. Una noche, a lo lejos, en un cascajar de piedras grises, volvieron a encontrar a los antílopes.

Dejaron las cosas atrás y calcularon la dirección del viento. Dieron un rodeo. Cuando estuvieron cerca se escondieron tras un afloramiento de cardos. Los animales levantaban finas cortinas de polvo al rascar el suelo con las patas. Doroteo señaló a una hembra que se había apartado unos metros de los demás.

A la cintura llevaba aquella nueva arma que había estado diseñando. Adem lo miró mientras la soltaba y avanzaba entre las piedras. Cuando llegó al límite del cascajar se acuclilló y empezó a mover las correas sobre su cabeza. Silbaban en el aire. El tiro, así lo pensó Adem, fue bueno. Sin embargo algo sucedió. Algo eléctrico,

súbito. Un movimiento repentino y nervioso, una señal secreta, sacudió al grupo de animales y los hizo erizarse. La hembra saltó en el último segundo y la correa apenas le rozó el costado. Pronto no hubo ni rastro de los animales, que se perdieron entre grandes saltos. Doroteo fue hasta su arma y la recogió del suelo.

Regresaron en silencio, las cabezas gachas. Llegada la mañana entraron en una zona nueva del desierto. Las matas grises dieron paso a matorrales más altos y más espesos. De pronto entre las piedras florecían rojos, amarillos y naranjas. Encontraron masas de zarzas más altas que ellos mismos. Todo el día fueron cruzando por aquel paisaje. Por la noche encendieron sus hogueras y comieron sus serpientes.

Me habló, dijo Adem mucho más tarde, en el idioma de Enda. Cuando bajaba. Doroteo le contestó con un gruñido.

Durante varios días atravesaron una zona de roquedales solitarios. Un polvo blanquecino se les fue posando sobre las ropas e incrustándoseles en los ojos. Pasados los roquedales llegaron a un llano sembrado de colinas areniscas. Fue por las colinas que los vieron llegar a lo lejos.

Primero fue una columna de polvo que avanzaba muy lentamente. Después fueron las figuras emergiendo.

Venían cruzando el valle, dirección sur, y eran dos hombres y varios animales. Los muchachos, que estaban en lo alto, se detuvieron.

Los animales eran unas pocas ovejas y otro que ellos jamás habían visto. Recordaba a las cabras pero también a los antílopes que habían intentado cazar. Recordaba pero no se parecía. Era blanco y tenía grandes orejas. Era el carro que ese animal arrastraba lo que generaba la polvareda que habían visto desde tan lejos. Los hombres eran dos.

Venían cubiertos de pelo y de harapos. Uno tenía una gran cabeza.

El otro venía arrastrando un pie. Su cabello y su barba eran blancos.

Se buscaron el uno al otro con los ojos. Mientras esperaban, descolgaron las hondas de sus hombros y acariciaron las piedras que debían servirles de munición llegado el caso. Los otros tardaron en verlos. Se detuvieron también. Había un sendero. El fantasma de la sombra de un sendero. Una pista de arena que cruzaba el mar de matas quebradas. Los muchachos miraban a los hombres. Miraban sus armas. Había allí puntas de metal. Peligrosos cuchillos. Los dos hombres hablaron un momento y siguieron camino. Cuesta arriba. Pronto no estuvieron más que a unas pocas decenas de metros. Fue el hombre cojo el que se adelantó. Alzó una mano en forma de saludo. Habló.

Lo hizo pero no entendieron lo que decía. El hombre hacía señas. Fue Adem el que comprendió.

Agua, le dijo a Doroteo.

Está preguntando si hemos visto agua.

Si sabemos dónde hay agua.

Los muchachos se miraron pero no miraron hacia el carro que llevaban detrás. Doroteo dio un paso hacia el lado y deslizó una piedra en la cazoleta de la honda. Adem se volvió hacia el hombre cojo.

No, dijo. No sabemos. Lo dijo por señas, hablando en el idioma que había aprendido de Doroteo y del abuelo. El hombre cojo hizo una señal indicando al camino.

Pasar, dijo.

Queremos pasar.

Vamos, dijo, hacia allí.

Adem dio dos pasos fuera del sendero y el renco le hizo una seña al otro hombre. Este tiró del animal y hubo un quejido, un aspirar, cuando el carro se puso en marcha. Primero aquel aspirar y luego un traqueteo. El cojo y Adem se miraron al pasar. El hombre tenía viejas cicatrices en el rostro. Ojos oscuros. Se miraron un momento y fue el turno de las ovejas y el extraño animal. Luego el carro.

Este era más grande que el que ellos llevaban y parecía tener algún problema en una rueda. Eso lo hacía balancearse a un lado y a otro. El hombre de la gran cabeza también miró a Adem e hizo un gesto vago con la cabeza. En el carro, en la parte posterior, estaban las acostumbradas garrafas y las consabidas mantas. Y algo más.

Una mujer de piel oscura y largos cabellos grisáceos.

Estaba tendida allí, entre los bártulos, y parecía dormir. Junto a ella había dos niños pequeños. Uno abrió los ojos, un momento, y lo miró.

Qué pasó a continuación, Adem no lo pudo comprender exactamente. Más tarde se le ocurrió que pudo haber sido algo importante, trascendental.

El hombre de la gran cabeza había pasado tirando de aquel animal. Había pasado el carro con la mujer y los dos niños. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el hombre cojo, el de la barba blanca, se había detenido en mitad del sendero y miraba hacia abajo.

Miraba hacia abajo. Hacia él. Hacia Adem, el del grano de cereal en la cara.

Entonces había sucedido lo nunca pensado.

El cojo había empezado a hablar a gritos. A llamarlo.

Había empezado a ir hacia ellos. A descender por la cuesta.

Había empezado a hacer aquello y a Adem le había dado la impresión de que la tarde se llenaba de algo que temblaba, que estaba a punto de quebrarse. Era, eso pensó después, algo que venía en el propio gesto del hombre. En la crispación de sus manos. En la angustia que pintaba su rostro.

El cojo bajaba y sufría.

Pasó aquello y pasó lo inevitable.

Primero hubo un grito de advertencia. Después, un momento después, hubo un disparo.

El primer tiro pegó entre las piernas del cojo y lo hizo detenerse y mirar a su alrededor. Como si no comprendiera.

El hombre volvió a mirar a Adem. Hacía gestos.

Tranquilo, parecía decir.

Tranquilos.

El problema fue el hombre de la gran cabeza.

El de la gran cabeza que gritó también, que bajó a la carrera por la cuesta. Que bajó con algo gris, alargado, en las manos.

Aquello, metálico, fue lo que hizo que aquello que había en la tarde terminara de quebrarse.

Hubo otro disparo. Luego otro más.

El primero pegó en el pecho del cojo y lo hizo caer con un grito. El segundo hizo caer al de la gran cabeza.

Los muchachos se movieron deprisa. El carro arrastrando cuesta abajo.

Muy a lo lejos los vieron todavía. El cojo se había levantado del suelo y el de la gran cabeza lo ayudaba a caminar. Los muchachos se apresuraron y cayendo la tarde se metieron por una estrecha cañada. Cuando surgieron al otro lado aún vieron la diminuta mancha blanca que era la polvareda que el carro levantaba al marchar. No fue hasta más tarde cuando Adem tuvo aquella sensación de que en todo aquello pudo haber habido algo decisivo. Fue al siguiente amanecer cuando comprendió que aquel hombre cojo le había hablado, mientras descendía por la cuesta, en la lengua que él había aprendido de Enda. Lo comprendió entonces pero ya no pudo recordar lo que el cojo había dicho.

El escorpión había dormido en el interior del refugio. Adem lo sintió bajar por la pernera del pantalón. Cuando lo tuvo junto a la bota lo pateó con fuerza.

El tubo lo era todo. El camino y la esperanza. A veces seguía viejas carreteras. A veces se alzaba sobre pilares para salvar los barrancos o las vías de los trenes. A veces se enredaba en nudos y en afluentes. A veces, también, estaba quebrado, demolido, como lo habían estado tantas veces las carreteras.

Doroteo, que solía caminar delante, una vara en la mano, fue el primero en asomarse.

Una oscuridad pétrea, quitinosa. Una aspiración profunda y manchada. Un gigantesco corazón que tiraba de ellos y los quería absorber.

Gritaron a la oscuridad. Hubo largos ecos.

Si encontraban un cauce muerto, Doroteo hacía que se desviarán. Por los alrededores del lecho seco tanteaba con la vara.

Agua, decía, y señalaba hacia los meandros pedregosos y sembrados de esqueletos de animales.

Donde hay huesos, decía, los ojos graves, hay agua.

Una tarde acamparon en los terrenos que un río había abandonado. Llegada la noche Adem encontró a Doroteo moviéndose y revolviendo en la tierra cuarteada. Caminaba de un lado a otro.

Cava, le decía a Adem. Aquí.

Los dos lo hicieron. Con piedras. Con la vieja pala del abuelo. Pasado un largo rato la tierra dejó de ser blanca y de ser dura. Al fondo del agujero brotó una lágrima. Doroteo se reía.

Llenaron las botellas, los bidones. Se lavaron las caras y las manos. En las zonas en las que abundaba el matorral tendían trampas para cazar jerbos y ratas silvestres. En las cuevas abundaban los murciélagos. Un día llegaron a otra llanura.

Un matorral negruzco y espinoso proporcionaba un descanso en la frontera con aquello. Ahí se sentaron. Frente a ellos se extendía un plato llano de arena endurecida en el que no crecía nada ni había un milímetro de sombra. No había allí ni insectos ni pájaros. No había, al fondo, siquiera el consuelo de unas montañas.

El mundo era ceniza gris, piedra porosa. Adem se quitó las botas y se miró largamente los pies. El aire caliente le hacía quemar la garganta. El agua le supo a sílice. Doroteo miró hacia atrás, hacia el camino hecho.

No podemos, dijo, regresar.

Si volvemos, dijo, moriremos. Esta vez fue Adem el que gruñó.

Se fueron al carro y volvieron a medir el agua y la comida. Se cubrieron con mantas, con trapos. El tubo, a ratos enrojecido, a ratos blanquísimo, se hundía en aquello y los guiaba. Bajo él se protegían de los gigantescos torbellinos de arena que vagaban enloquecidos por aquella soledad.

Todo, se decía Adem, fue comprendido tiempo atrás. Y no podremos, se decía, remontar ese camino.

Encontraron, en mitad de aquello, un pueblo. Lo vieron temprano y llegaron a él cayendo ya el sol. Diez o doce casas sepultadas por la arena. Las esquinas florecidas de salicornias y matas de espinos. La arena había entrado en ellas y lo cubría todo. Dibujaba olas contra las paredes, trepaba por escaleras de madera.

Encontraron que las casas eran frescas y silenciosas. Allí acamparon. Por la noche vagaron por laberintos de sedas verdosas. En la parte alta de una escalera Adem se encontró con un montón de libros abandonados. Se acercó. Al azar fue tomando uno u otro. Los fue abriendo. Las páginas estaban llenas de texto. Había imágenes también. Reflexionaba. Le dio la impresión de que algo colosal había ocupado la habitación, más aun, el cielo todo, y que ahora miraba por encima de su hombro y le susurraba al oído. Miró a su alrededor pero no vio nada. Al final cargó con un montón de aquellos y bajó. Los fue usando para alimentar la hoguera. Ardían bien. Doroteo llegó del exterior y tomó uno en la mano. Lo miró largamente.

Estas cosas, dijo al fin, hablan. Dicen cosas.

El abuelo me lo dijo. Tomó el libro y se concentró. Frunció el ceño.

Macbeth, dijo. Adem lo miraba.

¿Qué es un Macbeth?, dijo.

No lo sé, dijo Doroteo. Pero es lo que dice esto.

Decidieron quedarse unos días allí mientras reponían fuerzas. Una tarde, recorriendo los alrededores, encontraron cagadas de animales y las fueron siguiendo. En la noche azul volvieron a divisar a los antílopes. Se agazaparon.

Daré, dijo Doroteo mientras chasqueaba para calcular la dirección del viento, la vuelta por allí.

Si alguno se acerca, le dijo a Adem, tírale con la honda.

Tal vez de cerca sea suficiente.

Adem lo vio marchar. Una figura pequeña y flaca cubierta de plásticos que se agitaban al viento gélido de la noche. Desapareció tras un grupo de dunas y hubo un momento de tenebrosa espera. Los animales estaban tendidos en el suelo. Más allá de ellos vio a Doroteo surgiendo. Había alzado su arma y ahora la movía sobre su cabeza. Tomaba impulso. Las bolsas de piel llenas de piedras describían curvas en el aire.

Uno de los animales levantó la cabeza.

La levantó como ya había hecho aquel otro tiempo atrás. La levantó pero demasiado tarde. Las boleadoras se le enlazarón al cuello y siguieron dando vueltas en torno a este, apretando cada vez más y asfixiándolo. Doroteo ya corría hacia él. Con el cuchillo le hizo un profundo corte en el cuello. Se bebieron la sangre, la echaron en cuencos. Los otros animales se habían perdido de vista en el arenal. Aquella noche, asándose la carne en la hoguera, Adem hizo sonar su flauta. Subía y bajaba con ella, hacía que sus sonidos se refugiaran en el viento, que bailaran con él.

Repetía la misma melodía una y otra vez. Cantaba una canción.

Es mentira, cantaba.

Es mentira que exista el norte.

Eso que llamamos norte, cantaba, es algo que inventaron.

Que inventaron los hombres muertos.

Somos los que solo saben caminar. Los que no llegarán a parte alguna.

El animal sabía que aquella luz anaranjada no era la mañana. El suelo era una pista de cristal por la que resbalaban sus patas. Había algo más allá.

Había dejado la pasarela tiempo atrás y ahora enflaquecía mientras caminaba sin descanso por aquella superficie fría y confusa. Cada poco levantaba el hocico y llamaba para orientarse. Aquello estaba más allá. Un poco más allá.

Y no era, pese a la luz anaranjada, la mañana. Era la muerte.

Sin embargo no iba a detenerse esta vez. Una brasa que corría a través de sus venas le decía que era preciso.

Caminar.

Nada más que caminar.

Bajo el viento y hacia aquella luz tras la ladera.

Mucho más tarde vio la sombra de un árbol gigantesco. Sus nudos se retorcían como manos que quisieran arañar el cielo.

El animal blanco aulló y una bandada de pájaros negros se alzó del árbol. Tenían largos picos y sus alas se deshilachaban lentamente mientras subían en el cielo ambarino.

Camino sin cesar, cantaba Adem, y sale el sol. Cada mañana sale el sol y yo camino.

A lo lejos vieron formarse unos montes rojizos. Calcularon que tardarían aún varios días en llegar a ellos. Antes de las montañas atravesaron una zona en la que quedaban en pie millones de tocones muertos. Las piedras blancas fueron dando paso a otras más oscuras. Farallones de roca fueron cerrándose sobre ellos.

Se topaban con barrancos cuyos fondos no lograban ver y que los obligaban a dar largos rodeos. Fue junto a uno de ellos que abandonaron el carro. Siguieron adelante con las cosas cargadas en las espaldas. Atravesaron extensos circos y fueron contemplados por retorcidos acantilados de piedra. A ratos Adem cantaba su canción. Cantaba hasta que los ecos que levantaba eran demasiado lastimeros.

Treparon rocas vivas y descendieron por cornisas imposibles en las que el viento amenazaba con arrancarlos de la tierra y lanzarlos al abismo. Caminaron sobre los quebrados sedimentos que habían dejado atrás los glaciares al retraerse. Encontraron arroyos de montaña y cabras. Encontraron restos de caravanas. Campamentos suspendidos en el tiempo en torno a hogueras muertas decenas de años atrás. Cada vez era el silencio y aquel temblor como de roca. Cada vez era mirar para encontrar otra pared y otro laberinto y otro lecho pedregoso de otro río extinto.

El tubo se perdía entre los riscos y regresaba a ellos en las hondonadas. Lo miraban de lejos, junto a las hogueras azotadas por el viento helado. Dos cuerpos apretados y ateridos. Un día llegaron a un amplio valle morrenal y sintieron que más allá acababan las montañas. Al otro lado los esperaba otra llanura de tierra amarillenta y matorral bajo y podrido. Vieron la sombra de un ancho río que había cruzado aquello.

Encontraron serpientes y codornices. Volvieron a ver antílopes y volvieron a cazarlos. Cavaron en los bordes del río y extrajeron agua. Más adelante atravesaron una zona en la que el suelo parecía estar cubierto de ceniza. Árboles enanos avanzaban como un ejército de hombres empenachados que anduvieran reclamando a alguna entidad indiferente. Vieron restos de pozos. Pueblos anaranjados. Huesos de animales. Carreteras que se perdían hacia la nada, que desaparecían bajo toneladas de polvo y arena. Las siguientes montañas, cuando las tuvieron más cerca, volvieron a ser de color rojo.

A sus pies se detuvieron y miraron atrás. El horizonte velado por la permanente cortina de polvo en suspensión. Se miraron entre sí y vieron espantajos cubiertos de tierra. Ojos alucinados e intensos en caras de profetas consumidos. Pellejos y huesos.

Almas que se movían por inercia y poco más. Plásticos y pieles entre los que afloraban las cañas finas de los brazos y las piernas.

Adem pasaba las páginas de aquel *Macbeth*. Acariciaba las letras impresas como si estuviera rozando el alma de un sueño.

Tres lunas caminando, cantaba Adem.

Tres lunas y ¿cuándo llegaré?

¿Cuándo llegaré al lugar que no existe?

¿Cuándo llegaré allí adonde no se puede llegar?

El horizonte estaba siempre lejos y era siempre el mismo. Una mañana encontraron que había más de aquellas matas chatas y herrumbrosas, que había más roca y menos ceniza. Descubrieron que aquella superficie por la que andaban era en realidad una meseta que de pronto se precipitaba en una hoya gigantesca, colmada de ramblas y de chaparral.

El tubo seguía, imperturbable, atravesando aquello.

Había flores y zumbaban las abejas. Las matas mezclaban todos los tonos de rojo.

Vinimos del sur para el norte. ¿Quién nos quiso?

Ven, le había dicho Doroteo, cava aquí. Un hueco pequeño.

Hicieron varios, más allá de la hoguera. Doroteo agitó unos pedazos de plástico.

Esto, le dijo a Adem, suda. Suda por las noches.

En el interior de cada hueco pusieron un recipiente. Después cubrieron los agujeros con los plásticos y se retiraron a dormir. Por la mañana en cada cuenco había medio dedo de agua. Bebieron una parte y guardaron el resto. En el chaparral anidaban unos pájaros pardos. Les tiraron con las hondas. Más adelante el terreno volvió a elevarse. Caminaron entre bosques petrificados y cubiertos de un polvo viejo y denso. Encontraron llanos que no eran más que colosales campos de batalla. Atravesaron ciudades que no eran más que esqueletos de edificios y escombros. Torrenteras de cascotes que se disolvían en la arena. Cada poco el tubo desaparecía entre ruinas y cráteres para volver a surgir unos cientos de metros más allá. Una tarde se encontraron trepando una pendiente en la que crecían unos arbustos retorcidos y negros.

Al llegar a la parte alta del talud se detuvieron. Miraron. Había algo allí.

Algo nunca pensado.

Una línea negra cruzaba la ondulación pelada de la llanura. Una línea poderosa que se perdía en las brumas del valle, que negaba el paso.

Aquello dividía el mundo en dos mitades y era, eso los muchachos lo pudieron percibir pese a la distancia, descomunal y obsceno.

Allí estaba aquello y hacia allí se precipitaba el tubo que tanto tiempo los había estado guiando. Allí era donde desaparecía por fin.

Se sentaron en una sombra. A beber unos sorbos de agua y a reflexionar. El viento batía el terreno y agitaba en temblores restos de vegetaciones muertas. El valle parecía estar habitado por sombras quebradas, por un silencio aposentado, por un lenguaje de piedras.

Avanzaron de nuevo entre restos de batallas. Cada rambla, cada barranco, era un vertedero en el que se mezclaba sillería, madera y vehículos calcinados.

Predominaban, no obstante, los huesos.

Algunos estaban abandonados sobre las piedras, tirados allí de cualquier manera. Otros yacían en confusos montones que se elevaban muy por encima de sus cabezas.

Entre las barricadas, a lo largo de las trincheras, había extraños vehículos

desplomados sobre el polvo. En el interior de algunos de ellos permanecían todavía fantasmas de hombres. Hombres aferrados a volantes, sujetos por cinturones podridos, descansando sobre palancas de hierro.

Volvieron a detenerse en mitad de un corro de aquellos vehículos de gigantescas ruedas. De sus partes superiores sobresalían torretas y cañones. Se miraron.

Reinaba, allí, un silencio absoluto.

¿Qué es el silencio?, cantaba Adem. El silencio es el viento sobre los muertos.

Las balas reposaban entre el polvo. Los muchachos se agachaban y las recogían. Las sopesaban y las limpiaban con trapos hasta que brillaban al sol. Dejaban allí sus huellas dactilares, las olían. Las balas eran pesadas, macizas. Los casquillos tenían un vacío en su interior.

La construcción se fue acercando.

Estaba hecha de gigantescas piedras negras y era descomunal. Tan alta como cualquiera de las torres de cristal que Adem había visto en la gran avenida que llevaba al pozo de la sal. En la parte más elevada destacaban almenas y matacanes. Cada trecho había orificios semejantes a saeteras. Orificios oscuros a través de los cuales silbaba el viento.

La muralla no parecía hacer otra cosa que estar. Allí se incrustaba, recto y preciso, el tubo que habían venido siguiendo. Allí desaparecía sin más.

La construcción estaba y allí tampoco había nadie.

Nada se oía. Nadie pululaba por sus bajos. Nadie se asomaba por la parte superior.

Junto a la base de la muralla proliferaban los restos. Adosados a los paños había montañas de desperdicios que casi alcanzaban las saeteras. Encontraron poblados hechos de chapas, plásticos y viejos vehículos. Laberintos de robines y jejenes medio sepultados por la edad. Las habitaciones, petrificados restos de hogares, estaban colmadas de objetos incomprensibles.

Establecieron su campamento en el recodo que creaba uno de los baluartes. Despejaron la zona de piedras y huesos y allí hicieron su fuego y bebieron su agua. En mitad de la noche oyeron a pájaros llamándose. Eso los espabiló. Tomaron las hondas y salieron en silencio. A ras de suelo, entre las matas rojizas, encontraron varios nidos. Robaron los huevos. Al alba abatieron media docena de unas extrañas aves corredoras y las asaron. Pasaron el día buscando agua.

No hay, decía Doroteo.

No hay, decía Adem.

Lo decían y miraban hacia las garrafas y medían cuánto les quedaba.

Encontraron que no había otra cosa que hacer que seguir camino a lo largo de aquella construcción. Hacia el oeste había montañas.

Adem caminaba y miraba a su alrededor. Podía ser que se detuviera junto a un

montón de huesos o ante unos hierros retorcidos. Podía ser que mirara a lo alto y reflexionara. O que reflexionara mirando hacia la llanura u hojeando las páginas manchadas de su *Macbeth*. A ratos compartía sus pensamientos con Doroteo.

Esta gente, le decía, y señalaba a los huesos de la llanura, vino desde el sur. Desde donde venimos nosotros.

Pero, señalaba hacia la muralla, no pudieron pasar más allá.

Alguien levantó esto para que no pudieran pasar.

Lucharon.

Lucharon hace mucho tiempo. Muchas lunas.

Y después la gente que había ahí, señalaba a la muralla, se fue también.

Adem hablaba mientras los dos avanzaban siguiendo la pared. Doroteo lo miraba ocasionalmente. A veces levantaba las cejas.

Será eso, parecía decir, o no.

Será, parecía decir, como tú dices. Pero eso no cambiará nada.

Eso no hará que las cosas sean diferentes a como son.

No hará que volemos por encima de esto como si fuéramos pájaros.

Eso parecía decir Doroteo mientras caminaba. Adem no compartía ese punto de vista.

Vieron a lo lejos la sombra de unas vagonetas. Encontraron un nudo de vías. Atravesaron más montoneras de huesos. Más restos de batallas. Encontraron gigantescas puertas de metal pero no vieron cómo pasar a través de ellas. Encontraron lo que había sido un colector y que ahora no era más que otro cauce pedregoso. Se adentraron por él. Al final había una puerta enrejada. Sus cuerpos no cabían a través de las rejas. Pudieron echar un primer vistazo al interior.

Una habitación oscura. Un patio polvoriento. Ninguna persona. Llamaron.

Volvieron a salir y se sentaron a la sombra de aquello. Dos pájaros de color negro surgieron de alguna oquedad en la parte alta de la muralla y se alzaron en el cielo. Más adelante había una zona en la que los asaltantes habían llegado muy cerca de una de las saeteras. Treparon por entre los materiales acumulados. Miraron hacia abajo.

Habría, dijeron, que subir más cosas.

Eso hicieron. Bajaban y cargaban maderas o chapas. Por el día trabajaban en aquello. Al atardecer buscaban los huevos de aquellos pájaros y los freían sobre losas blancas.

Cazaban pájaros y hacían sus huecos en el suelo para los plásticos. Un día se les acabaron las ciruelas. Empezaron a masticar unas matas verdes que creían en el borde de la muralla.

El animal se sentó. Esperó.

Había dos viejos esqueletos al pie del árbol. Estaban abrazados. Echado el uno sobre el otro. La tierra les otorgaba tonalidades anaranjadas.

Más allá, sobre unas piedras, había dos niños pequeños.

También estaban sentados. También esperaban.

El animal se sentó, por tanto. Los niños lo miraban. En las ramas del árbol, sobre sus cabezas, cloqueaban los pájaros de alas deshilachadas.

Ya voy, parecían decir. Ya voy.

«Y que nada significa». Eso decía el *Macbeth*. Eso decía pero Adem no lo sabía.

Había grandes patios y todo un dédalo de construcciones. Cuarteles, torres, restos de habitaciones que habían servido como cuadras o como almacenes. Vehículos abandonados.

Silencio.

Pasearon por las barbacanas, por los pasillos de guardia, desfilaron ante los parapetos. Entraron en mil estancias, subieron y bajaron cientos de escaleras. Encontraron un viejo almacén lleno de ropas. Había camisas, pantalones, gorras, chaquetas. Botas. Se desprendieron de sus harapos y se vistieron con aquello. Al atardecer encontraron los aljibes. Abrieron las tapas y el aroma del agua les llegó hasta las narices y les inundó los ojos. Bebieron tanto que casi les reventaron las tripas. Se quitaron las ropas y se echaron cubos y más cubos por encima. Más tarde encontraron otro cuarto lleno de latas de conserva.

Sostuvieron aquellos objetos cilíndricos y se miraron. Había viejos dibujos allí. Dibujos que representaban comida. Había alubias, garbanzos, frutas, pedazos de carne. Con un cuchillo lograron abrir una y luego otra. Fue Adem el que tuvo la idea de echar aquello en una de las cazuelas y calentarlo. Se dieron un festín. A la mañana siguiente despertaron ya muy tarde. La construcción era infinita y siempre había otro corredor, otra escalera, otro pasaje.

Exploraron los sótanos y pasearon por habitaciones sombrías y por más despensas. Subieron hasta lo más alto y miraron hacia el otro lado.

La misma llanura que ya habían dejado atrás, la misma tierra parda, los mismos barrancos. La misma nada.

¿Eso, decían, es el norte?

No sabían. Siguieron explorando los corrales vacíos. En los rincones de la muralla anidaban los vencejos y las palomas. Los derribaban con las hondas, se alimentaban de huevos. Encontraron ratas y las odiaron rápidamente, de una forma primitiva e irracional. Las mataron a cientos. Por la noche aquellos ojillos furiosos brillaban en la oscuridad y los vigilaban.

Miraban al otro lado y pensaban y esperaban.

Iremos, decían, con agua. Con comida.

Cuando descansemos. Cuando repongamos las fuerzas.

Iremos, decían, cuando haya otra luna llena.

Y veremos.

Veremos lo que hay en esa tierra.

Iremos, decían, mirando a lo lejos, hasta aquella colina de allí.
Iremos y miraremos. Luego volveremos aquí.
A seguir pensando.

Un grupo de álamos daban sombra en la vereda del camino. Sus hojas matraqueaban al viento y gritaban vida.

Habían salido antes que el sol. La llanura había ondulado bajo la luz gris de la primera mañana. Un jaral fosco y denso anduvo reteniéndolos, enganchándolos en zarzas. Bajo los álamos esperaron largo rato. Oyendo cantar a los pájaros, llamarse a los animales. Doroteo mirando sin fin hacia las alargadas copas. En lo alto de una rambla encontraron una carretera y se adosaron a ella. Llegada la noche acamparon bajo unas rocas grises. Los despertaron unos aullidos lejanos.

Son perros, decía Doroteo.

Perros grandes.

Vinieron por la ladera. Pudieron verlos a la luz de la luna. Cuerpos oscuros, pesados, de ojos brillantes. Los sintieron jadear, amagar. Lanzarse. Las hondas mataron a dos de ellos. Los demás se retiraron hacia la oscuridad. Arrojaron los cuerpos barranco abajo. A media tarde la carretera empezó a trepar una colina.

Los perros los habían ido siguiendo de lejos. Una silueta recortada al lado del camino. Una mancha oscura en la profundidad de la quebrada. Eran ocho o diez. Doroteo meneaba la cabeza.

Estos, decía, son animales grandes.

Estos, decía, son animales que necesitan vivir cerca de un pozo.

Mientras esperaban, mientras sentían a los perros bullir más allá del círculo que proyectaba la hoguera, discutían sobre aquello. Doroteo tenía en las manos varias hojas que les había arrancado a los álamos. Las acariciaba, las estrujaba. Se olía las manos. Se las enseñaba a Adem.

¿Ves?, le decía.

Los perros ladraban y aullaban. Se retiraron al percibirse el alba. Los muchachos bebieron agua y abrieron varias de aquellas latas de conserva. Terminaron de subir la colina.

Muy a lo lejos. Mezcladas con los torbellinos de polvo rojizo. Las formas.

Blancas, redondeadas. Cada cual terminada en una cúpula de piel.

El humo azulado escapando a través de los tejados. Adem contando.

Dos veces diez, dijo. Y dos más.

Estaban en lo alto, detenidos. Había un gran vallado en el que se amontonaban unas cabras pardas. Más allá se removían otros animales semejantes a aquel con el

que se habían cruzado. Semejantes pero diferentes.

Más altos. Más fuertes.

Un perro les ladraba desde lo lejos. Las cabras balaban quejumbrosas. Amanecía. En una de aquellas formas hubo de pronto una puerta y dos figuras emergieron de su interior. Dos niñas. Las cabezas cubiertas con pañuelos de colores.

Las niñas se quedaron muy quietas, mirándolos. De otra tienda surgió una mujer. Llevaba algo en las manos.

Los muchachos oyeron sus voces. Otros niños surgieron y los señalaron.

Los perros les ladraban y Adem cantaba en susurros.

No existe, decía, aquello que llaman norte.

El norte lo inventaron aquellos hombres de otra época.

Aquellos hombres que llevaban zapatos.

Zapatos, cantaba, en los pies.

Quinta parte

Dos mil ciento veintiséis

1

Mi nombre es Andera. Pronto estaré en un lugar en el que no podréis alcanzarme. Muy pronto.

Al atardecer me gusta sentarme junto a las tumbas y recordar mi vida. Nuestra vida.

Tal vez consiga que Emin me cargue desde las casas y me lleve hasta allí. Emin, el hijo de Kara.

Otras veces me siento junto a la vieja pared llena de marcas.

Las marcas que hizo Enis. Las que hizo Enda antes que él.

Las que hizo Adem, mi hijo.

¿Ves, me decía Enis, esta marca?, ¿esta marca profunda?

Esta es la última que había cuando llegamos.

Es, decía, una marca de despedida. Es lo mismo que hice yo cada vez.

Cada vez que tuvimos que irnos de un sitio a otro y dejar atrás una pared.

Enis hablaba y yo lo miraba. Si alguien entendía de aquellas cosas sin duda era él.

¿Y ves esta otra?, decía. Esta marca ha sido limpiada muchas veces con un cuchillo. Alguien ha metido muchas veces el cuchillo en ella.

Y, decía, si cuento hacia atrás desde ahora hasta ella es posible que sea la marca de cuando nosotros estuvimos aquí la primera vez. La marca de cuando nació nuestro hijo.

Eso decía Enis. Por supuesto, hay otras muchas marcas que han sido destacadas. Por supuesto, Enis no podía saber qué hizo que cada vez fueran destacadas.

A veces me siento ante la pared y paso los dedos entre las marcas. A veces meto mi cuchillo en esas dos. La de la muerte de Enda. La del nacimiento de Adem.

A veces me detengo en ellas y otras veces me voy a otras más frescas. Otras que hice yo misma.

La marca que indica la muerte de Nur.

La que indica la muerte de Enis.

Seis veces diez lunas. Y luego tres más.

Ya veis que aprendí a llevar la cuenta de las lunas. Que cedí. Enis dijo que los niños tenían que aprender.

En los surcos hay sembrados melones. Abundan los conejos.

Hemos conseguido hacer prosperar el maicillo.

Nuestras ovejas murieron en el desierto. Sin embargo, al llegar aquí encontramos muchas cabras que vagaban por el matorral.

Los niños ya no son tan niños. Ava, la hija de Urban, tuvo hace una luna su primer hijo.

Yo la ayudé en el parto como Enda me ayudó a mí tanto tiempo atrás. A ratos ella se sienta conmigo y yo le enseño la cuenta de las lunas.

Sale agua del pozo. Aún.

Un pozo es un tesoro. Un dedo de agua es un tesoro.

Soy Andera. Muy pronto estaré en un lugar desde el que no podré alcanzarlos.

Dejadme, entonces, hablar. Por última vez.

Soy Andera. Sigo teniendo el mismo sueño. Algunas cosas, no obstante, han cambiado.

Sigue estando el árbol viejo y retorcido. Siguen estando los pájaros.

Los pájaros que se ceban en mí.

Sigue estando el esqueleto de Nere.

Sin embargo hay más.

Otro esqueleto. Uno inmenso y cuya cabeza semeja ser la de un animal, está un poco más allá, entre las piedras.

Está el árbol, están los pájaros. Ya no hay dos niños que me miran sino solo uno.

Eso sucede desde que Enis me contó que uno de aquellos muchachos que nos cruzamos era Adem.

Adem, el de los ojos claros. El del grano de cereal en la mejilla.

Estuvo cerca de mí. Como estáis vosotros ahora.

Para mí no fue más que una sombra.

Para mí no fue más que una sombra pero, a veces, meto la punta de mi cuchillo en las marcas que sé que él hizo y entonces siento que algo de mí viaja a través del desierto y lo alcanza. Que lo alcanza y le susurra y lo hace alzar los ojos y mirarme. Él me mira y entonces sé que él, de entre todos nosotros, fue el único que llegó al norte. El único que encontró a la gente.

Soy Andera. Cada día me asaltan viejos recuerdos. Recuerdos mezclados por el tiempo que de pronto fosforecen.

Un día puede ser el olor a lana de cabra y a piel caliente de mi vieja cama. O pueden ser las mujeres de mi tribu contando viejas historias junto al fuego. Otro día puede ser que esté otra vez sentada en mitad del desierto, gritándole a Enis que se vaya. Otro día puede ser una mujer inclinándose sobre mí, las orejas cargadas de

joyas.

Otro día puede ser Beles diciendo que había llegado hasta donde acababan las casas. Otro día puede ser el disparo que lo mató.

Otro día puede ser Taner con su mano gigantesca apretándome la cabeza. Taner diciéndome «no me decido a no matarte».

Otro día puede ser el sonido del martillo golpeando dentro del pozo. Otro día puede ser el olor de la tinta o el golpeteo del mazo contra el peine de púas.

Otro día puede ser Nere. Nere sonriendo. Nere mirándome.

Nere diciendo «nos mirará y moriremos».

Nere surgiendo de entre las sombras aquella primera noche. Nere tomándome la lección. Perro. Oveja.

El corazón de una mujer está lleno de recovecos. ¿Acaso no os lo dije?

Soy Andera. ¿Queréis saber por qué Enis no aparece en mis sueños? Os lo diré.

Últimamente un pájaro negro anda sobrevolando las casas. Es un pájaro grande, de alas inmensas. Un pájaro majestuoso.

Se suspende y flota en la corriente. Describe grandes círculos. Cada vez más arriba. Hasta que se pierde.

Los chicos lo miran. Solo yo sé qué es.

Es Enis que vuelve. Que vuelve para guiarme otra vez. Para tomarme de la mano. Para acompañarme en mi viaje más allá y ocuparse de todo. Otra vez.

Me pregunto qué le diré a Taner, si lo veo.